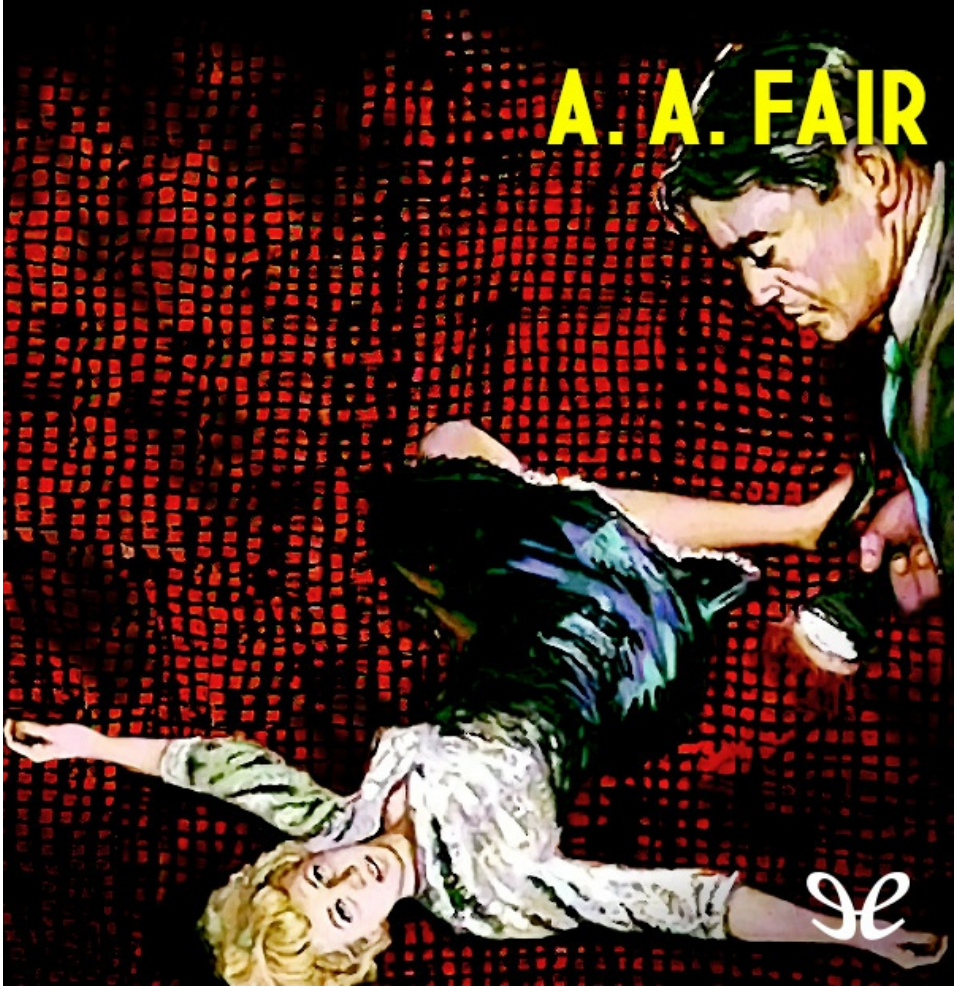
cool & lam

SE PUEDE MORIR RIENDO

A. A. FAIR



Donald Lam, detective que se caracterizaba por no llevar nunca un arma y perder casi todas las peleas en las que se metía. Trabaja a las órdenes de Bertha Cool.

epublibre

A. A. Fair

Se puede morir riendo

Cool & Lam-17

ePub r1.0
fenikz 05.02.15

Título original: *You can die laughing*
A. A. Fair, 1957
Traducción: Esteban Riambau
Ilustraciones: Alvaro
Retoque de cubierta: fenikz

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

Introducción

PARA una persona que ama la libertad, una de las experiencias más terribles que la mente puede evocar es la de imaginarse encerrada en una jaula de barrotes, gozando, como únicos privilegios, los que le permita un individuo que no solamente puede ser sádico, parcial, arbitrario, vano, pomposo y fútil, sino que de momento se halla engreído por el poder más absoluto.

Para los hombres que cumplen sus condenas en nuestras prisiones, tal experiencia constituye uno de los gajes del oficio.

El público americano sabe muy poco acerca de sus prisiones o de sus guardianes. Si el hombre de la calle supiera más, si se lograra que se interesase más, podríamos tener mejores prisiones y menos delincuentes habituales.

Mi amigo Percy Lainson es el alcaide de la Prisión del Estado de Iowa, en Fort Madison. Es uno de los mejores carceleros del país, y sin ostentación, con un espíritu pleno de caridad, así como de enérgica e inflexible determinación, Percy Lainson cumple con su deber de procurar que los hombres que se hallan bajo su custodia y que deseen mejorar, dispongan de todas las oportunidades, mientras que los que todavía desearán seguir embaucando a los demás, no tengan oportunidad alguna.

Su oficio requiere una habilidad infalible para juzgar los caracteres, una cierta humildad de espíritu acompañada de férreo valor, y la habilidad de ser más duro que el hombre más duro de la cárcel, si se presenta la ocasión. Percy Lainson reúne todas estas cualidades y, puesto que espero que algún día el público americano se dará cuenta del daño inmenso que causan ciertos guardianes incompetentes, y comprenderá la necesidad de apoyar y alentar a los guardianes conscientes de su deber, dedico este libro a un destacado guardián:

A mi amigo, Percy Lainson.

ERLE
STANLEY
GARDNER
.

capítulo primero

ABRÍ la puerta en la que figuraba el rótulo
COOL
&
LAM
,
INVESTIGADORES
. Los nombres de los socios podían leerse en el ángulo inferior izquierdo, B.
COOL
,
DONALD
LAM
, y sobre el lado derecho la palabra
EMPUJAR
. La B. Cool de la sociedad era Bertha Cool, la de las ciento sesenta y cinco libras de peso, pero no permitía que su nombre figurase en la puerta como Bertha Cool, únicamente como B. Cool.

—A la gente que está en apuros no le gusta recurrir a una mujer —solía decir de vez en cuando—. Prefieren a un hombre. Quieren un hombre tosco, fuerte, con buenos puños y duro de pelar. Se muestran recatados ante una mujer. Se supone que las mujeres son criaturas frágiles y delicadas.

»Yo soy tan tosca, tan fuerte, tan dura de pelar y con puños tan buenos como cualquier hombre del país. Dejadles que vengan a mí y les enseñaré una lección que hará que la mayoría de los hombres parezcan muñecos.

No andaba lejos de la verdad. Sus ciento sesenta y cinco libras eran puro músculo, y resultaba tan poco flexible como un rollo de alambre espinoso. No obstante, tenía razón respecto a lo de su

nombre en la puerta. Algunos de los que habían oído hablar de la firma, y acudían a ella para consultar al socio más antiguo, hubieran tomado las de Villadiego si hubieran visto el nombre de una mujer.

Cuando entré en la oficina de recepción, notabánse señales de tempestad por todo el lugar. La muchacha que atendía a los clientes me saludó con la mano y señaló hacia el despacho de Bertha Cool. Una de las mecanógrafas me guiñó un ojo y me indicó con la cabeza el cubículo que ostentaba el letrero B.
COOL
,
PARTICULAR
. La muchacha de los archivos, que yacía agachada detrás del mueble archivador, se incorporó sonriendo, apuntó con el dedo el despacho de Bertha Cool y volvió a agacharse de nuevo.

Yo sonreí para que se enterasen de que había comprendido lo que estaban tratando de decirme, y me dirigí hacia la puerta marcada
DONALD
LAM
,
PARTICULAR
.

Elsie Brand, mi secretaria particular, me miró desde su máquina de escribir y dijo:

—Buenos días, Donald. ¿Has visto a Bertha?

Negué con la cabeza.

—Ya la verás —profetizó.

Apenas acababan de salir las palabras de su boca, cuando la manaza de Bertha Cool hizo girar el tirador de la puerta y abrió ésta de un tirón, como si tratara de arrancarla de sus bisagras.

—¿Dónde demonios has estado metido? —preguntó.

—Estaba fuera —dije yo.

—¡Ya lo sé que estabas fuera! —rugió—. Estabas fuera, donde nadie pudiera encontrarte. Podemos haber perdido el mejor trabajo que jamás se nos haya presentado.

—¿De qué se trata? —pregunté.

—Petróleo —dijo Bertha, con sus avarientos ojillos lanzando

hacia mi persona chispas de animosidad.

—Siéntese y tranquilice su presión sanguínea —invité.

Bertha Cool consultó su reloj.

—Regresará a las diez y media.

—Entonces no lo hemos perdido del todo —objeté.

—No podemos asegurarlo hasta que vuelva.

—¿Cómo se llama?

—Lawton C. Corning, de Texas.

—¿Me buscaba a mí? —pregunté.

—Me buscaba a mí —dijo Bertha—. Alguien le había dado referencias de la firma diciendo que podíamos realizarle un buen trabajo, y después tuvo miedo de que yo resultara demasiado blanda y de buen conformar porque era mujer; de modo que quiso verte a ti. ¡Dios mío! ¿Por qué serán los hombres tan imbéciles? Creen que para ser duro se tiene que ser un hombre.

»Fijémonos en ti, por ejemplo, Cualquier niña de piernas bonitas y cintura de avispa te puede enrollar alrededor de su dedo como si fueras un trocito de bramante. No pesas más de ciento treinta y cinco libras, y no has vencido en una pelea en toda tu vida. Yo tengo ciento sesenta libras de malicia pura. Ningún hombre puede engatusarme. Ninguna mujer me las puede dar con queso, y…

—¿Ciento sesenta libras? —pregunté—. ¿Ha perdido peso?

Su rostro enrojeció.

—Bueno, voy a perderlo —replicó—. He iniciado un régimen.

—Eran ciento setenta y cinco cuando lo oí por última vez —dije yo.

—¡Oh, vete al diablo! —exclamó ella—. Cuando llegue este hombre, trata de estar donde pueda encontrarte. Puede representar una diferencia de unos cuantos millares de dólares para nosotros, aunque ya sé que el dinero no representa nada para ti. Supongo que acabas de desayunarte con alguna muñeca de ojos de gacela, y que tendrás una cita para almorzar con…

—¿Y tiene que volver a las diez y media? —interrumpí.

Ella miró su reloj.

—Exactamente dentro de quince minutos —contestó dando media vuelta y abandonando estrepitosamente la oficina.

Sonreí a Elsie Brand.

—Bueno, empieza la jornada.

—¡Estaba como para que la atasen, muchacho! —exclamó Elsie —. Empezó a telefonear a todas partes. Tenía visiones de un importante asunto de petróleos que se desvanecía ante nuestros ojos.

—¿En qué consiste el asunto? ¿Lo sabes?

—Únicamente en que ella cree que tiene relación con el petróleo. Esto basta para Bertha.

Me senté ante mi mesa, en la que Elsie había puesto el correo, y concentré mi atención en las cartas. Había el surtido habitual de ellas, Gente que quería cosas, gente con sugerencias que no valían ni un comino, y un par de cartas de gente que deseaban darme información sobre algo que podía transformarse en el asunto de más importancia de cuantos habíamos tenido, pero que deseaban sacar tajada.

Un par de cartas requerían respuesta. Las dejé a un lado, cogí la papelera y eché en ella la restante correspondencia.

—Contesta estas dos cuando tengas un momento —le dije a Elsie.

—¿Quieres que les comunique algo de particular?

—Únicamente lo que creas que la situación exige —le indiqué.

El timbre de mi escritorio empezó a resonar como si contestara a una llamada de fuego. Consulté mi reloj. Faltaban dos minutos para las diez y media.

—Es puntual —observé.

—Me guardarás un pozo de petróleo para mí cuando les eches mano, ¿verdad, Donald? —preguntó Elsie.

—Claro que sí —contesté—. Te regalaré dos. Bertha se conformará con uno.

Me dirigí al despacho de Bertha.

capítulo dos

EL sello de Texas aparecía impreso en toda la figura del hombre. Era un tipo alto y huesudo, con pómulos altos, boca ancha y firme, ojos de color gris acerado, y pobladas cejas. Llevaba unas botas de vaquero nuevas, un cinturón ancho con hebillas de plata, y un sombrero enorme estaba colocado en una silla junto a él.

Bertha se hallaba radiante como una viuda acaudalada que presentara a su hija soltera a un millonario.

—Mr. Corning —dijo—, quiero que conozca usted a Donald Lam. Donald es bajito, pero tiene un gran cerebro. Cuando empieza un asunto, llega hasta el fondo. De cuando en cuando le sacuden, pero no logran hacer que lo abandone, ¿no es cierto, Donald?

Hice caso omiso de la pregunta y alargué mi mano a Corning.

—Encantado de conocerle —dije.

—¿Cómo está usted? —saludó Corning tendiendo una mano que aprisionó la mía como si fuera un tornillo de carpintero, levantando el hombro y sacudiéndomela con fuerza.

—Mr. Corning es de Texas —explicó Bertha dirigiéndome una amistosa sonrisa.

La miré con detenimiento.

—¿De veras? —dije mientras me sentaba y acariciaba mis maltrechos dedos.

—Vamos a ver, cuéntele usted a Mr. Lam qué es exactamente lo que desea —le invitó Bertha a Corning.

—Es muy sencillo —repuso Corning—. Quiero que me localicen a Mrs. Drury Wells… Yvonne Wells.

—¿Y después? —preguntó ansiosamente Bertha.

—Esto es todo —dijo Corning con aire de dar por terminado el asunto.

Los codiciosos ojuelos de Bertha se clavaron en él, con las

pestañas que le subían y bajaban a un promedio de cien veces por minuto.

—Esto no es lo que usted me dijo hace una hora —replicó.

—Es lo que ahora le estoy diciendo —repuso él.

—Usted me indicó que se trataba de un asunto de petróleo —dijo Bertha.

—No me entendió bien —se excusó Corning.

—¡Ya lo creo que le entendí! —explotó Bertha.

—Creo haber manifestado que no sería posible iniciar ciertas operaciones hasta haber dado con el paradero de ella y logrado su firma.

—Dijo usted operaciones mineras —volvió a insistir Bertha.

—Si lo dije, no lo recuerdo.

—También dijo usted algo sobre perforaciones.

—Debo haber confundido este asunto con otro del que estoy ocupándome.

—Tal vez podamos ayudarle en el otro.

—No. Un asunto para una agencia es bastante.

—Podemos ocupamos de dos con una buena rebaja, y tal vez se ahorre usted dinero.

—No me interesa ahorrar dinero. Quiero pagar el precio adecuado a unos servicios conformes y competentes. Pude haber confundido este asunto con el otro cuando, hablé antes con usted, Mrs. Cool. Deseo puntualizar que en este asunto no hay petróleo…, o sea, que no he dicho nada acerca de petróleo, derechos mineros o perforaciones. Deseo contratar sus servicios para encontrar a Mrs. Wells. Esto es todo lo que deben hacer; encontrarla e informarme de ello. No puede ser más sencillo.

—¿*Va* a resultar tan sencillo? —pregunté.

—¿Cómo voy a saberlo? —dijo Corning—. Si resulta demasiado complicado nos olvidaremos de ello, y dirigiré mi atención a alguna otra parte.

Bertha emitió un ruido como si se asfixiara, después se sobrepuso e impuso a sus labios una sonrisa fija y helada.

—¿Por dónde empezamos? —le pregunté a Corning.

—Por Drury Wells —respondió—. Vive en las afueras, en Frostmore Road, número 1638. Uno de estos sitios donde le venden a uno un acre y la independencia. Tiene una casa pequeña, algunos

árboles frutales y un huerto.

—¿Vive con él su esposa? —pregunté.

—Sí y no.

—¿Qué quiere usted decir?

—Son todavía marido y mujer y se supone que aún viven juntos, pero la mujer no se encuentra allí.

—¿Alguna idea de su paradero?

—Para esto les estoy contratando a ustedes.

—¿Ha hablado alguna vez con Drury Wells? —pregunté.

Me miró con el aire de un hombre que contemplase a uno de sus oponentes a una partida de póquer, en el acto de deslizar un puñado de fichas azules hacia el centro de la mesa.

—Sí —dijo al cabo de unos momentos.

—¿Qué dice Wells?

—Wells cree que su esposa se largó con otro hombre. Está bastante preocupado por ello.

—¿Ha hablado usted con alguno de los vecinos?

—Con uno.

—¿Con quién?

—Con Mrs. Frances Raleigh.

—¿Dónde vive?

—En la casa de al lado.

—¿Qué cree ella?

Corning me miró fijamente.

—Cree que Mrs. Wells está enterrada en las dunas de arena de una de las playas que hay por allí.

—¿Ha hablado usted con la policía?

—No quiero tener trato alguno con la policía —concretó Corning.

—Esto podría transformarse en todo un encarguito —dije yo.

—¡Demonio! —exclamó Corning—. Si pensara que se trata de un mero meter de narices por aquí y por allá, ya me las arreglaría yo solo.

—¿Qué hay de esa propiedad que usted dijo que le interesaba, en algún lugar del distrito de San Bernardino? —preguntó Bertha Cool.

El hombre hizo gala de una digna frialdad.

—Yo no dije que me interesara ninguna propiedad. Creo que

dije que ella se interesaba por unos terrenos, y que eso podría proporcionarle acaso una pista sobre su paradero.

—Tuve la impresión de que usted estaba interesado por ese terreno.

—Estoy interesado en localizar a Mrs. Wells.

Bertha daba la sensación de ser capaz de desayunarse gustosamente con un plato de limallas de acero.

—¿Cómo se mostró Wells cuando usted habló con él? —le pregunté—. ¿Hostil o deseoso de colaborar?

—Deseoso de cooperar. Manifestó que tenía tantas ganas como yo de encontrar a su esposa.

Dije:

—Extienda un cheque por mil dólares. Daré un vistazo al asunto Tal vez la encuentre. Tal vez no. Cuando haya gastado esos mil dólares de su bolsillo en concepto de honorarios y gastos, volveremos a hablar.

Corning sacó un talonario de cheques.

Bertha empezó a abrir y cerrar las manos. La luz centelleó en sus anillos de brillantes.

Corning extendió un cheque y lo arrojó sobre la mesa.

Yo lo recogí. Era a cargo de un Banco de San Antonio, Texas, pagadero a la orden de Cool & Lam, por el importe de ciento cincuenta dólares.

Puse el cheque sobre la mesa escritorio de Bertha.

—Este cheque es de ciento cincuenta dólares. Yo hablé de mil dólares.

—Ya se lo que dijo. Ciento cincuenta es mi máxima puesta en estos momentos. Oiga: yo represento a un gran sindicato que dispone de inmensos intereses. Éste es un caso relativamente pequeño. Quiero tratarlo como a tal.

—No creo que un anticipo de ésta cuantía nos permita obtener la información que usted desea —le objeté.

—Como usted quiera —asintió mientras cogía su sombrero, y alargaba después una bronceada manaza hacia el cheque que estaba sobre la mesa.

De nuevo viose un centellear de brillantes cuando Bertha le arrebató el cheque de entre los dedos.

—Haremos un intento —le dijo, pronunciando las palabras con

una lengua tan afilada como unas tijeras—. Cuando agotemos los fondos de este cheque, le avisaremos. Entonces podrá usted escoger entre continuar o abandonar el asunto.

—Para esa fecha, pueden ustedes haberla encontrado —dijo Corning.

—*Podemos* haberla encontrado —dijo Bertha con frialdad—. ¿Dónde podemos avisarle?

—En el *Dartmouth Hotel*. Permaneceré allí durante diez días.

—Si cambia usted de dirección, no deje de comunicármelo —le advertí.

—No habrá cambio alguno —aseguró. Estrechó la mano de Bertha y la mía, y se marchó.

Bertha esperó a que la puerta se cerrase, en cuyo momento cogió una bandeja de plástico llena de grapas de sujetar papeles, y la, estrelló contra el suelo. Se subió la falda y pisoteó las grapas con sus zapatos de altos tacones. Finalmente mandó de un puntapié la bandeja hasta el otro extremo de la habitación.

Volví a tomar asiento en mi silla y encendí un cigarrillo.

—¡Maldito seas, Donald Lam! —gritóme estridentemente—. Si hubieras estado aquí una hora antes, habríamos metido la nariz en un pozo de petróleo. Este hijo de perra tiene una escritura que debe ser firmada por Mrs. Wells. Nos habrían dado un buen puñado de dinero por encontrarla.

—Aún no se ha terminado el asunto —observé.

—¡Todo se ha ido al diablo! —rugió Bertha—. Nos ha barrido. Ha debido de visitar a algún abogado, y éste le ha dicho que no hay necesidad de meter a una agencia de detectives en un negocio de petróleos sólo para hallar a una persona que ha desaparecido. Este abogado le ha indicado que vuelva aquí y nos obligue a tratar el caso con unas pesquisas corrientes para buscar a una persona desaparecida.

—Bueno, esto es lo que estamos haciendo, ¿no es así?

—¡Eso mismo, maldita sea! —gritó.

Intenté formar un anillo de humo.

Ella tocó el timbre y cuando apareció su secretaria, dijo:

—Jane, recoge estos sujetapapeles y ponlos en la bandeja. Esta maldita bandeja se cayó de la mesa.

Le guiñé un ojo a Jane y salí de la habitación.

capítulo tres

FROSTMORE Road era una subdivisión que se encontraba en periodo de urbanización.

Unos años antes, alguien lanzó el lema: «Un acre y la independencia». Terrenos que eran un desierto fueron irrigados y se transformaron en pequeños ranchos. Al poco tiempo, los pequeños ranchos fueron divididos en acres, y las personas que compraron acres bajo la divisa de «Un acre y la independencia», pudieron a su vez dividir el acre en lotes aptos para ser vendidos.

La gente que soñaba con la subdivisión de Frostmore Road tuvo la misma idea. Probablemente, del mismo modo que el sur de California fue poblándose con una cantidad cada vez mayor de habitantes, la subdivisión de Frostmore Road correría la misma suerte. En el momento actual ya lo había conseguido a medias. Los propietarios podían criar un número limitado de conejos, un número limitado de gallinas, y la tierra permitía el crecimiento de una razonable cantidad de verduras con la ayuda del riego, de los abonos y de un trabajo harto duro.

El número 1638 era una casita blanca, que necesitaba un buen repaso en su fachada. Resultaba demasiado grande para ser una casa de muñecas, y demasiado pequeña para que pareciese una residencia confortable, pero su arquitectura era bastante pretenciosa.

Hubiera quedado bien en la sección de anuncios, como uno de aquellos sitios que pueden describirse así: «Dos dormitorios, baño, cocina, sala de estar, comedor, terraza, bañada por el sol, magnífica vista de las montañas».

Yo ya conocía esta clase de casas: los dormitorios eran tan reducidos que podían ponerse dos camas iguales, cada una, junto a la pared, y apenas tenían sitio para colocar las zapatillas entre ellas,

Al evolucionar en el interior del cuarto de baño, era necesario moverse con el máximo cuidado para no desollarse las espinillas. La línea teórica de demarcación entre la sala de estar y el comedor podía calificarse de infinitesimal; prácticamente no existía. La cocina solía ser del tamaño de la cocina de una casa-remolque relativamente moderna.

A mi llamada acudió Drury Wells. Sus ojos carecían de brillo, era alto y de aspecto abatido, sus movimientos eran lentos y su conversación también. Aparentaba unos treinta y cinco años. Vestía una camisa azul descolorida, un mono remendado, y calzaba zapatos de gruesa suela procedentes del ejército. Parecía no importarle en absoluto su aspecto personal. Mejor dicho, daba la impresión de que no le importaba nada.

—Hola —saludó—, ¿qué puedo hacer por usted?

—Me llamo Donald Lam.

—¿Cómo está usted, Mr. Lam?

Nos estrechamos las manos.

—Soy un detective —dije yo.

—¡Demonios! —exclamó.

—Privado.

—¡Oh!

—Me gustaría charlar un momento con su esposa.

—También me gustaría a mí.

—¿No sabe dónde está?

—No.

—¿Tiene usted alguna idea?

—Entre —invitó—. Siéntese. Puede fumar si quiere.

Me guió hasta la sala de estar de la casa de muñecas. La única silla tapizada de la habitación daba la sensación de haber sido rellenada con sacos puestos sobre una base de cemento. Me ofreció dicha silla y acercó otra de respaldo recto.

—¿Cuándo vio usted por última vez a su esposa? —pregunté.

—Hace tres días.

—¿Cuánto tiempo llevan viviendo aquí?

—No hace mucho más. Tuvimos una discusión dos o tres días después de trasladarnos aquí.

—¿Y ella se marchó?

—Eso es.

—¿Cuándo? ¿Por la noche? ¿Por la mañana? ¿Por la tarde? ¿Cuándo?

—Ya se había marchado cuando yo me levanté por la mañana.

—¿Se levanta usted temprano?

—No, a menos que sea necesario. Me gusta quedarme en cama siempre que puedo.

—¿Y se quedó usted en la cama aquella mañana?

—Sí —dijo—. ¡Demonios! Se marchó sin siquiera prepararme el desayuno.

—Ya comprendo —asentí—. Dejó que lo hiciera todo usted, ¿no es así?

—Exactamente.

—Mal asunto —comenté.

Me dirigió una rápida mirada con sus apagados ojos, y después prosiguió:

—Es un mal asunto quedarse solo, sin una mujer al lado.

—¿Por qué se pelearon ustedes? —pregunté.

—Por una nadería.

—¿Le dejó ella alguna nota diciendo que se marchaba?

—No dejó nada, excepto unos cuantos platos sucios en la fregadera.

—¿Los platos de la cena?

—No, resultaba evidente que ella tomó una taza de café y comió un par de huevos y unas cuantas tostadas antes de largarse.

—¿No oyó usted cuando preparaba el desayuno?

—No. Debió de andar de puntillas por la cocina.

—¿No notó usted el olor del café?

—No.

—¿Cuántos trajes se llevó? ¿Acaso vació su armario?

—No.

—¿Conoce usted lo bastante el vestuario de ella como para saber lo que falta?

—No.

—¿Qué hay en relación con los parientes? —le pregunté—. ¿Tiene su mujer parientes a cuya casa haber ido?

—No se lo puedo decir. No hablamos mucho de las familias. A mí no me gustan los parientes políticos. Ella tenía un tío. Cuando éste murió le dejó algunos bienes. Hará de ello una semana, poco

más o menos. Ignoro si tiene otros parientes, ni me importa.

—¿Dónde se casaron ustedes?

—Supongamos que ahora me toca preguntar a mí. ¿Por qué quiere usted ver a mi esposa?

—Quiero hablar con ella.

—¿De qué?

—Para saber por qué se marchó.

—También a mí me gustaría verla —admitió—, pero no tanto como para ver a tanto forastero inmiscuyéndose en mis asuntos. ¿Tiene usted un cigarrillo?

Le di un cigarrillo.

—¿Trabaja usted? —pregunté.

—Me cuido de este lugar. Estoy a punto de plantar un jardín.

—Bien, pero, ¿cuál es su ocupación? ¿Cómo va usted tirando?

—Me ocupo en mis asuntos, y con ello me quedo tan campante.

—¿Vio alguien marcharse a su mujer?

—Lo ignoro.

—¿Qué tal son los vecinos?

—Uno de ellos pasable. El otro es un charlatán.

—¿Quién es el charlatán?

Me señaló con el pulgar la casa del lado oeste.

—Una mujer llamada Raleigh.

—¿Casada?

—Sí.

—¿Está aquí su marido?

—Trabaja.

—¿*Él* no es un charlatán? —pregunté.

—¡Cielos, no! No tiene ni oportunidad de meter baza.

—¿Le importaría que hablase con Mrs. Raleigh?

—Nos hallamos en un país libre.

—Acaso vaya a hablar con ella.

—Conforme.

—¿Va usted a quedarse aquí?

—He concedido a mi mujer una semana de tiempo; después puede irse al infierno.

—¿Quiere usted decir que pasado este plazo, ya no la admitirá a su lado?

—Eso mismo.

—Suponga que sufre de amnesia y no puede recordar dónde está su casa.

—También yo puedo sufrir amnesia y no recordarla a ella.

—No se muestra usted muy propicio a cooperar —observé.

—¿Qué más quiere usted? —preguntó—. Me ha dicho que quería ver a mi mujer. Le he contestado que yo también. Le he contado todo lo de su partida, que es todo lo que yo sé.

—¿Tiene usted coche?

—Sí. Una cafetera.

—¿No se lo llevó ella?

—¡No faltaría más! ¡Eso sí que no lo podría aguantar!

—¿Cómo se marchó, pues?

—Supongo que andando.

—¿Hay alguna línea de autobús cerca de aquí?

—A una media milla.

—¿Se llevó una maleta?

—Lo ignoro. Ya le he dicho que no la vi.

—¿No sabe usted cuántas maletas tiene?

—Ahora sí.

—¿Y entonces no?

—Creo que falta una maleta, pero no estoy seguro.

—¿Y los trajes de ella? ¿No lo ha comprobado usted?

Movió la cabeza negativamente.

—¿Todavía tiene trajes aquí?

—En efecto.

—Si llevaba una maleta y tenía que andar media milla, no pudo llevarse muchos trajes.

—Es lógico.

—¿Disponía su esposa de otros bienes, aparte los que heredó de su tío?

—¿A usted que le importa?

—Sólo se lo estaba preguntando.

—No lo sé. No me interesa en absoluto sus bienes… Oiga, señor, ¿cómo dijo usted que se llamaba?

—Lam. Donald Lam.

—¿Y es usted detective?

—Sí.

—¿Le paga alguien por todo esto?

—No trabajo por amor al arte.

—Bien, si alguien le paga, tiene usted derecho a ganar su dinero. Personalmente, no tengo nada contra usted, pero ocurre que no me agrada que vengan extraños a mi casa y metan sus narices en asuntos que no son de su maldita incumbencia.

—¿Es ésta su actitud?

—Ésta es mi actitud.

—Muy bien —dije—, efectuaré algunas pesquisas por los alrededores.

—Ya me figuraba que lo haría.

Me levanté.

—Adiós.

—Adiós —dijo él.

Me dirigí a la puerta. Él hizo un ademán como para acompañarme, después lo pensó mejor, se limitó a saludarme con la mano y se trasladó a la excesivamente rellena silla que yo había dejado vacante, se acomodó en ella, colocó los pies en la otra silla, y aspiró una profunda bocanada del cigarrillo que yo le había dado, expeliendo dos columnas gemelas de humo por las narices.

Me dirigí a la casa del lado oeste: El nombre que había en el buzón decía: «W. Charles Raleigh», Llamé al timbre y casi inmediatamente empezó a girar el tirador de la puerta. Entonces, como si la persona que había al otro lado de la puerta considerase más adecuado dejar pasar un rato para que la cosa no fuera tan vista, el tirador dejó de girar, quedó inmóvil durante unos cinco segundos, acabando después de dar la vuelta; oyóse el chasquido del pestillo, y una mujer de rostro enjuto, ojos negros y de unos cincuenta años dijo:

—¿Cómo está usted? —articulando tan aprisa las palabras, que salieron todas a la vez.

—¿Cómo está usted? —contesté—. Estoy recogiendo algunos informes de las personas que viven aquí al lado y…

—¿A qué se dedica usted?

De nuevo le salieron las palabras en una sucesión tan rápida que parecía que cada una de ella pisara los talones de la siguiente.

—Soy detective.

—¡Bueno, ya era hora! Ya era hora de que alguien hiciera algo. Entre. Entre y siéntese. Cuando me pongo a pensar en lo que le

sucedió a esa pobre mujer de aquí al lado, y en que todos permitan que él se salga con la suya, creo que es la cosa más bochornosa que pueda ocurrir. Es una vergüenza para nuestra policía y para nuestra civilización, ¡esto es lo que es! Entre y siéntese. ¿Cómo dijo que se llamaba?

—No lo he dicho. Mi nombre es Donald Lam.

—Yo soy Mrs. W. Charles Raleigh.

—Lo suponía.

—Pues hágame el favor de sentarse aquí —dijo—, porque quiero explicarle lo que yo sé. Ya comprenderá usted que no soy una entrometida ni una curiosa; soy únicamente una persona común y normal. Trato de ser buena vecina. No me meto en lo que no me incumbe. Trato de ser agradable. Creo que en un vecindario como éste, la gente vive en comunidad y deberían conocerse unos a otros y comportarse como seres humanos. ¿Hay algo de malo en esto?

—No veo por qué.

—Pues bien, Wendell, mi marido —éste es su nombre de pila, Wendell, pero a él no le gusta— prefiere que le llamen W. Charles Raleigh. No se por qué tendría que cambiarlo, pero así lo hizo. Como decía, Wendell sostiene que me entrometo demasiado. Insiste en que tuvimos que mudarnos de nuestra casa anterior porque yo me estaba inmiscuyendo en cosas que no eran de mi incumbencia. Sabe el cielo que yo no quiero que Wendell piense que estoy curioseando y entrometiéndome en una situación como ésta. Me alegra que haya venido usted por su cuenta y sin que yo tuviera nada que ver, Mr. Lam. ¿Dijo usted que era detective?

—Privado.

—¿Qué quiere decir?

—Soy un detective privado. No un detective de la policía.

—¿Quiere usted decir que no pertenece a la policía?

Moví negativamente la cabeza.

—¿Quiere usted significar que después de todo lo que ha ocurrido, la policía aún no ha venido?

—Todavía no.

—¡Bueno, que le parece! —exclamó.

Permanecí a la expectativa.

—Bien —dijo—, también puedo contarle a usted todo lo que yo sé. Al fin y al cabo, no tengo porque guardar ningún secreto.

»Fue durante la noche del viernes pasado, o sea el día trece. Mi marido tiene el sueño muy pesado. Yo no. El más leve rumor me despierta. Oí a ese par de aquí al lado, y pude darme cuenta de que estaban sosteniendo una disputa de las buenas. Era alrededor de la medianoche.

»Ya le he manifestado a usted que yo no soy una curiosa, pero, al fin y al cabo, existe un límite para lo que se supone que tiene que aguantar un vecino. Me levanté para averiguar lo que sucedía. Por todo lo que yo sabía, podían haber entrado allí ladrones y estar tratando de torturar a aquella pobre chica para averiguar dónde guardaba su dinero. Era una disputa. Drury Wells estaba diciéndole unas palabrotas terribles a su mujer, y luego ella gritó. Fue el grito más terrorífico y penetrante que he oído en toda mi vida, y estoy dispuesta a jurarle a usted, Mr. Lam, que oí un golpe sordo.

»Desde luego, mi marido me dice que yo no oí tal cosa. Me dice que estoy chiflada. Pero supongo que yo sé lo que oí y lo que no oí. Hubo un grito de mujer, y después aquel sordo rumor, como de un golpe.

—¿Qué hizo usted? —pregunté.

—Descorrí la cortina de la ventana y miré hacia la casa. Había luces encendidas en ella, pero las cortinas estaban echadas y no se podía ver nada. Pero ¿sabe usted lo que ocurrió, Mr. Lam? Se lo contaré. Después de aquello no se oyó en la casa ni el más leve ruido. Habían estado peleándose como locos. El hombre la había estado insultando. Después, la mujer gritó. Y luego se hizo el silencio.

»Por consiguiente, no puede usted negarme que aquel hombre la golpeó y la dejó inconsciente, y por lo que a mí me consta, creo que no la golpeó con el puño. La golpeó con un palo de golf o algo parecido, y la mató. Esto es lo que yo creo, Mr. Lam. ¡Él la mató!

—¿Qué le hace creerlo? —pregunté.

—Pues bien, yo le he dicho que así lo creía. Ahora lo sé de cierto. Lo sé tan de cierto como que ahora, en este mismo momento, estoy sentada aquí. Voy a contarle por qué lo sé, Mr. Lam. Fui a ponerme una bata y me senté junto a aquella ventana, esperando ver lo que sucedía. ¿Y sabe usted lo que vi, Mr. Lam?

—¿Qué vio usted?

—Vi salir a aquel hombre por la puerta posterior de la casa y

entrar en el garaje donde tenía su coche, y ¿qué diría usted lo que llevaba?

—¿Qué llevaba?

—Llevaba un gran fardo sobre el hombro, algo que había sido envuelto en una alfombra, a juzgar por su aspecto. O una manta. Algo de color oscuro. ¿Y supone usted lo que era, Mr. Lam?

—¿Qué cree usted que era?

—No se trata de lo que yo creo que era. Yo sé lo que era. Transportaba el cuerpo de aquella mujer.

—¿Pudo usted verla a ella?

—Claro está que no. La pobre criatura iba completamente tapada por una manta o una alfombra, o no se qué. No podía verla a ella, pero sí podía verle a él. El aspecto de aquel fardo era exactamente igual como si contuviera un cuerpo humano. Lo llevaba cargado sobre el hombro, era pesado y se mecía hacia delante y hacia atrás. Entró en el garaje, y vi cómo se encendía la luz del mismo. Y entonces oí cerrarse con estrépito la puerta del portaequipajes. Ya sabe usted el ruido metálico que hace la puerta de un portaequipajes de coche al cerrarse.

—¿Puede usted describirme a la mujer? —pregunté.

—Era más bien bajita y muy bien parecida. No tendría más de veintiséis años, tal vez fuera todavía más joven. No sé qué demonios podría ver una mujer como aquélla, en un hombre como Drury Wells. No creo que pesara más de ciento diez o ciento doce libras, y debía tener unos cinco pies y dos pulgadas de estatura.

—¿De qué color eran sus ojos?

—Azules. Tenía el cabello de un color rojizo auténtico, y estaba de veras preciosa con sus pantalones cortos. Casi siempre los llevaba.

—Supongo que se volvería usted a la cama después que el… —dije yo.

—¿Volverme a la cama yo? ¡Naranjas! Me senté allí y esperé, y ¿sabe usted lo que ocurrió, Mr. Lam?

—¿Qué ocurrió?

—El hombre volvió a salir del garaje y cogió una pala y un pico.

—¿Había bastante luz para que usted pudiera ver lo que cogió?

—Bueno, no la bastante para que pudiera jurar haberlo visto, pero oí el extremo del pico golpeando contra la pala. Ya sabe usted

a qué clase de ruido me refiero, metal contra metal.

—Continúe —rogué.

—Apagó las luces de la casa, metió el pico y la pala en el automóvil, y apagó las luces del garaje, y entonces sacó el coche por el camino, hasta que la casa quedó entre el coche y yo. Sólo el cielo sabe lo que hizo entonces, pero dejó el coche parado allí durante varios minutos, después lo puso en marcha, salió a la carretera y se alejó de allí.

—Supongo —dije—, que lo comunicó usted a la policía.

—¡Comunicarlo a la policía! —exclamó ella—. Mucho me temo haber dado a usted una idea errónea de Wendell Charles Raleigh. Ya tuve bastante con comunicárselo a *él*. A los dos segundos de habérselo contado, por poco no me abre la cabeza. Cualquiera diría que es un crimen el que una trate de evitar que un vecino sea asesinado. Me dijo que si me quedase en mi cama por las noches, en vez de andar de un lado para otro en bata chismorreando, mi vida sería mucho más agradable…

—¿Cuándo regresó Wells?

—Regresó al cabo de dos horas y cuarenta y cinco minutos. Por consiguiente, lo que yo me figuro, Mr. Lam, es que debió haber ido a alguna de las playas.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque —respondió—, aquél es el único lugar en que se puede enterrar un cuerpo y estar de vuelta al cabo de dos horas y cuarenta y cinco minutos. Aun así, tuvo que conducir a buena velocidad y no le quedaría tiempo para excavar una tumba muy profunda. Coja usted a un hombre con una pala, y si excava en la arena húmeda apropiada al caso, creo que puede preparar una buena tumba en cuarenta y cinco minutos.

—¿Le vio usted regresar? —pregunté.

—Sí.

—¿Le vio usted sacar algo del coche?

—No. Se limitó a meter el coche en el garaje y después entró en la casa. Vi cómo se encendía la luz de la cocina durante un rato; supongo que debió prepararse café. Quizá tomó un buen trago de licor. Si me lo pregunta, le diré que es la clase de hombre que regresaría de enterrar el cuerpo de su esposa, entraría en la casa, se tomaría una taza de café y un trago de licor, y se metería en la

cama, sin el menor asomo de preocupación.

—¿Y después de todo eso, no vio usted a Mrs. Wells?

—La última vez que alguien la vio viva o la oyó fue cuando lanzó aquel grito, y después vino lo del golpe. Yo…

—¿Pero usted no vio que recibiera el golpe?

—Yo no lo vi. ¡Lo oí!

—¿No vio usted a Mr. Wells a la mañana siguiente?

—Desde luego que no.

—¿Vio usted a Mr. Wells?

—A eso de las once. Se levantó por la mañana, y ésta fue la primera vez que le vi. Se fue al garaje y se quedó allí durante un rato. Después regresó y empezó a juguetear con un palo y una pelota de *golf*.

—¿Qué hizo usted?

—Pues… no hice nada. Mejor dicho, yo…, bueno, *tenía* que pedir prestado un poco de azúcar. Descubrí que se me había terminado; por consiguiente me dirigí allí y llamé a la puerta de la cocina, como suelo hacer siempre con los vecinos, sólo como política de buena vecindad, usted ya me comprende…

—¿Y qué ocurrió?

—Mr. Wells vino a abrir la puerta de la cocina, y yo le pregunté si podía hablar con Mrs. Wells, y él contestó que estaba acostada, que tenía jaqueca, y me preguntó qué quería. Le respondí que deseaba una taza de azúcar. Se fue, y volvió con la taza de azúcar.

—¿Qué fue lo último que pidió usted prestado?

—Eso fue lo último que *pedí prestado*. Pero más tarde volví allí. Llené la taza de azúcar para devolverla, y…

—¿Y que hizo usted?

—Dirigirme a la puerta de la cocina.

—¿Y preguntar por Mrs. Wells?

—Exactamente.

—¿No la vio usted?

—Le digo que nadie la ha visto más desde aquella noche. Fue la última vez que ella estuvo en este barrio… viva, quiero decir.

—¿Y qué le dijo él entonces?

—Dijo que Mrs. Wells había tomado el autobús para la ciudad. Y yo sé perfectamente que ello no es cierto, porque había estado vigilando la casa. Yo sé que no se había levantado, ni había ido allí.

Yo sé que no había ido a ninguna parte.

—¿A quién más le ha contado usted todo eso, Mrs. Raleigh?

—Pues ayer vino aquí un caballero llamado Corning, un hombre alto y con aspecto de vivir al aire libre, y declaró que trataba de obtener informes de los vecinos de al lado. Le conté algo…, no mucho, porque Wendell siempre me ha prohibido que hable demasiado con los extraños.

—¿Le contó usted en sustancia lo mismo que me ha contado a mí?

—Bueno, yo contesté a sus preguntas. Claro está que no iba a comprometerme con una serie de suposiciones, pero tampoco iba a mostrarme grosera y negarme a contestar a las preguntas del hombre.

—Quiero felicitarla por sus poderes de observación. Si no le importa, añadiré, que habría resultado usted un buen detective.

—¿De verdad lo cree usted? —dijo ella, radiante—. Éste es un verdadero cumplido, Mr. Lam. Me gustaría que lo hubiera oído mi marido.

»Apuesto a que ha tenido *usted* docenas de experiencias emocionantes —prosiguió con aire de envidia—. Y en cambio yo, metida aquí en una vecindad donde casi nunca ocurre nada.

—La comprendo perfectamente —asentí al mismo tiempo que le estrechaba la mano.

Volví a casa de Drury Wells y llamé a la puerta principal. Una voz gritó desde el interior:

—¿Quién hay?

—Lam —grite a través de la cerrada puerta.

—¿Qué quiere?

—Una fotografía de su esposa. ¿Tiene usted alguna?

—¡No!

—¿Ni una sola?

—¡No!

Traté de abrir la puerta. El pestillo estaba corrido.

Me alejé de la puerta principal, y di la vuelta a la casa.

Miré en el garaje. La cafetera yacía allí, un armatoste desvencijado. Estaba tomando número de la matrícula cuando de pronto se oscureció la luz que caía sobre mi libro de notas. Miré por encima de mi hombro.

Wells estaba ante la puerta.

—No me gustan los tíos que se meten en mis asuntos —dijo.

—¿Tiene inconveniente en que examine su coche?

—Sí.

—¿Le importa que inspeccione el garaje durante un solo minuto?

—Sí.

—Bien —dije mientras metía mi libreta en el bolsillo y le sonreía —, ¿le importa que me quede aquí?

—Sí.

Me escurrí a lo largo de la pared del garaje y crucé la puerta.

—No es necesario que vuelva —me dijo Wells—. Y puede decirle a esa vieja cacatúa chismosa de aquí al lado, que si no cierra la boca, estoy dispuesto a ir a ver a un abogado.

—Esa decisión le costaría dinero —dije—. Sería mejor que acudiera usted a la policía y les pidiera que hablasen con ella.

—¡Váyase al diablo! —me deseó.

Me siguió hasta la salida, y permaneció allí vigilándome, mientras yo me dirigía a casa de los vecinos del otro lado.

Llamé al timbre y hablé con una mujer corcovada, quien me dijo que ella no había oído nada y que tampoco había ido nunca a visitar a los nuevos vecinos.

La conversación con ella no me condujo a ninguna parte.

Wells seguía vigilándome desde el patio cuando me alejé de allí.

capítulo cuatro

EMPLEÉ la tarde trabajando a pie.

Conseguí un horario de la línea de autobuses, obtuve los nombres de los conductores, salía su encuentro y efectué pesquisas en busca de una joven de veintitrés a veintiséis años, de cabellos auténticamente rojos, ojos azules, cinco pies y dos pulgadas, ciento diez a ciento doce libras de peso, que llevaba una maleta y que tomó uno de los últimos autobuses del viernes, o uno de los primeros del sábado. No ignoraba que la maleta sería la única pista tangible que podía ofrecer.

No saqué nada en limpio.

Repasé las estadísticas oficiales, y no pude hallar ningún registro de matrimonio entre Drury Wells e Yvonne Wells, aunque encontré un registro matrimonial efectuado ocho años antes entre Drury Wells y una tal Estelle Ambler.

Telefoneé a la oficina y hablé con Bertha Cool.

—Soy Donald, Bertha —dije al oír su voz a través del hilo.

—Muy bien, mala suerte, ¿de qué se trata esta vez?

—Hablé con Mrs. Raleigh —respondí—. Cree que Yvonne Wells fue asesinada el viernes pasado. Hablé con los vecinos del otro lado, que no saben nada, excepto que quieren mantenerse al margen del asunto. He investigado la línea de autobuses para intentar hallar alguna pista de Mrs. Wells, que se marchó de su hogar llevándose una maleta. Ni rastro. He investigado los registros estadísticos. No está registrado oficialmente su matrimonio.

—¡Caramba! —exclamó ella—. ¿No decía yo que eras un chico listo? ¿Qué clase de trabajo de detective estás realizando?

—Un trabajo de ciento cincuenta dólares —dije—. Tenemos que sacarle un beneficio. ¿Quiere usted que le haga un trabajo de quinientos dólares por ciento cincuenta?

—Incluso por ciento cincuenta dólares —arguyó ella—, es un trabajo mezquino.

—Quizá —respondí—, pero también el cliente es mezquino.

—No lo era cuando vino por primera vez. Hervía de entusiasmo. Estaba dispuesto a pagarnos unos espléndidos honorarios. Apuesto a que nos habría dado una tajada en los derechos del petróleo, si la hubiésemos encontrado a ella.

—Todo lo que yo sé de él —dije—, es lo que ocurrió después de las diez y media. Quería un trabajo barato. Es lo que le estoy haciendo.

—Bueno, no te muestres tan tacaño con él —rogó—. Podrías investigar por lo menos la matrícula del coche y buscar algo del contrato de la casa.

—No creo que sirviera para nada —confesé.

—Pero no estaría de más —observó Bertha—. Yo creo que aún podemos ganar de nuevo a ese cliente, si le hacemos un buen trabajo.

—Muy bien —convine—, le dedicaré algún tiempo más.

—Mucho cuidado con los gastos —advirtió Bertha—. No podemos alargar mucho la cuenta de gastos con el margen con que estamos trabajando.

—Tendré cuidado —aseguré.

Me dediqué a andar durante aquella tarde y el día siguiente. Gasté algún dinero en conferencias telefónicas.

Seguí la pista del automóvil de Wells, Lo había comprado en una liquidación de coches usados. El coche había pertenecido a cuatro o cinco propietarios distintos. Investigué el contrato de la casa. Había sido una transacción bastante peculiar. Wells se instaló en ella, en el bien entendido de que estaba amueblada y que debía pagar dos meses de alquiler. Si al cabo de los dos meses le gustaba el sitio, podía efectuar un pago inicial y firmar un contrato de compra. Si no le gustaba, podía marcharse. El agente colegiado que realizó la operación recordaba que Mrs. Wells era «preciosa de verdad». En una operación de tal naturaleza, el agente no quiso contratos firmados por su cliente; por lo tanto, entregó un recibo a Wells, poniendo las cláusulas del acuerdo en el recibo, y firmando éste meramente como agente.

El agente había pedido referencias y se le facilitaron dos

nombres. Había escrito a dichas personas, pero aún no había habido tiempo de recibir contestación.

A las cinco y media del segundo día, que era jueves, me di por vencido. No había logrado llegar a ninguna parte, pero tampoco lo esperaba.

Regresé a la oficina y dicté un informe a mi dictáfono. Expliqué que hallar a Mrs. Wells era como buscar una aguja en un pajar, sin saber dónde estaba el pajar; que en mi opinión nunca llegaríamos a ninguna parte hasta que la policía fuera informada. La policía podría registrar el coche de Wells en busca de manchas de sangre, descubrir dónde se había casado Wells, cuándo se casó, cuál era el nombre de soltera de su mujer, quiénes eran los parientes de ella, y quizá, hacer una especie de inventario de la indumentaria de la señora para averiguar lo que se había llevado.

En resumen, el modo de hacer un trabajo eficiente era llamar a la policía, de otra forma los gastos resultarían prohibitivos y el tiempo empleado demasiado largo.

Dejé instrucciones en el dictáfono para Elsie Brand, indicándole que escribiera el informe a máquina, sacara copias del mismo y colocara una sobre la mesa de Bertha Cool.

Después salí para cenar, me fui a casa y me metí en la cama.

capítulo cinco

ELSIE Brand había escrito a máquina el informe cuando llegué a la oficina el miércoles por la mañana.

—¿Dijo algo Bertha porque yo no estaba aquí a las nueve? —pregunté.

Ella movió la cabeza.

—Esta mañana está como un corderito.

—¿Colocaste una copia del informe sobre la mesa de Bertha?

—Sí.

—Muy bien —dije—. Esperemos los acontecimientos. No creo que tarden en producirse.

Apenas había acabado de hablar cuando se oyó el timbre del teléfono de mi mesa. Contesté a la llamada y oí la voz de Bertha, que decía:

—Donald, ¿quieres venir a mi despacho? Mr. Corning acaba de llegar.

—Iré en seguida —prometí—. ¿Ha leído usted mi informe?

—Estaba sobre mi mesa. No lo he leído. Se lo he dado a él para que lo leyera.

—¿Lo está leyendo ahora?

—Sí.

—Llegaré cuando haya tenido tiempo de terminar la lectura —le dije.

Elsie Brand me miró pensativamente cuando colgué el auricular y me dirigí a su mesa.

—Mucho me temo que no te sientas muy dispuesto a fraternizar con nuestro nuevo cliente Mr. Corning —comentó.

—No me gusta que pretendan dominarme —contesté.

—Ya me había dado cuenta.

Yo tenía la mano en el tirador de la puerta.

—¿Cómo trató de dominarte, Donald?

—Le dije que extendiera un cheque por mil dólares y que llevaríamos a cabo un buen trabajo de investigación. Asintió, extendió el cheque y lo entregó. Era de ciento cincuenta dólares —aclaré.

—Un pájaro de cuenta, ¿verdad? —preguntó ella.

—Un pájaro de cuenta —asentí.

—Por lo que contó Bertha, deduje que no quiere que se dé parte a la policía.

—Es cierto.

—De hecho, es lo último a que recurriría.

—Así lo creo.

—Entonces pegará un salto hasta el techo cuando lea tu informe.

—El techo está asegurado.

Elsie se echó a reír. Abrí la puerta, crucé la oficina exterior, atravesé la sala de espera de Bertha y entré en su despacho particular.

Lawton Corning acababa de leer el informe. Se levantó de un brinco al verme. Me lanzó una mirada relampagueante y arrojó las finas hojas al suelo con toda la fuerza de que era capaz.

—¡Maldición! —aulló—. Ya le advertí que no quería policías.

Mis ojos se encontraron con los suyos.

—¿Y bien? —pregunté.

—Resulta evidente que no prestó mucha atención a lo que le dije —exclamó—. Todo lo que ha hecho usted es husmear lo que ya resultaba obvio, y después sugerir la ayuda de la policía.

—Recuerde que le indiqué que se necesitaría un anticipo de mil dólares para encontrarla —repliqué—. Usted no se mostró de acuerdo en esto.

—Hay muchas cosas en las que no puedo estar de acuerdo con usted.

—Está usted en su derecho —concedí—. Usted quería encontrar a Mrs. Wells. Se necesitará mucho dinero para hallarla, y aún así, no podrá encontrarla si trabaja con agencias particulares. Si acude a la policía, tendrá más posibilidades.

—Claro —dijo sarcásticamente—. Si tiene usted un callo en su piececito, puede curárselo amputándose la pierna a la altura de la rodilla.

—Es un sistema como cualquier otro —admití.

—¿Cree usted que está muerta? —me preguntó Corning.

—Lo ignoro.

—¿Cuánto tiempo necesitaría para encontrarla? Ya lleva usted dos días en esta tarea.

—Yo no puedo obligar a nadie a que conteste a mis preguntas. La policía puede hacerlas y conseguir resultados.

Se levantó y cogió su sombrero.

—¿Tiene usted que devolverme algo de mis ciento cincuenta dólares?

—Los he gastado todos —dije—. En realidad, la nota de gastos indica que hemos gastado incluso trece centavos más, en el momento de contar los honorarios y los gastos. Le recomiendo que llame a la policía antes de que se vea metido en un lío.

—No pienso meterme en ningún lío, ni pienso llamar a la policía.

—A veces, uno tiene el deber ciudadano de dar parte de ciertos hechos.

—No tengo deberes ciudadanos con la policía de California.

Se metió la mano en el bolsillo del pantalón, sacó de él un puñado de calderilla, contó trece centavos y los arrojó sobre la mesa de Bertha con un ademán desdeñoso.

—Cuando tengan tiempo extiéndanme un recibo para que pueda justificar los gastos en mi impuesto sobre la renta.

Volvióse hacia mí.

—Yo me cuido de mis asuntos, Mr. Lam. Puede usted cuidarse de los suyos.

—Esto es exactamente —dije yo—, lo que pensamos hacer. ¿Debemos consideramos como despedidos?

—Ha dado usted en el clavo.

—¿Ya no trabajamos para usted?

—¡Decididamente no!

Cogí el teléfono, pedí línea exterior y marqué un número.

Corning ya tenía la mano puesta en el tirador de la puerta cuando yo dije:

—La Sección de Homicidios, por favor.

Giró en redondo sobre sus talones y se me quedó mirando.

—¿Está ahí Frank Sellers? —pregunté.

—Un momento.

Sellers se puso al aparato.

—¿Diga? ¿Quién es?

—Donald Lam —respondí.

—¡Bien, bien! ¿Qué hay, pequeñín? ¿En qué demonios te has metido ahora? Hace tanto tiempo que no me das la lata, que yo…

—Tengo que dar parte de un posible asesinato.

—¡Qué vas a tener que dar!

—Te lo aseguro.

—¿De quién se trata?

Corning retiró su mano del tirador de la puerta, volvió sobre sus pasos, y se dirigió hacia mí con una rapidez que me sorprendió.

—No te retires —le dije a mi interlocutor—. Creo que estoy a punto de recibir un tortazo. Probablemente oirás el ruido del impacto.

Corning se detuvo en seco.

—¿Quién va a atizarte un tortazo? —preguntó Sellers interesado.

—Me parece que ahora ha cambiado de idea. No quiere que informe de lo que yo sé a la policía.

—¿Que no quiere? Dime quién es el fulano y le enseñaré un poco de urbanidad —dijo Sellers.

—No resulta nada fácil.

—Me interesa verte —indicó Sellers.

—Ya lo supongo —contesté.

—Muy bien, Donald, ya voy. No te muevas de ahí. Espérame. Si ese individuo tiene ganas de camorra, no permitas que se largue.

—¿Cómo me las arreglaré para lograrlo?

—Haz que se entretenga pegándote una paliza —recomendó Sellers—. Es el mejor medio que se me ocurre. Él tendrá la satisfacción de hacer ejercicio, y a ti no te resultará peor que si trataras de atizarle tú.

—¿Tienes un lápiz a mano? —pregunté—. No es necesario que vengas.

—Papel y lápiz. ¡Desembucha! —exclamó.

—Drury Wells, 1638 Frostmore Road —dije—, se mudó allí hace una semana, con su mujer Yvonne, una pelirroja de veintitrés a veintiséis años, ciento diez a ciento doce libras, cinco pies dos

pulgadas de estatura. Según la vecina de al lado, Mrs. Charles W. Raleigh, tuvieron una discusión de mil diablos durante la noche del pasado viernes. Ella dice que oyó asestar un golpe. Después, Drury salió llevando lo que ella cree que era un cuerpo envuelto en una alfombra o en una sábana. Lo metió en su automóvil, y…

—Iré allí —interrumpió Sellers.

Corning se abalanzó sobre mí.

Yo traté de esquivarle.

Corning me agarró por el pescuezo con su manaza y se apoderó del teléfono.

—¡Ponte en camino! —Tuve tiempo de gritar mientras Corning daba un tirón con toda la fuerza de su poderoso hombro y arrancaba el teléfono de sus hilos, lanzándolo estrepitosamente hasta el otro extremo del despacho. Me miró con una rabia asesina en los ojos.

Bertha permanecía sentada, perfectamente inmóvil, con sus ojillos que iban de Corning a mí, y de mí a Corning.

Corning empezó a decir algo, se contuvo, me mandó de un empujón contra la mesa de Bertha, empuñó el picaporte, abrió la puerta con violencia, y salió de la oficina.

—¡Hijo de perra! —exclamó Bertha.

—¿Yo? —pregunté.

—Él —aclaró Bertha.

Sonreí.

—Estás dotada de un sentido leal del compañerismo, Bertha.

—¡Vete al infierno! —me gritó—. ¡Fuera de aquí!

Salí.

Al entrar en mi despacho, Elsie Brand dejó de escribir a máquina.

—¿Petróleo? —preguntó.

—Aceite de ricino —contesté dirigiéndome a mi mesa.

capítulo seis

CUANDO llegué a la oficina a la mañana siguiente, Bertha me estaba esperando. Sus maneras eran untuosas.

—Donald —dijo—, ¿te importaría sostener una conversación conmigo antes de que empieces tu trabajo?

Bertha llevaba sus mejores anillos y hacía uso de sus más refinados modales. Se acomodó ante la mesa, ajustó un cigarrillo a la larga boquilla, lo encendió, y habló.

—Oye, Donald, no vamos a permitir que ningún menguado hijo de perra nos haga pasar por tontos.

Yo me senté, escuchando y esperando.

—Los periódicos —dijo Bertha—, disponen de archivos y registros.

—Continúe —dije.

—Ayer estuve meditando un poco.

—¿Qué meditó? —pregunté.

—Estuve pensando en ese hijo de perra de Texas, Donald. Me había hablado la primera vez del distrito de San Bernardino, por lo tanto me puse en contacto con el periódico de San Bernardino y conseguí que alguien consultara los archivos en busca del nombre de Mrs. Drury Wells… ¿Sabes lo que descubrí?

—Desde luego —respondí.

Su rostro demostró sorpresa.

—¿Qué?

—Encontró usted algo que supone podrá convertir fácilmente en un poco de dinero. Está usted sentada ahí como un gato relamiéndose ante un plato lleno de leche.

Bertha me observaba pensativa.

—Mrs. Drury Wells —dijo— heredó unos terrenos a unas diez millas al oeste de un pequeño poblado de California, llamado

Yucca. Lo heredó de un tío que tenía en Texas. Dicho tío era Aaron Bedford.

—¿Cuándo ocurrió todo esto?

—Hará unos diez días. Bedford murió y dejó un testamento en el que disponía que todos los bienes que poseía en Texas los heredara su viuda. Todas sus propiedades de California, y además quince mil dólares tenían que pasar a su sobrina Yvonne Clymer, si ésta vivía; si ésta fallecía antes que él, la propiedad de California iba a otra sobrina suya, una tal Lucille Patton, de Sacramento. Yvonne Clymer es ahora Mrs. Drury Wells. Los reporteros del diario de San Bernardino salieron en su busca. Tuvieron bastantes dificultades. Encontraron a Wells, que vivía en Banning. Su mujer estaba visitando a unos amigos de Sacramento, pero cuando los periodistas hablaron a Wells del testamento, éste se precipitó al teléfono y le ordenó a ella que regresara a casa en avión. El periódico publicó un excelente reportaje y fotografías. La mujer es una monada.

—Por lo que veo, Wells no perdió mucho tiempo en gastarse los quince mil pavos de su mujer. Abandonó Banning casi inmediatamente y se trasladó a su propiedad de Frostmore Road.

—Cierto —asintió Bertha—. Ello fue probablemente la causa de la riña.

—¿Tiene el artículo? —pregunté.

Bertha abrió un cajón del escritorio, sacó un recorte de periódico y me lo tendió.

Yvonne Clymer Wells había sido fotografiada ataviada con una falda y un jersey. Se había mostrado condescendiente con los fotógrafos. La fotografía era todo piernas.

—Un bombón —dije.

Bertha frunció el ceño.

—¡Maldición! ¡Deja de mirar las piernas de la chica y lee el artículo! Estamos tratando de negocios.

Leí el artículo. No me informó de nada que resultara nuevo para mí. Bertha ya me había contado la historia.

—En esa propiedad de Yucca hay petróleo —declaró Bertha.

Moví la cabeza negativamente.

—Muy bien, tío listo, ¿cómo sabes que no?

—Conozco a un geólogo.

—¿Y qué?

—Hablaba de yacimientos petrolíferos en potencia. Le pregunté por todo aquel valle de allí.

—¿Y que dijo?

—Dijo que al perforar se encontraba granito.

—Muy bien, estúpido, perfora el granito, y ¿qué encuentras?

—También se lo pregunté.

—¿Y que dijo? —inquino Bertha, con ansiedad.

—Más granito.

Bertha se reclinó en el sillón y sus ojos empezaron a chispear.

—Para ser un individuo con tanto seso, Donald Lam, a veces pareces completamente tonto.

—Muy bien —repliqué—. ¡Explíquese de una vez!

—Este Corning va a meter dinero allí y a explotar petróleo. Nosotros vamos a empezar por el principio. Encontraremos a esa niña y conseguiremos que nos ceda sus derechos sobre el mineral. Entonces Corning se verá obligado a tratar con Bertha Cool. Yo le demostrará que una mujer puede ser tan porfiada como un hombre.

Negué con la cabeza.

—Eso no estaría conforme con la ética profesional.

—¿Por qué no?

—Ha sido cliente nuestro. Nos contó cosas confidencialmente.

—No, no lo hizo. Juró que no había dicho ni una palabra sobre petróleo. Juró que no me había contado nada acerca de perforaciones ni derechos minerales. Tú se lo oíste decir. Y además, podemos meternos en el asunto y asegurarnos algunos de los terrenos adyacentes y…

Negué con énfasis.

—¿Por qué no? —preguntó Bertha.

—Cuestión de moral —le respondí.

—¡Moral! —gritó Bertha—. ¡Tú y tu maldita moral! Tu…

La puerta se abrió de par en par y Frank Sellers apareció en el umbral.

—¡Bien, bien, bien! —exclamó—. Otra pequeña conferencia amistosa de los socios. Procure que baje su presión sanguínea, Bertha. Está usted llegando a los veintitrés de presión en este instante, si hemos de guiarnos por sus colores.

Sellers cerró la puerta de un taconazo, se echó el sombrero hacia atrás e introdujo un cigarro apagado y húmedo en la boca. Nos

sonrió a ambos, corpulento, tolerante, bonachón y suspicaz.

—Un día —dijo Bertha—, alguien va a disparar contra usted por meterse en despachos particulares sin anunciarse, y sin…

—Lo sé, lo sé —convino Sellers—, pero debe usted ver en mí la majestad de la ley. La ley no admite espera. El asesinato acecha. Y cuando ustedes, muchachos, me informan de un asesinato, quiero saber dónde está el fuego, de dónde tengo que sacar las castañas, y también quiero saber si quema mucho.

—No vaya a abrasarse los dedos —le espetó Bertha sarcásticamente.

—Lo procuraré —dijo Sellers.

Sellers se apoyó en la pared con la satisfecha naturalidad de un hombre corpulento que tiene todos los triunfos en la mano y no lo ignora. Su espeso y ondulado cabello sobresalía bajo el ala del sombrero que se había echado hacia atrás.

—¿Cuál de ustedes dos, parejita de tórtolos, va a contarme lo que sabe de Mrs. Wells? —preguntó.

—Ya le hemos contado todo lo de Mrs. Wells —repuso Bertha—. ¿Por qué diablos no se ocupa de sus asuntos? Válgame el cielo, tratamos de darle una información al rojo vivo, y ¿qué hace usted? Esperar a gozar de un buen descanso durante toda la noche y después venir a ver de qué se trata.

—Chitón, Bertha —dijo Sellers—, está usted cometiendo una gran injusticia con el departamento. Pusimos manos a la obra treinta minutos después de recibir su informe, y a pesar de ello llegamos tarde.

—¿Qué quiere significar llegamos tarde? —pregunté yo.

—Drury Wells saltó dentro de aquel viejo armatoste suyo —dijo —, y salió pitando, envuelto en una nube de polvo, poco después de telefonearme tú. No ha regresado. Tuvimos hombres registrando aquellos lugares durante toda la noche. Al ver que no aparecía, nos procuramos un mandamiento judicial y entramos en la casa.

—¿Qué encontraron?

—Nada.

—¿Nada?

—Tal como suena. Nada. Unos pocos trajes. Una cantidad infernal de platos sucios. Indicios de un chapucero cuidado de la casa. Un jardín lleno de hierbajos, un pico y una pala, y ninguna

alfombra que se pudiera echar de menos.

—¿Nada de sangre?

—Nada de sangre.

—¿Cómo sabes que no faltaba ninguna alfombra?

—El contrato se hizo con la casa amueblada. Localizamos al agente de bienes raíces y éste nos trajo el inventario. No se encuentra a faltar ninguna alfombra. Se encuentra a faltar a Mrs. Wells. Mrs. Raleigh cuenta una atroz historia de asesinato, el único problema es que no hay cadáver alguno.

Bertha y yo nos miramos.

—Por lo tanto —prosiguió Sellers—, van a contarme por qué están ustedes interesados en este caso.

—Quería descubrir el paradero de esa mujer por encargo de un cliente —le expliqué.

—Nada de misterios —dijo Sellers—. ¿Quién es el pájaro que les ha encargado el trabajo?

—Yo se lo diré, Frank —intervino Bertha—. No es ningún cliente nuestro. Es una imitación barata de…

—Se trata de un cliente, Bertha —interrumpí.

—¿Y qué? —exclamó Bertha—. Era un cliente.

—Ya sabes que se trata de un asesinato —me recordó Sellers.

—¿Cómo sabes que lo es, Frank?

—Es lo que estoy tratando de descubrir.

—Descubre un poco más y vuelve —aconsejé.

—Donde descubro más cosas es aquí y en este momento.

—Gracias a nosotros, no, Frank. Ya te lo hemos manifestado.

—Se supone que tenéis que colaborar con la policía en asuntos de asesinato, lo sabéis perfectamente —dijo Sellers.

—Se llama
Lawton C
. Corning —declaró Bertha—. Quería que encontrásemos a Mrs. Wells.

—Esto ya está mejor —dijo Sellers—. ¿Cuáles son sus señas, Bertha?

—El *Dartmouth Hotel*.

—¿Qué más, Bertha?

—Nos dio un cheque contra un Banco de San Antonio… por valor de ciento cincuenta machacantes para realizar un trabajo que

valía mil. Es un tramposo.

—Eso marcha mejor, Bertha —animó Sellers—. Ahora estás comportándote amistosamente. ¿Qué aspecto tiene?

—Es el Estado de Texas en persona.

Sellers me miró y dijo:

—Cuando me estabas telefoneando, Donald, me pareció oír una ligera conmoción.

—La hubo —dijo Bertha.

Sellers continuó mirándome.

—¿Qué sucedió, Donald?

—A Corning no le agradaba la idea de la policía.

—Arrancó el teléfono —añadió Bertha.

—¿Por qué? —preguntó Sellers.

—Bertha es la que se muestra locuaz, Frank —dije yo—. Por lo que a mí se refiere, aquel individuo es un cliente.

—A él no le interesaba descubrir un crimen —repuso Bertha—. Quería que le firmasen unos papeles, o algo por el estilo. Quería encontrarla viva.

—¿No le preocupaba asesinato más o menos? —preguntó Sellers.

—Ni lo más mínimo.

—¿Alguna fotografía? —preguntó Sellers.

—¿De qué? —interrogó Bertha.

—Vamos, vamos —dijo Sellers—. Desembuchen. ¿Alguna fotografía de la dama?

—Yo miré a Bertha. Bertha vacilaba.

—¿Y bien? —inquirió Sellers.

—Es asunto confidencial —le dijo Bertha—. Existe algo que conseguí en San Bernardino, pero hay una fotografía. Sólo que deseamos que la información se mantenga absolutamente confidencial. No queremos que vaya contando por todas partes que…

—Venga —interrumpió Sellers, impaciente—, ¡démela! Después hablaremos de todo lo demás.

Bertha abrió el cajón de la mesa y sacó el recorte del periódico de San Bernardino.

Sellers leyó rápidamente el artículo del recorte, después examinó la fotografía de la muchacha.

—Este bombón debió de despertar la atención de Donald —comentó.

—¡La despertó! —aseguró Bertha.

—¡La despierta! —corregí yo.

—Supongo que se dirigieron a la oficina de impuestos y obtuvieron una descripción de la propiedad —dijo Sellers.

Bertha guardó silencio.

—¿Qué hay en ella? —preguntó Sellers.

—Granito —dije yo.

Se oyó el teléfono.

Bertha Cool lo cogió y contestó:

—¿Diga? ¿Quién? Si, está aquí. No se retire. —Tapó con la mano el auricular—. Es para usted, Frank. ¿Quiere usted ponerse?

—Voy —accedió Sellers—. Los únicos que saben que estoy aquí son los hombres que puse en casa de Wells. Ello puede significar que Wells ha vuelto. Iré allí y le haré pasar un mal rato.

Cogió el teléfono que Bertha le tendía, y dijo:

—Aquí, Sellers. ¿Cuándo…? ¿Todavía está ahí? Muy bien. Mantengan la vigilancia. Muéstrense duros si es necesario, pero manténganse despiertos. Vengo en seguida.

Colgó violentamente el teléfono, me hizo un ademán conminatorio con la cabeza, y exclamó:

—Vamos, eminente detective.

—¿A dónde? —pregunté.

—Conmigo.

—¿A casa de Wells?

—Eso es.

—¿Ha aparecido? —pregunté.

—Tú eres quien me ha metido en esto —dijo Sellers—. Ahora vas a tener que usar ese cerebro de que siempre está hablando Bertha, para sacarme de este atolladero. Métete este recorte de periódico en el bolsillo, y andando.

—No queremos que esto salga de nuestras oficinas —recomendó Bertha. Es confidencial.

Sellers la interrumpió con una mirada fría.

—¿Prefiere que esté en el bolsillo de Donald o en el mío? —preguntó.

Bertha lo pensó durante medio segundo.

—En el de Donald —dijo.

—Es lo que yo me figuraba —repuso Sellers—. Vamos, Donald, larguémonos.

Sellers tenía su automóvil policial aparcado frente a la oficina. No hizo uso de la luz roja ni de la sirena, pero no se preocupó gran cosa de las normas de tránsito ni de los límites de velocidad. Iba a lo suyo.

—Cuéntame lo que ha sucedido —invité yo.

—Recibí una llamada telefónica —me dijo.

—Ya lo sé. ¿Qué te dijeron por teléfono?

—Iremos allí a dar un vistazo.

—¿Ha llegado Wells?

—Ya te he dicho que daríamos un vistazo.

Comprendí que era inútil tratar de sonsacarle algo, y me sumí en el silencio, pensando en las varias posibilidades de lo que podía haber ocurrido. Pensé en su insistencia en que yo me llevara conmigo el recorte del periódico, y esto apuntaba una posibilidad que me resultaba francamente inquietante.

Recorrimos durante algún tiempo por la carretera principal, finalmente nos separamos de ella, continuando durante cuatro o cinco millas por una carretera secundaria, y nos desviamos hacia Frostmore Road. Un coche estaba detenido dos o tres puertas más allá de la casa de Wells. Frank detuvo su automóvil detrás del otro.

—¿Todavía está aquí? —preguntó al hombre que había en el otro coche.

El hombre asintió.

—Perfectamente —dijo Sellers—. No es necesario que sigas de centinela. No te muevas de por aquí. Ten la radio puesta. Daré todas las instrucciones a través de la radio de nuestro sistema de comunicación.

Sellers volvió a poner el coche en marcha, y se detuvo ante la residencia de los Wells.

—Vamos, Donald —ordenó.

Le seguí hacia la casa. Sellers oprimió el timbre con el pulgar.

Abrió la puerta una muchacha que quitaba el hipo, vestida con un jersey y unos pantalones muy cortos. Tenía el cabello rojo, ojos azules y un tipo como el de las protagonistas de historietas de dibujos.

—¡Hola! —nos saludó—. ¿Qué desean, muchachos? ¿Aprovechan su camino hasta el colegio para vender revistas? ¿Hacen demostraciones de aspiradores de polvo? ¿O acaso venden cepillos? Tienen que perdonarme por mi facha. Llevo el traje de faena. Llegué a casa y me encontré los platos por lavar, la bañera sucia… Soy una mujercita muy atareada.

Sellers dio la vuelta a su solapa y le mostró la placa.

—Pertenezco a la policía —declaró.

—¡Oh! ¿Qué habré hecho ahora?

—Bien ¿Qué ha *hecho* usted?

Ella le miró con ojos insolentes y sonrientes.

—Casi todo —admitió.

—Cuéntenoslo.

—¿Quieren entrar o prefieren quedarse aquí? Tengo las manos mojadas de lavar platos, y si he de estar hablando mucho rato con ustedes, muchachos, quiero ponerme un poco, de crema en ellas. En los tiempos que corremos, una mujer tiene que vigilar su piel.

—Parece hacerlo usted muy bien —observó Sellers.

—Lo procuro —respondió la joven—. Entren.

Entramos en la sala de estar de la casa de muñecas. El lugar aún olía a tabaco rancio, pero los ceniceros habían sido limpiados, y en la cocina pude ver una pila de platos limpios sobre la mesa, y más platos sucios amontonados a un lado de la fregadera. El agua de que ésta estaba llena, humeaba.

Ella tarareó una tonadilla al entrar en el dormitorio.

Cuando reapareció, olía a loción para las manos.

—Muy bien, chicos ¿De qué se trata?

—¿Es usted Mrs. Drury Wells?

—Eso es.

—¿Nombre de pila?

—Yvonne.

—¿Dónde ha estado usted metida? —preguntó Sellers.

—En muchos sitios.

—¿Por qué se marchó usted?

—¿Es interrogatorio oficial?

—Puede llamarlo así. No me pagan para pasarme las mañanas hablando con lindas pelirrojas sobre finales de semana perdidos.

—Es una lástima —ironizó la muchacha—. Serviría usted para

ello.

—Sirvo, no le quepa duda —repuso Sellers—, pero estábamos hablando de dónde había estado usted.

—Muy bien —asintió ella con aire de hastío—. Mi marido y yo discutimos. No es mal hombre, pero tiene un carácter pésimo, y supongo que de vez en cuando le doy motivos para que se excite. Siempre que pierde los estribos, pone la casa patas arriba. Coge un par de mantas, las mete en el automóvil, se larga y duerme bajo las estrellas. Permanece fuera durante una o dos horas, hasta que sus ánimos se apaciguan. A veces no vuelve hasta al cabo de una semana. Esta vez tuvimos una disputa y se largó como de costumbre, con las mantas al hombro. También yo perdí la paciencia y la cabeza. Esperé a que se hubiera marchado, y decidí que cuando regresara no me encontraría en casa.

»Ni siquiera me preocupé de prepararme una maleta. Cogí sólo un cepillo de dientes, un poco de decolorante y un tarro de crema.

—¿Qué medio de transporte utilizó?

—Fui andando.

—¿Hasta la parada del autobús?

—Ya había pasado el último autobús. Anduve hasta la avenida.

—¿Y después?

—Hice *autostop*.

—¿No resultaba peligroso para una mujer bien parecida como usted hacer *autostop* sola y de noche?

—Depende de lo que usted entienda por peligroso. En el primer coche que apareció, el tipo llevaba a su mujer consigo, y casi se salió de la carretera mirando hacia atrás. Pero no se detuvo. En el segundo coche venían dos individuos. Quemaron los neumáticos del frenazo que pegaron.

—¿Y después?

—¿Cómo se llama usted? —preguntó la joven.

—Sellers, sargento Sellers.

—¿Y cuál es su nombre de pila?

—Frank.

La risa bailaba en sus ojos, pero exclamó:

—¡Frank, fue horrible! ¿Sabe usted lo que hicieron aquellos odiosos hombres? ¡Me hicieron proposiciones! Y ahora, si ya saben todo lo que les interesaba continuaré con mis platos.

—¿Ha regresado usted esta mañana?

—Así es.

—¿Por qué?

—Ya me había salido con la mía. Empezó a dolerme por Drury. Pensé que tenía que volver a ser una buena mujercita de su casa y lavar los platos.

—¿Es mayor que usted?

—Sí.

—¿No están ustedes bien avenidos?

—A veces, no.

Sellers me miró.

—¿Qué vio usted en él? —le preguntó.

—A veces me hago esta misma pregunta.

—¿Cuándo y dónde se casaron ustedes?

Me miró de arriba a abajo y dijo:

—¿Ahora me sale usted con ésas?

—Bueno, no deja de ser una pregunta acertada —le dijo Sellers.

—Por lo que a mí se refiere, ésa es la pregunta clave —repuso ella—. Tendrán que buscar ustedes mismos la respuesta. Yo vuelvo a mi fregado.

Se levantó y se dirigió a la cocina, moviendo exageradamente las caderas. Echó más agua caliente en la fregadera.

—¿Quieren quedarse y secarme los platos? —preguntó.

Sellers se apoyó en el umbral de la puerta.

—¿Dónde está ahora su marido? —preguntó.

Ella se echó a reír y contestó:

—Según la fisgona de aquí al lado, se marchó «repentinamente». Sospecho que se cansó de esperarme, Yo pondré orden en la casa y seré una mujercita laboriosa. Si vuelve, nos perdonaremos el uno al otro y viviremos felices hasta la próxima pelea. Si no vuelve, me enteraré dónde hay que pagar el alquiler, y dejaré la casa a punto para el próximo inquilino. ¡Cielos, lo que puede llegar a ensuciar un hombre! Ha dejado esta casa para el arrastre.

Estaba atareada sumergiendo los platos en el agua, colocándolos en la escurridera y vertiendo agua caliente sobre ellos.

—El trapo de secar los platos está colgado en la percha —dijo.

—¡No cuente conmigo! —replicó Sellers—. Me echarían por conducta inadecuada para un policía.

—Bueno, por lo menos coja el trapo y tráigamelo —rogó ella—. Tengo las manos mojadas. No quiero dejar un reguero en el suelo de la cocina.

Sellers cogió el trapo de secar platos.

—¿Dónde quiere que se lo ponga?

—Sobre el hombro.

Levantó un hombro, mirándole provocativamente, y se echó a reír.

Sellers lo dejó caer sobre su hombro.

—Dóblelo un poco, para que no resbale.

Él lo dobló.

—Gracias —le dijo ella—. Todo lo que necesita es un poco de práctica.

—Vamos —ordenó Sellers—. Nos marcharemos. Déjeme ver ese recorte.

Entregué el recorte a Sellers.

—¿Qué es eso? —preguntó Mrs. Wells desde la fregadera.

—Una simple comprobación —respondió Sellers.

—Ah, ya lo sé. Es la fotografía de San Bernardino.

—¿Por qué no ha trabajado usted nunca en el cine? —le preguntó Sellers.

—Nunca me han invitado a hacerlo —respondió la chica—. Creí que quizá lo lograrían unas cuantas fotografías en los periódicos.

—Entonces ¿por qué se marchó usted de casa? —pregunto Sellers—. ¿Es ésa la verdadera razón?

Ella se rió y cimbreó las caderas.

—Ustedes, muchachos, son capaces de hacer las preguntas más traviesas —dijo—. ¿Por qué no se van a charlar con la fisgona de al lado? Sé que se están muriendo de ganas de hablar con ella, y ella se halla ansiosa de averiguar qué es lo que ha pasado.

Sellers suspiró, me devolvió el recorte, y se dirigió hacia la puerta sin pronunciar palabra.

—Déjese ver otra vez —invitó Mrs. Wells.

Bajamos los peldaños de la entrada.

—¡Maldita sea! —exclamó Sellers—. Tú me has metido en esto, Lam.

—¿En qué?

—En este caso de asesinato. ¡Después aparece el cadáver vivito y

coleando!

—Mrs. Raleigh fue la que comenzó —le dije.

—No por lo que a mí se refiere —replicó Sellers—. De todas maneras, deseo sostener una conversación con ella.

Esta vez ni siquiera tuvimos que llamar a la puerta.

No cabía duda de que había estado vigilándonos y esperándonos. Abrió la puerta de par en par tan pronto como entramos en el porche.

—¡Buenos días, buenos días! —exclamó—. Pasen. Estoy muriéndome por saber lo que pasa ahí al lado.

Sellers se quedó en el umbral.

—Sólo una pregunta —dijo—. ¿Ha visto usted a esa mujer de la casa de al lado?

—Ciertamente.

—¿Se trata de Mrs. Wells?

—Sí —afirmó ella.

—¿Es ésa la mujer que usted creyó que habían asesinado?

—¡Vaya! ¡Qué manera de decir las cosas, inspector! Yo no dije exactamente que creyera que había sido asesinada. Yo dije que creía existían circunstancias sospechosas. Oí una disputa, y después la oí gritar y vi que el hombre llevaba algo sobre el hombro.

—¿Qué entiende usted por algo?

—Pues supongo, por lo que ahora sé, que debía tratarse solamente de un par de mantas.

—Tal como lo contaba usted —repuso Sellers—, era un cadáver envuelto en una alfombra. Era algo pesado y que se balanceaba…

—Bueno, una no puede saber el peso de una cosa únicamente por ver a alguien transportándola.

—Por los andares de un hombre se puede saber si lleva algo pesado —comentó Sellers.

—Bueno, yo… desde luego era de noche. Sólo trataba de referirle lo que había sucedido, inspector. Eso es todo. Solamente cumplía con mi deber.

—¿No me dijo usted que había oído el ruido de un golpe? —pregunté yo.

—¿Y qué si lo dije?

—Sólo quería comprobarlo.

—Eso, desde luego, es hablar por hablar. Cualquier hombre

puede golpear a su esposa, pero yo no dije que hubiera oído el ruido de un golpe, Dije que oí un ruido que *hubiera podido* ser el ruido de un golpe.

—¿Ha hablado usted de esto con Mrs. Wells? —preguntó Sellers.

—No, no lo he hecho. Y le agradeceré que no mezcle mi nombre en este asunto.

—Sí, supongo que me lo agradecerá… ahora —le dijo Sellers.

—¿No cabe duda de que es Mrs. Wells la que está ahora aquí? —pregunté—. ¿Está segura de que es la misma mujer que…?

—¿Cree usted que es posible tomar por otra a esa mujer? —preguntó Mrs. Raleigh.

—Bien, creo que con esto basta —admitió Sellers—. Vamos, Lam. Larguémonos.

Regresamos al coche de Sellers, Mrs., Raleigh se quedó en el umbral de la puerta, y gritó:

—Confío en que mi nombre no aparecerá mezclado en todo esto.

Sellers ni siquiera se dignó volverse o contestar.

—Magnífico, eminente detective —dijo cuando hubimos entrado en el coche—. Tú me has metido en esto, y ahora tendrás que sacarme.

—No veo que pueda pasarte nada —repliqué.

—¡Oh, nada! Absolutamente nada —exclamó—. Sólo he dado parte de un asesinato que no se ha cometido. He puesto a todos en movimiento por un cotilleo sobre una mujer muerta, y después la mujer muerta ha aparecido vivita y coleando.

—¡Y tan viva! —comenté.

—Se puede explicar todo lo sucedido —dijo Sellers—, pero no va a resultar de ninguna ayuda. He tenido a tres turnos de hombres vigilando esta maldita casa durante veinticuatro horas. La he tenido bajo vigilancia para que cuando Wells asomara por allí le pudiéramos interrogar. Tendré que hacer un informe de todo esto. La cara se me va a caer de vergüenza.

—Ya que has llegado a este extremo —dije—, ¿por qué no mantener la vigilancia hasta que Wells aparezca en escena e interrogarle entonces?

—¿Sobre qué? —me preguntó desdeñosamente Sellers—. ¿Sobre una discusión que tuvo con su mujer?

Sellers se sacó el húmedo cigarro de la boca, y lo arrojó a la

calle.

—La próxima vez que me facilites un informe, Donald Lam —habló—, no te extrañe si cuelgo el teléfono antes de que acabes de hablar.

—Y no te extrañe —le contesté— si la próxima vez que tenga la pista de un asesinato me olvide sencillamente de comunicarla.

Me miró pensativo y replicó:

—Maldita sea, estás tratando ahora de usar mis propias palabras para poder justificar la base de alguna traición. ¡Al diablo! Lo que importa es lo siguiente: ¿se te ocurre algo para sacarme de este atolladero?

—Quizá.

—Eso ya está mejor —se tranquilizó—. ¿En qué consiste tu brillante idea?

—Averiguaremos algo más acerca de Corning, antes de dar el caso por terminado —le dije—. Tú procuras entretener el asunto. Debió de ser él quien avisó a Wells que pusiera los pies en polvorosa.

—Vamos a ver, pillastre —dijo Sellers—, yo pertenezco a la Sección de Homicidios, ¿te acuerdas? No creas que vas a meterme en un zafarrancho con tus noticias, y salvarme después gracias a algún jueguecito de niños. Yo pertenezco a Homicidios.

—¿No querrás hacerme creer que necesitas un cadáver?

—Necesito una salida —dijo—. ¿Puedes proporcionármela?

—Todavía no.

—¿Se te ocurre algo?

—Tengo alguna idea a medias.

—Entonces —anunció melancólicamente—, tienes mucho más que yo, y será mejor que dejes desarrollar esa idea que tienes a medio cocer. Cuando pueda tenerse en pie, avísame.

capítulo siete

EL viernes por la mañana amaneció con la promesa de ser uno de los hermosos días del sur de California: un cielo azul y transparente, una cálida luz del sol, montañas coronadas por la nieve, y en el aire el olor de los campos.

Me desayuné en mi restaurante habitual: unos huevos pasados por agua no muy cocidos, tostadas, café y mermelada.

Volví a repasar las estadísticas. Drury Wells se había casado con Estelle Ambler. No había ninguna indicación de divorcio. Estelle Ambler había dado su dirección de Sacramento. Tomé nota de la dirección, conseguí una guía telefónica de Sacramento y busqué el nombre de Ambler. Figuraba una tal Mrs. Gordon Ambler y la dirección era la misma que había dado Estelle.

Pedí una conferencia con dicha dirección.

—¿Está Estelle? —pregunté.

—En este momento no se halla en casa —contestó una voz de mujer—. Volverá dentro de media hora. ¿Quiere dejar algún recado?

—No, llamaré más tarde —dije, y colgué.

Anoté el importe de la conferencia telefónica, y empecé una hoja especial en mi libreta bajo el título de «Gastos pendientes».

Llamé a la compañía de aviación. Un «Convair» salía directo para Sacramento dentro de cuarenta y siete minutos. Encargué una reserva, me abrí paso entre la multitud que llenaba la agencia, y me dirigí al aeropuerto. Confiaba en tener tiempo de telefonear a Bertha desde allí, pero en el momento en que acababa de aparcar el coche y estaba tomando el billete, anunciaban ya la salida de mi aparato.

Corrí hacia el avión, y mientras me estaba sujetando el cinturón de seguridad, especulé sobre lo que le sentaría peor a la presión

sanguínea de Bertha: dejar pasar un día sin que supiera dónde me hallaba, o comunicárselo por medio de una conferencia telefónica desde Sacramento. Tan malo era un recurso como el otro, por lo tanto me recliné en el sillón y traté de descansar.

Normalmente, el ronquido de los motores perfectamente sincronizados de un avión de línea me sume en un sueño casi instantáneo. Esta vez no pude lograrlo. Incliné el respaldo de mi asiento, cerré los ojos y mis pensamientos empezaron en el acto una loca carrera, por lo que volví a enderezar el asiento y miré por la ventana.

El sinuoso curso de la antigua carretera de Ridge serpenteaba debajo. Después, dejamos a nuestra izquierda las montañas de Frazier y Sawmill, y volamos planeando sobre el Valle de San Joaquín.

Podía ver desde aquella altura las diminutas motas de los automóviles que seguían su camino a lo largo de la estrecha cinta de la carretera. Más allá, a la derecha, Sierra Nevada formaba una solemne procesión de picos cubiertos de nieve destacándose contra el azul del cielo.

Yo estaba sentado, con la mirada fija en la ventanilla y la mente dando vueltas con tanta velocidad como las hélices del avión. En alguna parte tenía que encontrar la respuesta a todo aquello. Sin embargo, debía confesarme a mí mismo que me hallaba metido en una caza sin objetivo; y decir que Bertha no aprobaría el gasto de tiempo y dinero, sería hablar con muchísima moderación. En realidad, Bertha estallaría como una granada.

Después la azafata sirvió el almuerzo, y descansé un poco.

Llegamos a Sacramento. Me dirigí a una agencia de automóviles de alquiler sin chófer, mostré mi tarjeta de crédito y alquilé un automóvil. Me dirigí hacia la casa de los Ambler.

Era una típica casa de los viejos tiempos de Sacramento, reminiscencia de los días lejanos de California: un edificio grande, de dos pisos, con techos muy altos, amplias ventanas con persianas de madera en el interior, y gran cantidad de umbrosos árboles en el exterior, árboles que habían sido plantados mucho tiempo antes de inventarse el automóvil.

Subí por la escalera de madera, que ya había empezado a desintegrarse, hasta llegar al sombrío porche delantero, y oprimí el

botón del timbre. Una mujer de cabellos grises y ojos brillantes como los de un pájaro, apareció en el umbral.

—¿Vive aquí Mrs. Drury Wells?

—Sí.

—¿Es usted Mrs. Ambler?

—Sí.

—Me gustaría poder hablar con mistress Wells.

—¿Sobre qué asunto?

La obsequié con mi mejor sonrisa, y dije:

—Se trata de un asunto personal. Tiene relación con su matrimonio, pero no quisiera molestarla lo más mínimo. Me gustaría que asistiera usted a la conversación, si así lo desea, Mrs. Ambler. Tal vez pueda ayudarme usted.

—¿Cómo se llama usted?

—Donald Lam.

—¿No será usted por casualidad, el hombre que telefoneó desde tan lejos esta mañana y preguntó por Estelle?

—Sí.

—¿Por qué lo hizo?

—Para saber si vivía aquí.

—¿Para qué quería usted saberlo?

—No quería gastarme un montón de dinero en el viaje de avión y un montón de tiempo en una búsqueda inútil.

—¿Qué es usted?

—Soy detective, detective privado.

—¿Qué anda usted buscando?

—Trato de descubrir lo que le ha ocurrido a la segunda Mrs. Wells.

—¡La *segunda* Mrs. Wells!

—Sí.

—No hay ninguna otra Mrs. Wells.

—Dispongo de información que tal vez a ustedes las interese oír.

—Entre —invitó la mujer.

La seguí a través de un pequeño vestíbulo hasta llegar a una amplia sala de estar, de alto techo, con grandes ventanales que daban al sombreado patio, y proporcionaban a la habitación un ambiente de sosegado frescor, aunque era todavía demasiado temprano para que el calor hiciera acto de presencia.

—Siéntese —dijo ella—. Voy a buscar a mi hija.

Salió de la habitación y volvió al cabo de un minuto con una muchacha morena, de ojos tristes, que daba la impresión de haber arrojado ya la esponja por lo que a la vida se refería. Tenía los hombros caídos y una mueca de amargura en la boca. Resultaba evidente que hacía tanto tiempo que no se preocupaba por su aspecto, que ni siquiera recordaba cuál era éste.

—Mi hija, Estelle Wells —presentó Mrs. Ambler.

—Mi nombre es Donald Lam —le dije—. Soy detective y trato de reunir algunos informes.

—¿De Drury?

—Sí.

—Detective privado —se apresuró a aclarar mistress Ambler.

—No creo que haya mucha diferencia —replicó Estelle.

—Causó una terrible decepción a mi hija —explicó Mrs. Ambler.

—¿Tienen algún hijo?

—Dos niños.

—¿De qué edad?

—Cinco y siete años.

—Estelle no ha estado muy bien de salud —explicó Mrs. Ambler —. Podemos achacarlo a los malos tratos de aquel hombre. Él arruinó la salud de mi hija.

—¿Trabaja usted? —le pregunte a Estelle.

—De vez en cuando —explicó su madre—. Pero no puede mantener un empleo fijo. No es físicamente capaz de ello, y yo misma tampoco me encuentro demasiado bien. Estamos solas las dos aquí para cuidar de los niños.

—¿Les ayuda económicamente el padre?

—Bueno, lo hace y no lo hace —explicó Mrs. Ambler—, y esto es una de las cosas que me preocupan, nosotras no creemos en el divorcio. Drury ha estado tratando de conseguir lo que él llama su «libertad» durante los últimos cinco años. Ha propuesto llegar a un acuerdo sobre los bienes, si Estelle le concedía el divorcio. Ella no quiere. Es un hombre de alma corrompida, míster Lam, completamente corrompida.

Asentí.

—Desde luego, si nos decidimos y conseguimos el divorcio, podemos obtener una sentencia de los tribunales por la que se nos

procure asistencia, y meterle en la cárcel si no paga. Pero ahora tenemos que amenazarle a menudo con no poder sostener a los niños, y cuando le hemos presionado lo bastante tiene que transigir. Así están las cosas desde que Estelle le abandonó. Ha tenido que arreglárselas como ha podido, tratando de sacar adelante a los niños, y después de ejercer toda la presión de que ha sido capaz sobre Drury Wells. En el último momento aparece y trae algo. ¡Háblele usted de guerras de nervios! Es ciertamente un verdadero maestro en estas cosas.

—¿Sabe usted a qué se dedica?

—No tengo ni la menor idea. Probablemente no hace nada. Es el hombre más gandul que he conocido en mi vida.

—¿Cómo se ponen en contacto con él cuando le acosan para que ayude a los niños?

—Hay una dirección en la que siempre se le puede localizar. En casa de su hermano, el doctor Carleton Wells.

—¿Doctor en medicina? —pregunté.

—Dentista —concretó ella—. Tiene un despacho en Los Ángeles. Drury siempre se mantiene en contacto con Carleton, pero nadie, aparte la familia, sabe que son hermanos. Carleton está sinceramente avergonzado de la conducta de Drury. Carleton es un caballero, en todo el sentido de la palabra. Si no fuera por él, Drury no haría nada por los pequeños. Más tarde o más temprano, Carleton siempre averigua el paradero de Drury, y todas las cartas que le mandamos a Drury a través de Carleton, le son entregadas.

—Supongo que se halla de nuevo en apuros —dijo Estelle Wells —. ¿Se trata de algo serio?

Traté de animarla con una sonrisa.

—Sólo estoy efectuando unas comprobaciones —dije—. Vamos a ver, ¿conoce usted a una muchacha llamada Yvonne, pelirroja, de unos veintitrés a veintiséis años de edad, buen tipo, de alrededor de ciento doce libras de peso?

—Yo tenía buen tipo —dijo Estelle, pensativa—. Es seguro que Drury va detrás de las mujeres con buen tipo. Y no sé cómo se las arregla con ellas. Cuando quiere, resulta simpático, pero sospecho que lo que hace que las mujeres se fijen en él, es su aire de indiferencia.

—No, no conocemos a ninguna Yvonne —dijo mistress Ambler.

—Espera un momento —terció Estelle—. ¿Te acuerdas de aquella Yvonne Clymer que vivía al otro lado de la calle, en Burbank? Siempre me resultó sospechosa aquella mujer. Drury la acompañaba siempre en coche a su casa. Alegaba que la había encontrado por casualidad cuando ella venía de la parada del autobús.

—Sí —asintió Mrs. Ambler aunque con alguna incertidumbre—, Yvonne Clymer coincide con esa descripción, y cuando yo te visitaba, noté que él se *mostraba* muy atento con ella. Me pregunto si…

—¿Nunca se volvió a casar Mr. Wells?

Estelle negó enfáticamente con la cabeza.

—Yo no quiero divorciarme.

—No puede casarse otra vez —aseguró Mrs. Ambler.

—¿Qué saben ustedes de esa chica llamada Clymer? —pregunté.

—A mi entender, se trataba de una muchacha muy sexual, una pequeña ramera que se comía con los ojos a todos los hombres del barrio —declaró Estelle con cierta animación—. Y cuando puso la vista en Drury, puede estar usted completamente seguro de que Drury se había fijado en ella.

—¿No sabe usted dónde está ella ahora?

Estelle hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Pero ¿vivía en Burbank?

—Sí.

—¿Puede indicarme dónde vivía? —pregunté.

—Tendré que mirar la dirección —dijo ella—. Caramba, tendría que recordarla. Era poco antes de nuestra separación definitiva. Sólo permanecimos allí durante cuatro meses…; ésta era otra de las particularidades de Drury. Nunca podía quedarse en ningún sitio, tenía que saltar de un lugar a otro, y cambiar de aires.

—Tengo la dirección en una de tus cartas —intervino Mrs. Ambler—. La buscaré y se la daré a Mr. Lam.

Abandonó la habitación y regresó a los pocos momentos con un sobre que me tendió.

—Éste es el sobre en el que venía la carta. No necesita molestarse en copiarlo. Puede llevarse el sobre. La dirección del remitente está aquí, en el lado izquierdo del dorso. Yvonne Clymer vivía al otro lado de la calle, en una esquina, cuatro o cinco puertas

más abajo.

—¿Vivía allí con su familia?

—Con su madre. Trabajaban las dos. Su madre estaba divorciada y sospecho que Yvonne salió como vulgarmente se dice: de tal palo tal astilla. Realmente, era muy hermosa para ciertos gustos.

—Tenía una bonita figura —confesó Estelle.

—Muy bien —les dije—. Tal vez vuelva dentro de poco. Estoy investigando ciertas propiedades.

—No se moleste en tratar de mitigar el golpe —me rogó Estelle —. Sé que se encuentra en apuros. He estado temiendo el día en que le meterían en presidio, pero sabía que ello llegaría tarde o temprano.

—¿Viene alguna vez a ver a los niños? —pregunté.

Los labios de Mrs. Ambler se juntaron en un intento de sonrisa.

—Viene a ver a los niños lo suficientemente a menudo como para enredar las cosas. Él espera que algún día Estelle no le permita verlos, y *entonces* hará uso de ello como base para su acusación de crueldad mental…, aunque nada sacaría de ello. Estelle tiene tantas cosas en contra suya, que él nunca podría obtener el divorcio, aunque probablemente él lo ignora. Debería usted ver algunas de las cartas que mi hija encontró entre sus cosas, cartas de una docena de mujeres distintas, cartas absolutamente horribles, de lo más desvergonzado…: no sé cómo existen mujeres que pueden escribir cartas así.

—Drury siempre les pedía que le escribieran —aclaró Estelle con voz monótona—. Realzaban su personalidad y halagaban su vanidad.

—En el caso de que viniera a ver a los pequeños —dije—, no mencionen mi visita. Preferiría llevar a cabo mis investigaciones tan discretamente como sea posible.

—Estamos conformes —convino Mrs. Ambler—. Estelle ya se hace cargo.

Estelle me ofreció una mano fláccida y una sonrisa desvaída. Mrs. Ambler me siguió hasta la puerta.

—Es terrible ver la vida de una muchacha arruinada de este modo —dijo—. Estelle vive con el temor de que el padre de los niños vaya a la cárcel. Si lo pudiéramos tener alejado de ellos, Estelle podría decirles a los niños que había muerto. Así, por lo

menos, la gente no sabría nada de él.

»Los chiquillos son unos diablos. Les gusta herir a los demás niños. Si va a la cárcel, será una tragedia terrible.

—Por mi parte, procuraré que no se remueva demasiado el asunto —le prometí, y me encaminé a mi coche de alquiler para meditar un poco.

Me procuré un listín telefónico de la ciudad y busqué entre los Patton para ver si localizaba a una tal Lucille Patton. Estuve de suerte; constaba allí con su dirección y el número de su teléfono.

Fui a aquella dirección. Era una pequeña casa de apartamentos. La encargada me dijo que Lucille Patton trabajaba en una de las oficinas del Estado. No sabía en cuál. Agregó que *miss* Patton casi siempre volvía a casa alrededor de las cinco y cuarto. La encargada era una mujer locuaz, deseosa de tener a alguien con quien poder hablar. Yo disponía de algún tiempo libre, por lo que me senté y charlé con ella. Me invitó a beber, y hablamos durante un rato de varias cosas. Finalmente, cuando volví a encauzar la conversación sobre Lucille ella se mostró completamente confiada.

Lucille vivía allí desde hacia casi cinco años, ocupando un solo apartamento. Era formal y respetable, pero muy vivaracha. Todo el mundo simpatizaba con ella. Se mostraba muy reticente acerca de su vida familiar pero, al parecer, nunca había estado casada. Medía unos cinco pies tres pulgadas, debía pesar unas ciento diez libras, y era una morena muy atractiva, con cabello negro, cejas y pestañas oscuras y ojos grises.

La encargada, una mujer de unos cuarenta y cinco años, suponía que Lucille no debía tener más de veintiséis o veintisiete años. Declaró que Lucille tenía un excelente carácter y muchas amistades, y además poseía el don de ser reservada con sus propios asuntos. Tenía un buen empleo y un buen sueldo.

La encargada quería invitarme a otro trago. Yo rehusé. Se sirvió uno para ella. Después intentó sonsacarme, y quiso saber a qué me dedicaba yo, y a qué se debía mi interés por Lucille.

Yo le contesté que había trabado amistad en el este con un individuo que había conocido a Lucille cuando él vivía en Sacramento. Me había dicho que si alguna vez iba yo allí no dejara de entregarle un anillo a Lucille, añadiendo que ésta era una buena chica, de agradable trato, que nunca estaba de mal humor, sino

siempre alegre.

—Se trata de Lucille, desde luego —mostróse de acuerdo la encargada.

Di por terminada mi entrevista con la encargada alrededor de las cinco menos cuarto. Me había dicho dónde trabajaba Lucille y se ofreció para presentármela si me esperaba, pero a mí no me gustaba aquella proposición.

Conduje mi coche de alquiler hasta la esquina, encontré un sitio donde aparcar junto a la acera, abrí la puerta del auto, me apeé y me situé en la acera, esperando.

No tuve gran dificultad en reconocer a Lucille Patton por la descripción que de ella me habían hecho, cuando ésta pasó ante mí. Me quité el sombrero.

—¿*Miss* Patton?

Se detuvo y me dirigió una de aquellas miradas en las que los ojos examinan la cara, descienden hasta los zapatos y vuelven a posarse en la cara.

—¿Y bien? —preguntó.

—Desearía hablar con usted.

Se apartó ligeramente de mí.

—¿De qué?

—De Drury Wells.

Su rostro permaneció impasible.

—Y de su tío Aaron Bedford. Sería conveniente para usted enterarse de muchas cosas.

Esto dio en el blanco. Iba a reanudar su camino, pero se detuvo a punto de dar el primer paso. Sus ojos, fríos, grises y suspicaces, se encontraron con los míos.

—¿Es asunto personal, oficial o de curiosidad? —preguntó.

—Digamos una combinación de los tres. Soy detective.

—A ver sus credenciales.

—Privado —aclaré.

—¡Oh! —exclamó, y de nuevo se separó de mi ligeramente.

—Tal vez —añadí— pueda evitar la gestión oficial si podemos hablar personalmente.

—Óigame —dijo Lucille—, no pienso sostener una conversación en la esquina de la calle. Tampoco pienso entrar en ese coche con usted, de modo que resulta inútil tener la puerta abierta de esa

manera tan invitadora. Si tiene usted las cartas en la mano, empiece a colocar ases sobre la mesa. Después, si yo quiero ver el resto del juego, ya se lo haré saber.

—Su tío Aaron Bedford —hablé—, era propietario de unos terrenos en el distrito de San Bernardino. Murió y dejó aquella propiedad a Yvonne Clymer.

—¿Y qué?

—Yvonne Clymer asegura que está casada con Drury Wells. Si tal matrimonio existe, es bígamo.

—¿Y qué? —repitió—. Hay muchos matrimonios bígamos.

—¿No pretenderá usted proteger a Yvonne?

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—Ella es su prima, ¿no es cierto?

—Somos parientes, pero no la he visto en toda mi vida.

—Perfectamente —repliqué—. Me doy por vencido. Estoy efectuando una investigación y me veo metido en un embrollo. Necesito toda la información que pueda obtener. Creo que usted podría ayudarme.

—¿Por qué está usted metido en un embrollo? —preguntó.

—Es una larga historia.

—¿Cómo ha podido localizarme? —me espetó Lucille.

—Fui a su casa. Trabé amistad con la encargada. Ella me describió el aspecto de usted.

—¿Y qué quiere que haga yo?

—Quiero hablar con usted.

—Yo no tengo conversaciones en las esquinas de las calles con extraños… cualquiera que sea el anzuelo.

—¿Quiere usted que vayamos a su casa y que me presente la encargada? Ella se ofreció a hacerlo.

—No serviría de nada. Sólo le conoce a usted por haberse presentado usted mismo. De este modo, también le conozco yo.

—Aquí está la llave del automóvil —dije—. ¿Aceptaría usted sentarse detrás del volante? Yo me sentaré a su derecha. Usted estará detrás del volante, como digo. Así nadie podrá raptarla, o…

Súbitamente, ella se echó a reír y dijo:

—Tengo la impresión de que es usted un buen muchacho. Creo que está más asustado de mí que yo de usted.

—Bueno —contesté—, creí que deseaba usted algunas garantías.

—Deme la llave.

Se la entregué.

—Apártese.

Me aparté y Lucille entró en el coche y se deslizó hasta llegar al volante. Yo me senté a su lado y cerré la puerta.

Probó la llave en el tablero, dióle vuelta para asegurarse de que encajaba, después cerró el contacto, abrió el bolso y dejó caer la llave en su interior.

—Muy bien —dijo—, cuénteme el resto de la historia.

—Mi nombre es Donald Lam —me presenté—. Aquí tiene una de mis tarjetas.

Miró la tarjeta.

—¿Quién es B. Cool?

—Créalo o no —le dije—, la B significa Bertha.

—¡Delicioso!

—No cuando se conoce a Bertha.

—¿Es mayor que usted?

—Mayor, más gruesa, más dura de pelar y más escéptica.

—¿Por qué se asoció con ella?

—Es una larga historia.

—¿Y que desea usted de mí?

—Se me requirió hace unos días para que investigase el caso de un hombre llamado Drury Wells; un cliente nuestro deseaba encontrar a la esposa de éste. Fui a hablar con Wells. Wells me dijo que habían tenido una disputa y que su mujer se había marchado. Él pensaba que tal vez se había marchado con otro hombre.

—Continúe —invitó Lucille.

—Una vecina que vive en la casa de al lado —proseguí—, oyó voces por la noche, oyó una reyerta, oyó un grito, después el ruido de un golpe, y por último se hizo silencio. Después de esto, Drury salió de la casa llevando algo sobre el hombro. Este algo iba envuelto en una manta o una alfombra. Pudo haber sido un cuerpo. Pudieron haber sido mantas. Se procuró un pico y una pala, metió lo que llevaba, fuera lo que fuese, en su coche, metió también el pico y la pala y se marchó. Esto sucedía poco después de la medianoche. Regresó dos horas y cuarenta y cinco minutos más tarde, Lucille estaba sentada, mirándome con el rabillo del ojo, estudiándome; después contempló durante unos instantes la calle, y

dijo:

—¿Algo más?

—Ahora llegamos al punto difícil. Nuestro cliente no quería pagarnos lo bastante para efectuar una investigación completa. Yo tuve visiones de una esposa que había sido asesinada. Llamé a un amigo mío que pertenece a la policía y le conté la historia. Él fue allí, habló con la vecina, y llegó a la conclusión de que se había cometido un asesinato. Wells no se encontraba allí. El policía puso la casa bajo vigilancia durante veinticuatro horas, esperando que Wells regresase.

»Wells no se dejó ver, pero la pretendida esposa, sí. Estaba viva, perfectamente bien y parecía contenta. Tenía unos ojazos inocentes y movía las caderas. Al policía se le cae la cara de vergüenza, y a mí también. Pero no sé por qué, no creo conocer toda la historia. Quiero saberla del todo.

—¿Y por eso ha venido usted a verme?

—No. He venido aquí para hablar con la esposa de Wells. Su esposa legítima. No ha habido divorcio alguno. Creía que ella podría darme alguna pista. Me dio una orientación. Ella cree que la segunda esposa puede ser una tal Yvonne Clymer que se entendía con Wells cuando vivían en Burbank. Creo que sí lo es.

»Su tío falleció hace poco tiempo. Dejó una parte de sus propiedades en el distrito de San Bernardino a su sobrina, Yvonne Clymer. Los periodistas la encontraron. Ella era Mrs. Drury Wells. Ella tenía que heredar el terreno y quince mil dólares en metálico, a menos que falleciera antes que su tío, en cuyo caso todo iba a parar a usted. Por esto pensé que tal vez sabría usted algo.

—¿Qué más? —preguntó Lucille.

—Ésta es la situación.

—¿Hacia dónde va, desde aquí?

—Regreso a Los Ángeles.

—Viaja usted con los gastos pagados, de lo contrario, no iría usted por aquí alquilando coches. Lucille abrió su bolso, buscó en el interior, sacó la llave, la metió en el contacto, cerró el monedero, lo arrojó a su lado, y dijo:

—Dadas las circunstancias, Donald, creo que va usted a llevarme a cenar, y que puede llamarme Lucille.

—Por lo que veo, el que va a ser secuestrado soy yo —contesté.

—¿Quiere llamar a la policía?

—Todavía no.

—Quizá lo hará más tarde —dijo Lucille, poniendo en marcha el coche y separándose de la acera.

—¿Cuál es, exactamente, su brillante idea?

—Creo —respondió— que tengo algo que contarle, pero tengo que conocerle más a fondo antes de empezar a hablar. El mejor modo de que una chica conozca a un hombre es ir a cenar con él, bailar con él y comprobar qué clase de técnica usa cuando empieza a tontear.

—¿Y si no tontea?

—Hay que cerciorarse de si se trata de indiferencia, incompetencia o inexperiencia.

—¿Y si no es nada de todo eso?

—También pasa al libro Mayor.

—¿En el Debe o en el Haber?

—Depende.

—¿De qué?

—Del hombre, y de lo que piensa la chica.

—Muy bien —asentí—. Usted manda y ordena. ¿Adónde vamos?

—A un restaurante donde podamos comer, tomar unos combinados y bailar.

—¿No quiere detenerse en su casa y refrescarse antes?

—Quisiera, pero no voy a hacerlo. Aquella encargada tiene los ojos muy grandes, las orejas muy grandes y, por lo que veo, una bocaza enorme.

—Ella deduciría los hechos y comprendería lo que ha ocurrido —dije yo.

—No, no lo haría. Cuando llegue me dirá que estuvo usted allí y que creyó que habría ido a buscarme. Antes de que me pregunte si le vi, le pediré que lo describa a usted, cuál era su aspecto, si era simpático y todas esas cosas. Yo no le mentiré, simplemente la despistaré dejando que me lo describa, y entonces tendré un retrato de usted a través de los ojos de ella.

—¡Mujeres! —exclamé.

—¿Astutas, verdad?

Me recliné en mi asiento. Lucille guiaba el coche con la habilidad de un experto en la materia.

Cerré los ojos.

—¿Ya está cansado tan temprano? —preguntó ella.

—Nada de eso —respondí—. Me estoy concentrando.

—¿En qué?

—Estoy repasando con vistas a mi examen —dije.

Ella se rió, con una risa profunda y melodiosa que me obligó a darle una rápida mirada y volver a justipreciar la situación. Era simpática, pero no tenía nada de tonta. No estaba asustada de mí en lo más mínimo, y tuve la incómoda sensación de que había estado haciendo planes durante todo el tiempo que estuvo sentada en el automóvil, pidiéndome que le explicara exactamente lo que yo quería.

Entramos en un restaurante bastante ostentoso. Era demasiado temprano para que hubiera mucha gente en el comedor, pero el bar se hallaba completamente lleno. Nos metimos en él y cuando el camarero preguntó lo que deseábamos tomar, Lucille encargó un «Manhattan».

Tomé un «Manhattan».

Quince minutos más tarde tomamos otro «Manhattan». Veinte minutos más tarde tomamos otro «Manhattan».

El alcohol causó algún efecto en ella. En cuanto a mí, me causó bastante efecto. Pude advertir que sus ojos brillaban y que sus mejillas se arrebolaban ligeramente. Sus gestos eran algo más vivaces, pero mantenía un cuidadoso control sobre sí misma.

—¿Está usted intentando emborracharme? —pregunté.

—Quiero destrozar su inhibición.

—Ya está destrozada. ¿Cuándo comemos?

—Ahora mismo, si así lo desea.

No se anduvo con remilgos ante la comida. Tomó un filete «New York» medio crudo, patatas al horno, ensalada de aguacates y café.

Había allí un gramófono automático y bailamos un poco. Era encantadora. Yo la estrechaba tanto como me atrevía, y ella me lanzaba de cuando en cuando una mirada que no dejaba de causarme impresión. Yo sabía que aún estaba calibrándome, dejándome seguir.

Tomamos el postre y un par de copas. Me daban escalofríos al pensar en las reacciones de Bertha cuando viera la nota de gastos, si yo no la falsificaba.

Bebimos otra copa y decidí falsificar de modo flagrante la cuenta.

Salimos de allí, y cuando el portero trajo el coche, Lucille se deslizó detrás del volante. Su falda se hallaba a la altura de las rodillas, sin duda para poder mover piernas y pies con mayor libertad. Tenía unas bonitas piernas… y avanzaba entre el tránsito con la tranquila facilidad de una trucha que se deslizara por un estanque. Atravesó un puente, abandonó la carretera pavimentada, corrió durante doscientas yardas por un pésimo camino, viró a la derecha y llegó a una explanada sombreada por los árboles, a la orilla de un curso de agua. Tanto podía ser un río, como una ría, como un canal. Nunca me enteré de lo que era. La luz de la luna se reflejaba en el agua.

Lucille detuvo el motor y se reclinó en el asiento.

Durante un rato hízose el silencio, roto solamente por los crujidos del bloque del motor que se enfriaba. Después, una rana emprendedora empezó a croar. Otras ranas le contestaron. La noche se pobló de ruidos.

Rebulló en el asiento y separándose del volante se acercó a mí, con la cabeza recostada en el asiento, su mejilla junto a mi hombro. Sus ojos estaban semicerrados. La luz de la luna destacaba sus curvas. Su traje estaba todavía a la altura de las rodillas.

La rodeé con mi brazo. Ella levantó ligeramente la barbilla, y la besé.

Aquel beso me produjo hormigueo. Recorrió mi persona e inició reacciones en cadena. Me estaba preguntando a que venía todo aquello y que era lo que de mí se esperaba, pero de pronto dejé de pensar con lógica.

La retuve junto a mí, rocé con mis labios su frente, y acaricié su cuello con mis dedos. Lucille suspiró y se acomodó en mis brazos.

Permanecimos sentados allí durante diez o quince minutos, observando el reflejo de la luna en el agua, sintiendo la tibieza de la aterciopelada oscuridad, oyendo los ruidos nocturnos que provenían de la orilla.

Ella se estremeció ligeramente, se acercó algo más a mí, y yo la volví a besar; esta vez no tenía ganas de dejar de hacerlo.

Bruscamente, me rechazó. Deslizóse detrás del volante. Traté de seguirla, pero me empujó con su mano derecha, abrió el contacto

con la izquierda, encendió los faros y puso en marcha el automóvil, iniciando un viraje.

—Lucille —llamé yo suavemente.

—¿Qué, Donald? —me contestó, y añadió con la misma suavidad—: Estoy tratando de decírtelo.

—¿Decirme qué?

—Estabas preguntándote qué es lo que se esperaba de ti, hasta dónde podías llegar. Es mejor decírtelo de este modo. Éste es el límite.

—Para ti —repuse.

—Para los dos, Donald. Eres un muchacho estupendo. No lo estropees.

Al dar la luz de la luna en el parabrisas y reflejarse en su rostro, pude ver que tenía los labios ligeramente entreabiertos. Respiraba casi enteramente con la boca. Sus ojos aparecían abiertos y expresivos. Conducía el coche con una evidente determinación de salir sin tardanza de aquellos lugares. Corría por aquella pésima carretera a toda la velocidad que podía dar de si el coche. No moderó la marcha hasta que llegó a la carretera pavimentada, cruzó el puente y volvió a sumergirse en la corriente del tránsito. Entonces disminuyó la velocidad. Parecía haberse desprendido de gran parte de la tensión. Una o dos veces advertí que me miraba con el rabillo del ojo.

Lucille no pronunció palabra y yo tampoco. Condujo el coche a través de las calles y llegó a la que llevaba a su casa, giró, apagó las luces, y, parando el motor, se detuvo ante la casa de pisos.

—¿Subo? —pregunté.

—Desde luego que no.

Me acomodé en mi asiento y no rechisté.

—Has pasado tu prueba —dijo Lucille—. Creo que se te ha de conceder categoría A. ¿Qué te interesa saber, Donald?

—Todo lo que sepas tú.

—Donald —habló—, ignoro si puedo ayudarte o no, pero la situación es la siguiente. Nuestra familia nunca tuvo mucho dinero, pero un miembro de la familia, tío Aaron, se fue a Texas y compró algunos terrenos allí, terrenos que en aquel tiempo no tenían ningún valor. Se las arregló para quedarse allí. Vivía en una pequeña barraca, tratando de criar unas pocas cabezas de ganado, e

iba tirando lo mejor que podía, y entonces…, bueno, desde luego, ya sabes lo que ocurrió. Encontraron petróleo. Él se enriqueció. Su esposa había muerto. Estaba solo. Vino a California. Yo era el único miembro de la familia que había mantenido correspondencia con él. Le acompañé a visitar Sacramento, le infundí ánimos, y le hice pasar tan buenos ratos como me fue posible. Luego mi tío regresó a Texas y me escribió varias cartas. Finalmente me comunicó que había hecho testamento y que me nombraba su única heredera. Ello me conmovió profundamente. Le escribí y le dije que yo había tratado de mostrarme simpática con él porque era un pariente y estaba tan solo, y que no me había hecho ilusiones respecto a su fortuna. Le aconsejé que sería mejor que buscase a su familia y se enterase de si había otros parientes.

—¿Lo hizo? —pregunté yo.

—Lo hizo. Escribió y me notificó que una tal Beatrice Clymer era parienta suya, que ésta tenía una hija, Yvonne, que vivía en Burbank, que iba a dejarme a mí la mayor parte de sus bienes, pero que a ellas les dejaría lo bastante como para que quedasen bien situadas. Declaró que no había ningún otro familiar.

—¿Guardas esas cartas? —pregunté.

Lucille asintió.

—Sigue contándome —le rogué—. ¿Qué sucedió?

—Oh, lo inevitable —dijo—. Alguna muchachita de Texas descubrió al millonario solterón, y le echó el anzuelo.

—¿Se casó con él?

—Se casó con él, y él se dejó atrapar por su anzuelo, por su caña y por su sedal. Entonces, como es lógico, su mujer empezó a incubar una profunda y agria antipatía contra mí. El tono de las cartas varió. Me escribió después de casarse y me comunicó que habría, como es natural, alguna diferencia en su testamento, pero que me dejaba una tercera parte de sus bienes a mí. Luego me notificó que iba a legarme todas sus propiedades de California, y que las de Texas irían a parar a su mujer. Al cabo de un par de meses me di cuenta de que estaba vendiendo todos sus terrenos de California y transformándolos en dinero contante y sonante. Al fin murió, y en su testamento lo dejaba todo a su mujer, excepto este terreno de aquí, en el distrito de San Bernardino, que pasaba a su sobrina Yvonne Clymer, junto con la cantidad de quince mil dólares.

—¿Ello significaba que, entretanto, había muerto Beatrice, su madre?

—Supongo. O había muerto o había caído en desgracia con la mujer de tío Aaron.

»De veras, Donald, trato de no amargarme la vida con todo esto. Sería una redomada embustera si te dijera que no me importa el dinero. No es que quiera ser rica, pero me gustaría tener lo bastante como para poder adquirir una sensación de seguridad. A cualquier chica que tiene que ganarse la vida con la máquina de escribir, le llega un momento en el que empieza a preguntarse qué ocurriría si se pusiera enferma, si contrajera artritis, o tuviera que dejar de trabajar por cualquier otro motivo… No sé a cuánto ascendería lo de tío Aaron, pero representaba un buen puñado de dinero. Si yo hubiera podido tener un rinconcito de unos cuantos miles de dólares, ello habría sido una buena ayuda. Desde luego, no querría ser una ricachona y empezar a viajar por Europa, vivir tomando combinados, y verme rodeada de individuos que tratasen de casarse conmigo por mi dinero, pero…

—Pero tú te casarás —le afirmé—. Así obtendrás tu seguridad.

—Eso es lo que me asusta. Donald. El matrimonio no es la seguridad. Te casas. Echas por la borda tu independencia. Tienes hijos. Te conviertes en ama de casa. Pierdes tu tipo, tu iniciativa, tu reposo y tus relaciones, Después, tu marido empieza a hacer escapadas en pos del espejismo de la juventud… Estabas contándome algo de Drury Wells y de la esposa que vive aquí. ¿Qué sabes de ella?

—Bien —dije—, allí tienes algo de lo que has estado enumerando.

—¿Hijos? —preguntó.

—Dos.

—¿Qué hace ella?

—Trabaja cuando puede, pero no goza de buena salud.

—Éste es el punto —dijo Lucille—. Tengo miedo de perder mi independencia. He tenido unas cuantas oportunidades para casarme. No estaba enamorada y por consiguiente no me casé, pero un par de veces estuve lo bastante cerca como para meditarlo. Sé que algún día me enamoraré perdidamente, y cuando esto ocurra, no pensaré para nada en el futuro. Sólo me lanzaré de cabeza al

matrimonio… Pero una se escama, Donald, al pensar en las cosas que pueden suceder.

—Siempre puede asustarnos el pensar en lo que puede ocurrir —asentí yo—. No se puede concebir ninguna situación en la que no puedan ocurrir cosas terribles.

—Eso es verdad.

—Tienes que enfrentarte con la vida y vivirla tal como viene, jugar tus cartas lo mejor que puedas, y sonreír siempre. No puedes esconderte debajo de la cama, esconderte a la vida. Tienes que vivirla, y la vivirás hasta que mueras.

—Ya lo sé. No me interpretes mal, Donald —dijo—. Yo no me escondo ante nada. Quiero únicamente explicarte cuáles son mis sentimientos. Naturalmente, me expreso con amargura, pero es la primera vez que se lo cuento a alguien.

—¿Sabes algo de la mujer que se casó con tu tío Aaron?

—Ni palabra. Era mucho más joven que él, y la boda fue muy repentina. Ni noviazgo ni nada. Se casaron de improviso. Creo que él la conoció en algún hotel. Ella era una encargada. Sabía lo que debía hacer, y es seguro que sabía lo que andaba buscando.

—¿Conservas todas las cartas de tu tío?

—Sí.

—Guárdalas —le recomendé—. ¿Qué sabes de Yvonne Clymer? ¿Nada?

—Sería una chismosa si dijera lo que he oído decir sobre ella. Yo no conozco a la muchacha. Si la viera, no la reconocería. No es exactamente su sobrina. Él era una especie de tío abuelo.

—Muy bien —asentí—. Ya lo investigaré un poco.

—¿Te ayuda en algo lo que te he contado, Donald?

—Francamente, no. Me proporciona alguna base. Eso es todo. Lo primordial es que hay algo que suena a falso en el asunto de Drury Wells; pero ello no afecta a la validez del testamento de Bedford. Puede existir un matrimonio bígamo, o quizás los dos estén viviendo en pecado. No lo entiendo.

—Donald, ¿no estarás tú casado?

—No.

—¿Prometido?

—No.

Guardó silencio durante unos segundos. Después dijo:

—Me he divertido mucho esta tarde, Donald. Tenía ganas de hablar con alguien. No tengo a nadie en quien poder confiar, y sabe el cielo por qué empecé a contarte todo esto. La única explicación es… que me gustaste. Me gustaste desde el primer momento en que te vi parado allí, con la puerta del coche abierta, y en aquel momento creí que serías algún conquistador… Es posible que me sintiera sola esta noche. Dejemos de hablar de negocios, Donald, y digámonos buenas noches…

»Esto, Donald, es todo lo que yo sé, excepto que me gustas y que has pasado el examen con las mejores notas… Si no te entretienes demasiado deseándome las buenas noches con un beso, tendrás tiempo de devolver el coche a la agencia y tomar el último avión para Los Ángeles, y aún te sobrarán treinta minutos.

Tenía razón en lo del horario, pero en realidad no ocurrió así. Estuve a punto de perder el avión.

capítulo ocho

LOS sábados por la mañana teníamos el despacho abierto y cerrábamos las puertas al mediodía. Por la tarde, Bertha y yo solíamos tener una hora de conferencia y programar el trabajo para la semana, y comprobar cómo marchaban los negocios.

Entré en la oficina a las nueve en punto de aquel sábado por la mañana. Bertha aún no había llegado.

Rogué a Elsie que me avisara apenas llegase Bertha.

Llegó a las nueve y diez, y tan pronto como estuvo en su despacho, Elsie me avisó. Entré en el despacho de Bertha y exclamé:

—Abrimos a las nueve. ¿Dónde ha estado *usted* metida?

Bertha me miró, abrió la boca, trató de decir algo, pero no pudo. Su rostro adquirió gradualmente un color terroso. Finalmente, recuperó el uso de la palabra.

—¿Que dónde he estado? ¿Tú, maldito hombrecillo, tienes la cara dura de preguntarme dónde he estado metida? ¿Dónde diablos te figuras haber estado *tú*? ¿Qué significa eso de que nadie sepa dónde estás? Empleé todo el día de ayer llamando a todas las sirenas de lindo rostro que alguna vez te han hecho carantoñas, tratando de averiguar dónde te encontrabas.

»Se necesita poca vergüenza para desaparecer de ese modo, sin que nadie sepa dónde estás. ¿Por quién me has tomado? ¿Por un empleadillo de nada o algo por el estilo? ¡Y tener después el increíble tupé, la inconmensurable desfachatez de presentarte aquí y querer saber dónde he estado *yo*!

—La oficina se abre a las nueve —repuse—. La estaba esperando.

Se enfureció de tal modo, que empezó a farfullar.

—Bueno, bueno —concedí, magnánimo—, vamos a dejarlo. Ya supongo que cuando uno tiene un negocio, tampoco ha de ser un

esclavo de él. Al fin y al cabo, Bertha; tanto usted como yo también podemos tomarnos algún rato de ocio de vez en cuando. Olvidémonos de ello.

—¡Bastardo desnutrido! —exclamó Bertha—. Estás comportándote así para irritarme. Estás tratando de hacerme perder los estribos. ¡Y lo has logrado, maldita sea! Me conoces lo bastante como para saber usar ese cerebro tuyo para sacarme de quicio antes de que yo me dé cuenta. Me pones frenética y, a pesar de todo, aún me siento algo orgullosa de ti.

—Muy bien —le dije—. Cuénteme ahora eso tan importante que sucedió ayer.

Los labios de Bertha se juntaron, formando una línea fina y apretada.

—¡Maldición, Donald, estoy asustada!

—¿De qué está asustada?

Bertha abrió un cajón de la mesa y sacó dos documentos de aspecto legal, y me los tendió.

—Echa un vistazo a esto.

Examiné los títulos. Ya me bastó con ello.

En el Tribunal Supremo del Estado de California, en y por el Distrito de Los Ángeles, Drury Wells demandante, versus Bertha Cool y Donald Lam; y Bertha Cool y Donald Lam como consocios llevando a cabo negocios bajo el nombre y título de Cool y Lam.

No necesitaba darle vuelta a la citación y leerla demanda, pero le di un vistazo.

Drury Wells había realizado un buen trabajo. Manifestaba vivir en el número 1638 de Frostmore Road, que los demandados se habían inmiscuido en su vida particular, que habían entrevistado a los vecinos de un modo calculado para sembrar en las mentes de dichos vecinos la creencia de que el demandante era un asesino, y con ello arruinar su buen nombre en el vecindario; que los demandados subsecuentemente habían dado parte a la policía de que el demandante había asesinado a la mujer que con él vivía como esposa suya; que como resultado de esta denuncia, la policía había puesto su casa bajo vigilancia, poniéndole en evidencia,

obligándole a trasladarse a otro lugar, causándole disgustos e inconvenientes, causándole gran sufrimiento mental, perjudicando su salud y su reputación entre la comunidad, etc., etc., etc.

Exigía cincuenta mil dólares por el perjuicio causado, y cien mil dólares de indemnización punitiva. Arrojé la citación y la demanda sobre la mesa de Bertha.

—Bien —le dije—, *usted* ya conoce los hechos.

—No estoy segura —repuso Bertha.

—¿Qué quiere significar?

—Lo que aquí se alega es que tú sembraste la idea en las mentes de los vecinos de que Wells había cometido un asesinato.

—Continúe —rogué.

—Desde luego, tan pronto como me entregaron esto, traté de localizarte. No pude encontrarte. Creí que lo más adecuado era ir a ver a Mrs. Raleigh y obtener de ella una declaración por escrito en la que dijera que *ella* fue la que te habló a *ti* de que Wells había asesinado a su mujer.

—¿Y qué pasó? —pregunté.

—Me llevé a una amiga mía como testigo —prosiguió Bertha—. Nos dirigimos allí. Mrs. Raleigh declaró que nunca te había insinuado tal cosa. Mrs. Raleigh dijo que tú te dejaste caer por allí y le preguntaste qué sabía del asesinato de la vecina de al lado, cometido por su marido. La vecina de la otra casa afirmó que le habías hecho la misma pregunta, que aunque no habías citado hechos, tus preguntas insinuaban que Mrs. Wells podía haber desaparecido a consecuencia de alguna jugarreta sucia. ¡Es un lío infernal! ¡Mrs. Raleigh está asustada de veras!

—¿Qué quiere decir con eso de que está asustada de veras?

—Quiero decir que tiene miedo hasta de su sombra. Ni siquiera le salía el hipo, de tan asustada como estaba.

—¿Le dijo usted por qué quería saber lo que ella me había contado a mí?

—Claro. ¿Por qué, si no, habría ido a verla?

—¿Le comunicó que nos habían denunciado?

—Sí.

—¿*Antes* de pedirle la información?

—Bueno, yo quería jugar limpio con aquella mujer. Puse las cartas boca arriba.

—Ése es un modo desdichado de plantear el asunto, Bertha —le reproché—. Le tiene un miedo cerval a su marido, y a partir del instante en que se enteró de que se realizaba una demanda judicial, ya no le habría dicho ni el tiempo que hacia.

—Bien —exclamó Bertha—, también habló con Frank Sellers, y de eso no puede zafarse.

Me recliné en el sillón y reflexioné durante un rato.

—Se dará usted cuenta —dije— de que no afirma que la mujer que vivía con él fuera su esposa. Dice que con él vivía como esposa suya… Él nunca se ha divorciado de su esposa… ¿Sabe usted, Bertha, que la cuestión de aquella conversación por teléfono con Frank Sellers va a resultar de lo más importante? ¿Nos apoyará Frank en esta cuestión?

—Frank no hará nada —afirmó Bertha—. Atestiguará que tú le dijiste que se había cometido un asesinato. Él también está metido en un lío, y no va a perder su empleo por defendemos a nosotros.

—Bien —dije—, ello convierte a Corning en un testigo importante. Estaba aquí cuando tuvo lugar la conversación telefónica.

—Donald, ¿tiene fundamento la acusación? —preguntó Bertha.

—No, si podemos lograr que alguien diga la verdad —contesté —. Pero con esa Mrs. Raleigh tratando de ponerse a cubierto… ¿Cuál era la dirección que nos dejó Corning?

—El *Dartmouth Hotel*.

—Voy hacia allá —decidí.

—¿Vas a hablar con él?

—Si está, sí. Voy a tratar de obtener una declaración suya por escrito, si puedo.

—Donald, te hará polvo.

—Nos hará polvo si le hace alguna declaración al abogado de Wells antes de que yo llegue allí —aseguré.

Los ojos de Bertha se empequeñecieron.

—¿Ello causaría un jaleo infernal, no es cierto?

—¿El qué?

—Tú insistiendo en dar parte a la policía de que se había cometido un asesinato, Corning negándose a que la policía interviniera en el asunto, tratando de evitar que tú telefonearas, tú insistiendo…

—Todo eso está muy bien —convine—. Mientras él quiera contar la verdad.

—Tú le dijiste que tenías que denunciar un asesinato —recordó Bertha.

—Yo no le dije nada de lo que Wells había hecho. Le conté lo que Mrs. Raleigh decía que Wells había hecho.

—El repartidor de citaciones judiciales te estaba buscando ayer, Donald. ¿No pueden entregármela a mí en tu lugar?

—No, tienen que entregármela a mí personalmente.

—Pero me entregaron dos copias. Una de ellas debe de ser para ti.

—No —negué—, le entregó una como parte interesada, y después le dio una copia como miembro de la sociedad. Ello significa que está usted notificada personalmente y que también la sociedad ha sido notificada. Se las arreglarán hoy probablemente para notificármelo a mí.

—¿Qué haremos entonces?

—Ver a un abogado. Una de las primeras cosas que debemos hacer es obtener una declaración de Drury Wells. No creo que esto le guste mucho. Entretanto, voy a ver a Corning.

Bertha empujó hacia atrás el sillón y dio la vuelta a la mesa.

—Escucha, Donald —dijo—. Sería capaz de remover el infierno por un centavo. No puedo remediarlo. Es mi modo de ser. Tuve que sacar adelante esta maldita agencia antes de que tú formases parte de ella, y siempre estaba pasando apuros. Me he acostumbrado a ahorrar el céntimo. Cada vez que tú gastas cinco centavos más de lo que yo creo necesario, noto como si viera mariposas ante mis ojos y que la presión me sube inmediatamente como una flecha.

»Ahora que estamos metidos en un zafarrancho de mil diablos, quiero que sepas que a Bertha le consta que ha sido tu cerebro y tu iniciativa los que han evitado que esta agencia fuese un negocio de mala muerte, unos notificadores de citaciones y unos detectives de segunda fila, convirtiéndola en algo que vale la pena.

»Todavía me enfurezco de mala manera ante tus notas de gastos y tu frescura; tu frescura ante el dinero, pero, ¡maldita sea, Donald, cuando el asunto se pone serio, Bertha está a tu lado, hombro con hombro! No me oirás ni una queja, tanto si ganamos, como si perdemos o empatamos.

Se afirmó sobre los pies, separados el uno del otro, me tendió su mano llena de anillos, y exclamó:

—¡Chócala, socio!

Sus brillantes ojillos estaban llenos de lágrimas.

—Ahora —me dijo—, vete a ver a ese hijo de perra de Corning e intenta sonsacarle algo por las buenas. Confieso que seguramente enredé ayer las cosas al ir a ver a esa Mrs. Raleigh, cosa que no admitiría nunca si no estuviera tan asustada como estoy.

capítulo nueve

EL *Dartmouth Hotel* era más bien pequeño, pero trataba de dar una impresión ostentosa. El conserje me dijo que se informaría de si estaba Mr. Corning, y me preguntó a quién tenía que anunciar.

Le rogué que dijera que se trataba de Mr. Wells. El conserje llamó a Corning, y súbitamente se transformó en la cordialidad personificada.

—Puede subir, Mr. Wells —invitó—, dice Mr. Corning que tendrá *mucho* gusto en recibirle.

—Gracias —le dije.

—Es el apartamento
362-A
, tercer piso, parte delantera.

—Gracias —repetí, y subí.

Oprimí el botón de nácar del
362-A
. La puerta se abrió de par en par. Corning apareció con una cordial sonrisa impresa en la cara, pero al verme, ésta se trocó en una expresión de sobresalto.

—¿Cómo diablos…? —exclamó.

—Tenía ganas de charlar un poco con usted —dije.

Iba sin la americana, con la camisa desabrochada, a través de la cual podía apreciarse la poderosa constitución de aquel hombre, mientras permanecía mirándome y tratando de ajustar sus pensamientos.

—Dispongo de más información, que creo puede tener valor para usted.

—¿Qué diablos pretende al darle al conserje el nombre de Wells?

—Creí que así tropezaría con menos dificultades para verle a

usted en nombre de Drury Wells que como Donald Lam.

Seguía allí, interceptándome el paso, e intentando dar forma a sus pensamientos.

Di un paso hacia delante, con la tranquila confianza de una persona que esta completamente segura de sí misma.

—Mis informes le *gustarán* —le aseguré.

Se apartó a un lado, dejándome pasar, cerró la puerta de un puntapié, y me indicó una silla.

Era una *suite* que olía a dinero, diaria, semanal o mensualmente. Pude observar que había tres o cuatro habitaciones, y la sala de recibo estaba bien amueblada. Era evidente que había estado recibiendo visitas, pues tenía un bien provisto bar portátil en un extremo de la habitación, y suficientes vasos para una docena de personas. La mayor parte de las botellas de la primera fila aparecían vacías hasta la mitad o en sus dos terceras partes. Las reservas del fondo del bar, estaban intactas.

—Muy bien —gruñó—. ¿De qué se trata?

—Si me comunica usted exactamente qué es lo que desea —le dije—, tal vez pueda ayudarle.

—Ya le informé de lo que quería —repuso—. Quiero a Mrs. Wells.

—¿Qué desea usted de ella?

—Esto no es de su maldita incumbencia. Sólo quiero encontrarla.

—Bueno —asentí—, desde luego constituye una diferencia el que usted la busque por asunto de dinero, de mármoles o de yeso. ¡Verdaderamente, la chica es un bombón! Yo estaba predispuesto a aprobarla, por las fotografías que había visto de ella, pero ningún fotógrafo puede hacerle justicia a esa chica irradia vitalidad, personalidad y…

Corning se quedó sentado en el borde de la silla.

—¿Qué quiere significar? ¿La ha *visto* usted?

—Claro —dije.

—¿Quiere decir que la ha *encontrado*?

—Desde luego.

—¿Por qué diablos no me lo comunicó?

—Es lo que *estoy* haciendo. Ahora se lo estoy comunicando.

—¿Dónde está?

—Me gustaría aclarar antes un par de asuntos —repuse.

—¿Cuales?

—¿Recuerda que cuando estuvo usted la última vez en nuestra oficina, llamé a un amigo mío de la Brigada de homicidios?

—Sí.

—Yo le dije que una tal Mrs. Raleigh, que vive junto a la casa de Drury Wells, había dicho que oyó una pelea a medianoche, que había oído el ruido de un golpe, y que había visto a Wells salir del garaje con algo sobre el hombro, que ella creyó podía ser un cuerpo envuelto en una manta. ¿Se acuerda usted de todo esto?

—Me acuerdo de la conversación.

—¿Fue éste, en sustancia, su contenido?

—En efecto, así fue.

—Recordará usted que en ningún momento afirmé que en *mi* opinión Wells hubiera matado a su esposa. Me limité a mencionarlo como parte de la conversación que yo había mantenido con Mrs. Raleigh.

Fue a decir algo, pero después sus ojos se estrecharon ligeramente.

—Parece estar usted muy ansioso sobre todo esto.

—Sólo quería asegurarme de que su recuerdo respecto a aquella conversación fuera exacto. —Reflexionó durante unos instantes y luego preguntó—: ¿Dónde está Mrs. Wells?

—1628 Frostmore Road.

—Claro, ya lo sé. Ésa es su dirección.

—Pues ahí es donde estaba *ella* anteayer, y es realmente un verdadero bombón.

—¿Quiere usted decir que ha regresado? —preguntó Corning.

—Ha regresado y está limpiando la casa, fregando los platos, vaciando ceniceros…

—¿Y asegura usted que ya estaba ahí anteayer?

—Eso es.

—Entonces, ¿por qué diablos no me avisó anteayer?

—Usted me había despachado. Estaba ocupado en otro caso.

Se levantó, se abrochó la camisa, se puso la corbata, cogió una americana que estaba colgada del respaldo de una silla, metió los brazos en ella, y dijo:

—Vamos. Andando. Usted puede identificarla. ¿Ha hablado

usted con ella?

—Claro que he hablado con ella.

—Muy bien. Andando.

—Me gustaría que me entregase una declaración sobre aquella conversación telefónica, para que pueda enseñársela a mi amigo de la Brigada de Homicidios, para que no le dominen ideas sobre…

—¡Sin duda, sin duda! —exclamó Corning—. Ya me ocuparé de eso. Me agradará ayudarle a usted, Lam. Sólo que debería usted haberme informado anteayer. He pasado muchos apuros tratando de localizar a esa mujer. Aún no comprendo por qué ha regresado a su casa. Es el último lugar del mundo en el que se me hubiera ocurrido buscarla.

—Está allí, Si usted no nos hubiera despedido, habría podido usted verla, ocuparse en sus negocios, y en estos momentos estaría en Texas.

—Reconozco que me equivoqué, Lam. No consideré debidamente su habilidad.

—Gracias.

—Trataré de compensarle.

—Aquella declaración por escrito sobre la conversación telefónica…

—Tan pronto como compruebe que tiene usted razón en lo de la Wells… Tan pronto como la vea, le facilitaré cuantas declaraciones quiera. Podrá usted dictarlas. Yo las escribiré y las firmaré.

—¿Quiere que vayamos en mi coche? —le pregunté.

—Yo conduciré —repuso.

Bajamos al vestíbulo. Arrojó la llave al conserje y dijo:

—Estaré un par de horas fuera. Vámonos, Lam.

El conserje le oyó llamarme Lam, y levantó una ceja, escéptica.

—Buenos días, Mr. *Wells* —saludó.

—Buenos días —le respondí, con tanta intención en mi voz como él la había puesto en la suya.

Entramos en el coche de Corning. Era un diestro conductor.

Comprendí que no quería facilitarme información alguna, y yo ciertamente no pensaba darle ninguna a él.

Me acomodé en el asiento y le dejé conducir.

Llegamos a Frostmore Road y nos dirigimos a la casa de Wells. Frenó secamente y nos apeamos del coche.

—Me gustaría hablar con Mrs. Wells en privado unos pocos minutos, Lam —dijo—, después le necesitaré como testigo.

—Perfectamente —asentí yo—. Entre usted y hable con ella. Yo me voy a charlar un rato con Mrs. Raleigh.

Subió los peldaños del porche, y yo me dirigí a casa de Raleigh. Mrs. Raleigh me estaba esperando en la puerta.

—¡Bien, ya está usted aquí, Mr. Lam! ¿Sabe que estoy medio enferma de tantas preocupaciones? La gente no ha hecho más que venir aquí y hacerme infinidad de preguntas.

—Cuéntemelo —dije yo.

—Es toda una historia.

—Cuéntemela.

—Se presentaron dos mujeres. Me dijeron que Wells había cursado una denuncia de demanda contra usted.

—¿Algo más?

—Vino un abogado. Llevaba una taquígrafa con él. Me pidieron que hiciera una declaración. No me dejaron copia de dicha declaración. La muchacha llevaba una máquina de escribir portátil y lo escribió todo. Lo leí por encima, pero me pareció que todo estaba en regla. Lo firmé, y entonces aquella chica buscó su cartera y sacó un pequeño sello notarial, mientras me ordenaba: «Levante su mano derecha». Levanté la mano derecha y ella dijo: «¿Jura usted solemnemente que esto es verdad?».

—¿Lo era? —pregunté yo.

—Claro que era verdad —repuso—. Tal vez dije con cierto énfasis una cuantas cosas, pero era verdad. Sí, era la verdad.

—¿Y usted les aseguró que lo era?

—¿Qué otra cosa podía hacer en aquellas circunstancias?

—¿Y después qué ocurrió?

—Después, la muchacha dijo: «Usted jura solemnemente», y estampó un sello en el papel. Ella lo firmó como notario y se lo entregó al abogado. No me dio tiempo ni a pronunciar una sola palabra. Salió disparado por aquella puerta.

—Claro —repliqué—, ya tenía lo que él deseaba. ¿Por qué tenía que quedarse? ¿Qué decía usted en su declaración jurada?

—Sólo la verdad. Eso es todo.

—Hablemos claro, Mrs. Raleigh. ¿Recuerda usted que yo vine aquí y le pregunté por los vecinos de la casa de al lado?

—Desde luego.

—Y usted me dijo que había oído una disputa allí y el ruido de un golpe, y que después él salió con lo que podía ser un cuerpo, sobre el hombro, lo había cargado en su automóvil, había salido del garaje, cogido una pala, y se había marchado en el coche; que regresó al cabo de dos horas y cuarenta y cinco minutos y estuvo durante un corto rato en la cocina, después apagó la luz de la cocina, entró en el dormitorio, tuvo la luz encendida durante el tiempo suficiente para desnudarse, luego, apagó la luz y aparentemente se metió en seguida en la cama. ¿Se acuerda usted que me dijo que estaba segura de que él la había matado?

—¿Qué la había matado? —exclamó Mrs. Raleigh.

—Es lo que usted declaró.

—¡Yo nunca le dije a usted tal cosa, Mr. Lam! —exclamó—. ¿De qué me esta usted hablando? Usted me preguntó por la gente de aquí al lado, acerca de su vida, y yo le respondí que creía que vivían bien, excepto que una noche tuvieron una enconada disputa y yo oí sus voces alteradas, pero que no pude entender las palabras. Dije que él salió un rato, pero no que llevara un cuerpo al hombro. ¿Acaso pretende usted atribuirme cosas que no he dicho?

—No dijo usted cuerpo —contesté pacientemente—. Usted me dijo que era algo envuelto en una alfombra o en una manta, y que colgaba y se balanceaba como si fuera un cuerpo.

—¡Qué ocurrencia! ¡Nunca le dije nada de eso! Le dije que lo vi salir de la casa, pero que estaba oscuro y yo no podía verle bien. Llevaba algo sobre el hombro. Podía haber sido una manta o una alfombra, o… Bueno, supongo que pudo haber sido cualquier cosa. Pero lo que yo le dije a usted fue que era una manta o una alfombra.

—¿Y no me dijo usted que cogió un pico y una pala?

—¡Nunca le dije tal cosa! ¿Se ha vuelto usted loco?

—¿Qué dijo usted de un pico y una pala?

—Dije que había oído un ruido metálico, pero ¡válgame el cielo! Eso no significa nada; eso…

El timbre de la puerta sonó con insistencia.

Mrs. Raleigh se levantó inmediatamente de la silla como una flecha.

—Voy a ver quién es —contestó.

Abrió la puerta, y un momento después Corning entraba a grandes zancadas en la habitación.

—¿Dónde está esta mañana Mrs. Wells? —preguntó—. Al parecer no está en casa. En la casa no hay nadie.

—Bien, bien, sospecho que no está en casa… Pero no estoy segura. Tengo demasiado trabajo en mi propia casa para poder sentarme aquí y vigilar a los vecinos, Mr… Ha estado usted antes aquí, pero no puedo acordarme… Mr… ¿Cómo dijo usted que se llamaba?

—Corning —dije yo—.

Lawton C

. Corning, de Texas.

—¡Ah sí, Mr. Corning! Pues bien, tengo demasiado trabajo para poder sentarme y meter las narices en los de los demás.

—Parece usted arreglárselas muy bien —dijo Lawton Corning—. Aquí al lado no hay nadie. ¿Dónde está Mrs. Wells? ¿Estuvo en casa la noche pasada?

—No se lo podría decir. Tengo un marido a quien cuidar, y que preparar una cena. Trato de ser buena vecina, hasta el punto de estar dispuesta a hacer un favor a cualquiera, pero, desde luego, no tengo costumbre de curiosear en los asuntos de mis vecinos. Estuve muy ocupada ayer por la tarde.

—¿Vio usted alguna luz allí? —pregunté.

—Creo que ni siquiera dirigí allí la vista.

Corning y yo nos miramos.

—Oiga, ¿qué le pasa a usted? —preguntó Corning.

—No me pasa nada —repuso Mrs. Raleigh con gesto de honradez ofendida—. Pero no quiero de ningún modo ganarme la reputación de chismosa. Caramba, aquel abogado que estuvo aquí insinuó que yo…

—¿Qué abogado? —exclamó Corning.

El abogado que vino aquí con aquella chica que yo creí su secretaria. Me hicieron varias preguntas, y entonces la mujer abrió una máquina de escribir portátil, se la puso en la falda y escribió todo lo que yo decía. Cuando terminé, me entregaron aquel papel para que lo leyera y lo firmara.

—¿Un abogado?

—Sí, un abogado.

—¿Le explicó lo que quería?

—Me comunicó que representaba a Mr. Wells, y que Mr. Wells se disponía a buscar quién era el responsable de hacer correr el rumor de que él había asesinado a su esposa, y quienquiera que fuese el responsable, tendría que comparecer ante los tribunales. Me preguntó si yo había hecho correr el rumor y yo le contesté que no, desde luego; le dije que había venido gente a hablar conmigo y que me habían hecho unas cuantas preguntas, pero que yo nunca declaré que Wells asesinara a su mujer, ni nada por el estilo. Además, la mujer estuvo allí anteayer, durante todo el día, limpiando la casa y todo. ¿Cómo podía nadie pensar que hubiera sido asesinada?

Una lenta sonrisa empezó a extenderse por la cara de Corning.

—Ahora empiezo a ver claro. Dice usted que el abogado vino con una secretaria y que le tomaron una declaración por escrito. ¿La firmó usted Mrs. Raleigh?

—Claro que la firmé. Creo que también presté juramento. Estoy preocupada porque no me entregaron ninguna copia. La mujer me hizo levantar la mano derecha, y después dijo: «¿Jura ante Dios que ésta es la verdad?», y yo contesté: «Sí, lo es», y ella buscó en su cartera y sacó uno de esos sellos que se estampan en el papel, y con él selló aquel documento, después lo firmó y se lo entregó al abogado.

—Efectuó usted una atestación —aclaró Corning—. Si cambia usted cualquier cosa de lo que dijo en esa atestación, se la considerará culpable de perjurio.

—Bueno, ¿cómo va una a saber lo que dijo en una atestación, si no le dejan una copia de lo que ha firmado?

—En estas circunstancias —dijo Corning—, lo único seguro es no decir nada y, sobre todo, no firmar nada. Mrs. Raleigh. ¿De modo que Mrs. Wells se ha largado otra vez, no es así?

—No sé nada de ello. No voy a meter la nariz en los asuntos de los demás. Tengo bastante quehacer en casa para que pueda pegar la cara a las ventanas todo el rato tratando de ver lo que ocurre en la casa de al lado.

—Bien, bien, bien —replicó Corning—. Le *dije* a Lam que no creía que él diera parte a la policía.

—Vamos a ver, Mrs. Raleigh —intervine yo—, cuando Mrs.

Wells llegó a su cara, ¿cómo llegó? ¿La llevó alguien en coche? ¿Vino en el autobús? ¿O…?

—Bueno, da la casualidad de que la vi cuando regresaba a casa. Vino andando. Debió haber venido en autobús.

—¿Llevaba alguna maleta?

—Llevaba un bolso, no una maleta, sólo un saco de mano de regular tamaño, y no parecía pesar mucho.

—¿Llevaba el mismo bolso cuando se marchó?

—No se lo puedo decir, Mr. Lam. No la vi salir. No le presto ni la más mínima atención. Sólo ocurrió que la vi trabajando en el patio como siempre suele hacerlo, la saludé y eso es todo.

—¿No le preguntó usted si había estado ausente? —le dije.

—Bueno, tal vez *pude* haber dicho algo de encontrarla a faltar, o cualquier cosa por el estilo. Pero ella estaba ocupada y yo también. No hablamos mucho.

Me dirigí a Corning.

—Probablemente tendrá usted algún quehacer, yo tomaré un taxi.

—Me quedo aquí, Lam —contestó sonriendo—. No tengo ninguna prisa, y me gustaría oír lo que Mrs. Raleigh tiene que contar. Al fin y al cabo, ya sabe usted que yo también estoy interesado en el asunto.

Volví a dirigirme a Mrs. Raleigh:

—Usted se acordará del sargento Sellers, el policía que estuvo aquí. ¿Recuerda usted también cuando el sargento Sellers y yo visitamos a Mrs. Wells, antes de venir a verla a usted?

—No sé de qué me está hablando.

—¿Intenta negar que nos vio entrar allí?

—Les vi a ustedes dos allí, sí, pero no sé si estaban hablando con *ella* o no. Le diré de una vez para siempre, Mr. Lam, que tengo otros quehaceres que permanecer todo el tiempo con la vista fija en mis vecinos.

—¡Bien dicho! —exclamó Corning—. Además. Mrs. Raleigh si quiere usted aceptar el consejo de un hombre que ha visto un poco de mundo, si ha afirmado usted una declaración jurada, se la ha entregado a un abogado y no tiene copia de lo que consta en esa declaración, yo tendría muchísimo cuidado en decirle *nada* a *nadie*. Al fin y al cabo, usted no sabe si puede contradecirse a sí misma.

—Yo no me contradigo. Desearía tener una copia de lo que yo firme, eso es todo. No obstante, creo que Mr. Corning tiene razón. No diré nada a nadie.

—La gente importante, cuando es entrevistada, usa una expresión invariable cuando no desean hablar —explicó Corning—. Se limitan a decir «sin comentarios». Es una locución que no puede ser falseada, cambiada ni mal interpretada.

—Los agudos ojos de la señora se posaron en su sonriente interlocutor.

—Pues es una buena idea —convino—. Estaba tratando de explicar…

—Las explicaciones pueden ser mal interpretadas —volvió a interrumpir Corning.

—Es verdad, supongo que sí.

—Estoy tratando de aclarar algunos puntos Mrs., Raleigh —intervine yo—. ¿Se acuerda de que usted me dijo que creía que Drury Wells había asesinado a su mujer?

—Sin comentarios.

—¿Qué le contó a usted el sargento Sellers sobre aquella disputa?

—Sin comentarios.

Corning sonrió.

—Así me gusta, Mrs. Raleigh. No quisiera hacer nada que pudiera molestar a Donald Lam, pero podría usted encontrarse en una fea situación en este asunto. El abogado estaba reuniendo pruebas para una demanda judicial, ¿no es cierto?

—Creo que ha cursado una demanda por ciento cincuenta mil dólares.

—Bien, bien, bien —dijo Corning—. En estas circunstancias, Mrs. Raleigh, creo que sería una mala política que continuara usted hablando con Mr. Lam, o con cualquier otra persona. Será mejor que conteste usted «sin comentarios», y deje las cosas tal y como están.

—Está usted ayudándome de veras —le dije a Corning.

Él se levantó.

—Estoy intentando ser absoluta y escrupulosamente equitativo. Observo que Mrs. Raleigh se halla muy poco enterada de sus derechos en esta clase de asuntos, y por lo que parece, nunca se ha

detenido a considerar las responsabilidades en que pueda haber incurrido.

—¿Responsabilidades? —exclamó Mrs. Raleigh—. ¿Las responsabilidades en que pueda yo haber incurrido?

—Desde luego, depende de lo que usted hablara —le aclaró Corning—, pero en esta denuncia pueden encartarla a *usted*.

—Pues no tienen razón para ello. Nunca le he dicho nada a nadie.

Me dirigí hacia la puerta.

—Tal vez vuelva a visitarla, Mrs. Raleigh.

—¿Tiene usted abogado, Mrs. Raleigh? —preguntó Corning.

—¿Abogado? —exclamó ella—. ¿Para qué necesito yo un abogado? ¡Claro que no!

—Aquí en la ciudad hay una firma muy acreditada que se cuida de algunos asuntos míos —le dijo Corning—. Con mucho gusto hablaría con ellos en el caso de que usted deseara consultarlos.

—¿Qué tengo yo que ver con abogados? ¿Qué tengo que ver con consultas?

—Sería una buena idea. Estoy seguro de que un abogado la aconsejaría que no hablase con nadie, y que no hiciera declaraciones a nadie, excepto en presencia suya.

—Pues no pienso ver a ningún abogado ni haré ninguna declaración. Sospecho que ya he hablado demasiado.

—Muy bien —le interrumpió Corning—. Vámonos. Quizás *yo* pueda hacer algo por *usted* algún día.

—No se moleste —respondió él—. Lo que usted hubiera podido hacer por mí, es algo que podía haberlo hecho ya hace dos días cuando se enteró de que Mrs. Wells estaba en casa. Entonces no me lo comunicó. Supongo que usted tenía la casa sujeta a vigilancia y esperó a que ella se hubiera marchado para comunicarme que estaba en casa.

—Ya le he indicado que ayer estuve muy ocupado. Le di la información tan pronto como regresé.

—Podía haberme telefoneado.

—Por si usted no lo recuerda —le objeté—, nuestra gestión había terminado.

—Eso es cierto —convino Corning—. Su gestión había terminado. Usted no me debe nada y yo no le debo nada a usted.

Pero me siento obligado hacia Mrs. Raleigh, porque se mostró muy amable cuando la visité y hablé con ella. Y si yo estuviera en su lugar, Mrs. Raleigh, me limitaría a decir «sin comentarios» a todas las preguntas que se le hicieran sobre el caso Wells. Yo sé con certeza que usted nunca me habló de ningún asesinato ni de sospecha alguna que pudiera abrigar de que se había cometido un asesinato. Se mostró usted verdaderamente hermética.

—Gracias, Mr. Corning. ¡Muchas gracias!

—De nada. Estaba precisamente diciéndole a Mr. Lam que mi relación con usted ciertamente no indica que estuviera inclinada a murmurar de nadie, y nunca oí que usted insinuara siquiera la idea de que se hubiera cometido asesinato alguno.

—Gracias, Mr. Corning. Cuanto más pienso en ello, tanto más aprecio el que usted sienta tanta consideración por mis intereses.

Nos levantamos y nos dispusimos a marcharnos. Estrechamos ambos su mano y le expresamos el placer que nos había causado la visita.

Nos metimos en el coche de Corning. Corning puso en marcha el motor y dijo:

—Y ahora, maldito bellaco, ya sé por qué se mostró tan amable en venir a contarme que Mrs. Wells estaba en su casa, y sé por qué guardó la información y dejó que el negocio se escapase de entre mis dedos. Ahora estamos iguales. Usted no me debe nada y yo no le debo nada a usted.

—No es exactamente como usted afirma —respondí.

—¿Por qué?

—Yo le debo a usted algo y he de procurar pagárselo —dije—. Pare en esta esquina y regresaré en el autobús.

Me sonrió y dijo:

—Lo que usted quiere es volver a casa de Mrs. Raleigh y tratar de conseguir aquella declaración. ¡Al infierno con usted, Lam! Si se apea de este coche, no será en la parada del autobús. Regresamos a la ciudad por un camino distinto.

Me recliné en el asiento. No me quedaba otro remedio.

No pronunció palabra hasta que llegamos a su hotel. Aparcó allí el coche, abrió la puerta y exclamó:

—¡Un detective, usted! ¡Me hace reír!

Me apeé del coche.

—Puede usted morirse riendo —le respondí mientras me alejaba de allí.

Me encaminé al lugar donde había dejado aparcado el coche de la agencia, y me dirigí a la oficina del *sheriff*. Un delegado amigo mío llamó a Texas y pude comprobar el número de la licencia del coche de Corning.

Desde luego, era su coche. Vivía en San Antonio. El delegado telefoneó al *sheriff* de San Antonio. Éste conocía a Corning. Corning era un dinámico hombre de negocios. Había amasado una fortuna, consiguiendo opciones a propiedades petrolíferas. Se le consideraba un luchador sin escrúpulos, un hombre poco propicio a dejarse engañar y tenía fama de ser tan listo como el que más.

Partí para San Bernardino.

En las oficinas del periódico no pudieron facilitarme grandes informes. Ellos habían recibido un recorte de San Antonio en el que se notificaba la defunción de Aaron Bedford, y se decía que su testamento había sido presentado en la testamentaria por su viuda, y que había un legado de quince mil dólares y unos terrenos en San Bernardino para su sobrina Yvonne Clymer.

Una ligera investigación había revelado que Yvonne Clymer había vivido en Burbank, pero que ahora era Mrs. Drury Wells. La muchacha lo había comunicado por teléfono a una amiga que se iban a vivir a Banning.

El director pensó en que ello podía dar lugar a un buen reportaje de interés local. Telefoneó a su corresponsal en Banning para que se ocupara de ello. El corresponsal en Banning informó que Mrs. Wells tenía muy buen aspecto físico. Decidieron por consiguiente mandar un fotógrafo para que obtuviera unas fotos que llamaran la atención.

Conseguí el nombre del corresponsal de Banning y me dirigí allí. Cuando llegué, estaba oscurecido. Pesqué al individuo y le invité a tomar unas copas.

Se acordaba muy bien del asunto. Él había ido a ver a Wells y había sido el primero en comunicar la noticia. Mrs. Wells estaba visitando a unas amigas, pero tenía que llegar de un momento a otro. Wells dijo que la telefonearía y le diría que regresase cuanto antes. Se anotó el número del corresponsal y prometió que le telefonearía tan pronto como ella llegase. Telefoneó a la mañana

siguiente y…

—¿A la mañana siguiente? —pregunté.

—Eso es, a la mañana siguiente.

—¿No sería aquella misma noche?

—No. Ella se encontraba en Sacramento. Regresó en avión —explicó.

—Ya comprendo. Wells le telefoneó y usted fue a su casa.

—Exacto.

—¿Y qué ocurrió entonces?

—Tan pronto como vi a la niña, me di cuenta de que valía la pena de hacer un reportaje gráfico. Por lo tanto, telefoneé a la oficina de San Bernardino para pedir instrucciones. El director indicó que lo pondría en lugar destacado, y que mandaba un reportero y un fotógrafo. Dijo que la parte artística justificaría el artículo. Cosa llamativa.

—¿Le supo mal que el director mandara otro hombre?

—No. Ello demostraba que el director se daba cuenta de que yo había descubierto un asunto interesante. Ésta es una ocupación adicional para mí. Me dedico a trabajos independientes mientras busco un buen empleo fijo.

—¿Sabe usted algo acerca del terreno?

—¡Ni pensarlo! No sería capaz de despertar el entusiasmo de ningún lector con un terreno en medio del desierto, pero en cambio estaba seguro de llamar la atención con el atuendo de Mrs. Wells.

—¿Puede usted darme la dirección del sitio donde vivían?

—Aparece en el artículo —dijo—. ¿Tiene una copia de él, verdad?

—Sí.

—Es una casa alquilada —indicó—. No hacía mucho tiempo que vivían allí. No descubrí gran cosa acerca de Wells. Me da la impresión de ser un vago, y entre usted y yo, Lam, no me sorprendería que hubiera algo oscuro en el asunto del matrimonio.

—¿En qué se funda usted?

—Oh, sólo en la impresión que se saca al andar por ahí entrevistando a la gente. Se echaba de menos una cierta atmósfera doméstica, y su mujer… demonios, no sé… Se conducía como si fuera una cualquiera, Yo estoy casado y por lo tanto no le seguí el juego. Únicamente saqué esa impresión. Ya sabe cómo ocurren esas

cosas.

»Lo que me interesaba a mí era la historia del ama de casa de la localidad, que había heredado quince mil machacantes y un terreno de un pariente rico de Texas. Habría sido una historia corriente si ella hubiera tenido un aspecto casero, con las manos sin cuidar y unas cuantas facturas pendientes de pago. Cuando conocí a mistress Wells, supe que las piernas de la chica darían relieve a la historia. Y así fue.

—¿No habló usted con ninguno de los vecinos o con alguien de allí?

—¡Ni pensarlo! Tomé nota de los hechos y tracé un bosquejo del asunto. La que se llevó la palma fue la parte artística. Dígame ahora ¿qué diablos anda usted buscando?

—Estoy tratando de encontrar a Mrs. Wells —repuse.

—¿Por qué?

—Hay unos cuantos documentos que deben ser firmados.

—Los Wells se encuentran en algún sitio de Los Ángeles —dijo —. ¿A qué se refieren los documentos? ¿Algo que pueda proporcionarme un artículo?

—Alguien que desea hacer una oferta sobre los terrenos.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Bueno —dijo—, hágamelo saber si se efectúa alguna venta, o si descubre usted algo más. Siempre nos gusta saber la continuación de las historias locales. Aquella comarca de Yucca está ahora más caliente que una estufa encendida. Parece como si medio Los Ángeles se dirigiera hacia allí.

—Conforme —contesté—. Si encuentro algo interesante se lo comunicaré. Gracias por su ayuda.

—Alguien debe estar particularmente deseoso de comprar aquella propiedad —comentó él pensativamente.

—No lo creo —respondí—. Alguien puede estar particularmente deseoso de *robarla*, pues no creo que nadie quiera pagar ningún precio interesante por ella.

—De todos modos, ¿va usted a tratar de encontrar a la mujer?

—Exactamente.

—Eso puede dar pie para un artículo.

—En estos momentos, no. Tal vez más tarde.

—Si me abstengo de publicar nada ahora, ¿me proporcionaría usted después la continuación?

—Trato hecho —prometí—, siempre y cuando no aparezca nada en la prensa. Le proporcionaré la trama del asunto.

—¡Magnífico! —exclamó—. Me hará usted un favor.

capítulo diez

PASÉ la noche en un hotel de Banning. Nadie sabía mi paradero. El aire de la montaña era frío, seco y sano. El hotel estaba situado a una manzana de distancia de la carretera principal. Me quedé dormido escuchando el sordo fragor del tránsito en la carretera, camiones inmensos que venían rugiendo del Valle Imperial, sirviéndoles de fondo el agudo gemido de los veloces automóviles. Al despertarme, me encontré con una fresca y clara mañana de domingo. Me vestí, me afeité y me encaminé a un restaurante, donde tomé café con nata, una gruesa loncha de jamón y un par de huevos. Terminé el desayuno con una ración suplementaria de tostadas y otra taza de café, y después, en el coche de la agencia, enfilé la carretera hasta el cruce de Veintinueve Palmeras, y pronto me encontré subiendo la ventosa pendiente que conducía desde el desfiladero hasta una meseta cubierta de árboles de Josué, formas inmensas y aisladas que proyectaban grotescos brazos hacia el cielo intensamente azul.

Me había sentido preocupado y nervioso durante la noche anterior. Ahora experimentaba una sensación de tranquilidad y descanso, y la seguridad de que todo iría perfectamente. El aire de la montaña había surtido sus efectos.

Me detuve en Yucca para tomar otra taza de café, conseguí un mapa y efectué unas cuantas preguntas. Aquel lugar era presa de la locura del uranio. La gente iba y venía con toda clase de instrumentos: tiendas, lechos de campaña, lonas, palas, mapas, brújulas…, todo el utillaje de prospección.

El mejor modo de evitar el llamar excesivamente la atención era el hacerse pasar por un buscador de uranio.

Descubrí un sitio donde alquilaban contadores Geiger y detectores de chispa y vendían folletos con instrucciones para

localizar mineral de uranio, explicando cómo debían efectuarse las denuncias de los terrenos y proporcionando diversos consejos.

Puse manos a la obra. Compré folletos, alquilé el último contador Geiger que les quedaba, hice una serie de preguntas tontas, y me las compuse para orientarme lo bastante como para poder hallar el terreno que a mí me interesaba.

Cuando salí estaba completamente seguro de que nadie había podido tomarme por un detective. Yo era sólo un buscador de fin de semana, a la caza del uranio.

¡Uranio!

Súbitamente, algo se iluminó en mi mente. ¿Cómo sabía yo que Corning estaba interesado en el petróleo? Yo le había dicho a Bertha que allí no podía haber petróleo, que cuando se perforaba, se encontraba granito, y que cuando se perforaba el granito, se encontraba más granito. No era un terreno petrolífero, pero podía ser un buen terreno uranífero. Ya se habían hecho allí varios hallazgos, y la gente estaba pasando un peine fino por las montañas, manteniéndose la mayor parte de ellos alejados de los terrenos que mostraban alguna señal de ser propiedad de alguien.

Mi discreta investigación había dado por resultado la información de que, hacía ya tiempo, un hombre había vivido en aquel terreno, que todavía existía en él una vieja cabaña, y que el propietario se había arruinado tratando de perforar un pozo. Era un minero de la vieja época, había comprado a precio de saldo una partida de traviesas de ferrocarril y, usándolas como armazón, había empezado a perforar un profundo pozo, en busca de agua. Cuando comprendió que el pozo no era más que un agujero seco y enorme, y se hubo arruinado trabajando en él, dio por terminado su arriendo y se marchó de allí.

Busqué mi camino entre una red de pésimas carreteras, sobre una accidentada meseta. Por dos veces me equivoqué de ruta, a pesar de mis precauciones, pero cada vez logré regresar al punto de partida, y llegué al fin a un lugar que parecía ser el que yo andaba buscando.

La carretera corría a lo largo de la línea divisoria y pude localizar la división transversal. Seguí la carretera hasta la próxima división, efectué una comprobación con la ayuda de la brújula, y pude adquirir una idea muy aproximada de la extensión del terreno.

La vieja y ruinosa cabaña había sido construida con todos los materiales de que se pudo echar mano y remendada con cualquier desperdicio encontrado al azar. Había tablas hechas pedazos, trozos de hierro oxidado, latas de cinco galones, que habían sido cortadas, alisadas y clavadas allí.

La puerta, completamente informe, ostentaba un gran agujero que había sido tapado con un trozo de lona. Lo que quedaba de la puerta colgaba de sus bisagras. El interior de aquel sitio olía a ratas y exhalaba el peculiar tufillo a rancio que inevitablemente se encuentra en las cabañas deshabitadas.

En un rincón, un montón de viejas revistas mostraba dónde los ratones habían estado royendo los bordes, para procurarse el material necesario para sus nidos. Un lecho de campaña instalado junto a la pared nordeste aparecía todavía cubierto con los restos de viejas ramas de pino, resecas hasta el punto de adquirir una consistencia quebradiza. Una estufa a la que sólo le restaba una pata, había sido apuntalada con ladrillos para que mantuviera su nivel. Una alacena contenía aún restos de loza. El suelo estaba completamente cubierto de papeles, vidrios rotos y basura.

Afuera, detrás de la cabaña, un endeble espantapájaros se mantenía valientemente sobre su soporte resistiendo los vientos del desierto.

Busqué por allí y de momento no pude encontrar ninguna señal de la existencia del pozo. Después distinguí un montón de tierra, me subí a él, y vi lo que parecía ser una especie de plataforma vieja. La agarré por un extremo, la levanté, y casi inmediatamente noté una bocanada de aire frío. Me encontré ante un agujero de unos cinco pies cuadrados, que descendía directamente hacia la oscuridad de la tierra.

Volví a colocar la plataforma que servía de tapa, me dirigí al coche, cogí el contador Geiger y empecé a explorar. En varios sitios noté la bastante reacción en el contador Geiger como para que la cosa se pusiera interesante. Recorrí el terreno, subí, exploré y comprobé hasta que mis piernas dieron signos de cansancio. Logré algunas reacciones notables, pero nada definitivo.

Volví a mi coche. Resultó un buen modo de pasar el día, pero eso fue todo. Estaba entrando en el coche cuando de pronto se me ocurrió la idea.

Cogí el contador Geiger, regresé al pozo, levanté un extremo de la plataforma, la aparté a un lado del pozo, y miré hacia abajo.

Carecía de linterna, y no podía divisar el fondo, pero me dio la impresión de que estaba bien apuntalado y había una escalera sujeta con clavos al armazón de madera, una escalera perpendicular, según la mejor técnica minera. Examiné los peldaños. Parecían sólidos, y seguros.

Subí al pequeño promontorio situado detrás del pozo, y escudriñé atentamente los alrededores. Me di cuenta de la vulnerable postura en que me hallaría si se presentara alguien inesperadamente, y me encontraba metido en el agujero.

Me colgué del cuello el contador Geiger, tanteé cuidadosamente los peldaños de la escalera e inicié el descenso.

El pozo estaba oscuro y seco, y exhalaba un peculiar olor a moho, que en aquel momento no acerté a localizar.

Continué descendiendo hasta que el cuadrado agujero de la boca apareció del tamaño de un sello de correos. El olor se acentuaba. La escalera seguía pareciendo firme, pero de pronto decidí que ya había bastante. Experimentaba una sensación de claustrofobia.

Me agarré a la escalera, miré con añoranza hacia el fragmento de cielo azul, destapé el contador Geiger y lo conecté.

El aparato se iluminó como si fuera una máquina tragaperras. Pude oír un chisporroteo en el auricular, que sonaba como el tableteo de una ametralladora.

Me colgué el contador Geiger del hombro, me aferré a los peldaños y subí como un mono, a pesar de la fatiga de mis piernas.

Cuando emergí finalmente a la luz de la tarde y al aire libre, efectué una profunda aspiración y comprobé que estaba empapado en sudor y que temblaba como una hoja.

Subí de nuevo al promontorio y miré a mí alrededor.

No se veía ni un alma.

Forcejeé y empujé hasta que hube colocado la plataforma en su sitio, tapando el pozo. Monté en el coche y me dirigí a Yucca. Devolví el contador Geiger de alquiler, me fue abonada la diferencia de mi depósito, y tuve que contestar a las estereotipadas preguntas:

—¿No encontró usted nada, verdad? Bueno, tiene que seguir buscando pero no le quepa duda de que aquí se puede encontrar. Si se pudiera hallar en un día, seríamos todos millonarios. Pero está

aquí. Uno nunca sabe cuándo va a dar con el filón… Vuelva alguna otra vez, déjese caer por aquí, no puede causarle daño alguno y en cambio le puede reportar inmensos beneficios… Un fulano que es tenedor de libros y ha estado viniendo aquí todos los fines de semana de estos últimos tres meses, se topó hace un mes con un rico filón. Supongo que lo leería usted en los periódicos.

—¿Hacia el oeste? —pregunté.

—Más bien hacia el este. Pero en todas partes se encuentra.

—Muy bien —le dije—. Volveremos a vernos.

Subí al coche y me dirigí a Banning.

capítulo once

Una vez en Banning me encaminé a la casa donde había vivido Wells y di un vistazo por las inmediaciones.

La casa situada al este estaba vacía y ostentaba un letrero que decía «Se vende». La del oeste estaba habitada. Llamé al timbre. Una mujer alta y huesuda, de unos cincuenta años, vino a abrir, andando pesadamente.

Le dediqué mi mejor sonrisa.

—Me llamo Lam —dije—. Estoy realizando una investigación sobre bienes raíces. ¿Sabe usted algo de aquella casa que se halla en venta, dos puertas más allá?

—Todo lo que sé es que está en venta. Vivían allí unos tal Smith. El hombre tuvo que marcharse al norte. Un agente de bienes raíces cuida del asunto. En el letrero figura su número de teléfono…

—Ya lo sé —contesté—, pero creí que resultaría difícil encontrarle hoy domingo.

—Creo que le encontraría usted —repuso ella—. El domingo es buen día para esa clase de operaciones.

—Gracias —dije—. A propósito, ¿sabe usted algo de la casa de la derecha?

—Está por alquilar, amueblada.

—¿Conoce usted el nombre de los últimos inquilinos que la habitaron?

—Wells —declaró la mujer.

Se oyó una voz de hombre, procedente del interior de la casa.

—¿Quién es, Amanda?

—Un caballero que habla de propiedades —respondió la mujer.

Volví a obsequiarla con mí mejor sonrisa, y proseguí:

—¿Puedo saber su nombre?

—Boswell —dijo ella.

—¿Es usted Mrs…, Mr…, Mrs…?

—Mrs. Oscar Boswell.

—Me gustaría averiguar algo de Mr. y Mrs. Wells —declaré.

El rostro de la mujer parecía esculpido en madera.

—Sólo vivieron aquí poco tiempo. Ella heredó algún dinero.

—¡Amanda! —gritó la voz del hombre, en son de advertencia.

—Ya voy —contestó ella, haciendo ademán de cerrar la puerta.

—Un momento, Mrs. Boswell —dije—. Será mejor que se lo diga: soy detective.

—Oh —exclamó ella.

Oí el ruido de unos crujientes zapatos, y Oscar Boswell, que tendría cinco años más que su mujer, era como una cabeza más bajo y pesaba cincuenta libras menos, apareció en el pasillo. Su rostro denotaba preocupación.

—¿Qué es todo este asunto de la policía? —preguntó.

Volví a hacer uso de mi mejor sonrisa.

—¿Cómo está usted, Mr. Boswell? Me llamo Lam, Donald Lam.

Le tendí la mano y pasé ante Mrs. Boswell para estrechar la suya. Gracias a ello, me introduje en la casa.

Hablé aprisa.

—No soy un agente de policía, Mr., Boswell, sino un detective privado. Estoy tratando de averiguar algunas cosas entre los vecinos y conocidos de la gente que vivió aquí al lado.

—¿Por qué? —preguntó.

Sonreí.

—Oh, lo ignoro. Es en nombre de un cliente que desea esta información, sencillamente. Creo que tiene relación con el terreno que heredaron los de aquí al lado. Lo que yo deseo es sólo una información.

—No acostumbramos hablar de los vecinos —replicó—. No hablamos nunca de nadie.

Era un hombrecillo asustadizo, de unos cinco pies y cuatro pulgadas, con un aspecto gris y ratonil, un bigote grisáceo y lacio y una cabeza calva con una orla de pelo alrededor de las orejas. Llevaba gafas para leer, que había dejado deslizar por su nariz, con el fin de poder verme por encima de ellas.

—¡Por favor, Mr. Boswell! —exclamé yo—. ¡No me interesa el *cotilleo*! Simplemente, vengo en busca de hechos.

Me dirigí a Mrs. Boswell:

—¿Sabía usted lo del terreno que heredó Mrs. Wells?

—Lo leí en los diarios.

—¿La conocía usted antes de eso?

—Hacía pocos días que se habían trasladado aquí.

—¿Se la encontró usted alguna vez?

—Cara a cara, no. La veía por el patio.

—¿Seguramente que iría usted a visitarla como vecina?

—Me disponía a hacerlo, pero preferí esperar a que ella se aposentase.

—¿Luego ella recibió esa herencia antes de instalarse?

—Se marchó antes de lo de la herencia.

—¿Adónde fue? —pregunté.

—A Sacramento.

—¡Amanda! —exclamó Boswell con firmeza, y de pronto prorrumpió en una parrafada en alemán. Pude entender lo bastante como para darme cuenta de que le ordenaba que cerrase el piso.

Yo sonreí a Amanda y dije:

—Ésa es la información Que deseaba, Mrs. Boswell. ¿Qué sucedió al marcharse ella?

Su marido volvió a hablar de nuevo en alemán. Mistress Boswell hizo un ademán negativo con la cabeza.

Yo me volví hacia él y le dije con firmeza:

—Antes de indicarle a su esposa qué es lo que no debe decir, debería usted asegurarse de que la persona que está hablando con ella no comprende el alemán. Obrando de este modo, usted se ha colocado en una postura muy delicada. Está usted tratando de soslayar una información.

—No, no, no —protestó el hombre—. Nosotros no ocultamos nada. Sólo queremos mantenernos apartados de la cuestión.

Clavé mis ojos en los suyos y repetí:

—Está usted ocultando algo. Trata usted de que su esposa no hable.

—¡No, no! Nosotros no sabemos nada. Ella sólo abriga alguna sospecha. No es nada importante.

—Pues esto es precisamente lo que ando buscando —afirmé.

Volví a dirigirme a Mrs. Boswell.

—Cuénteme lo de la pelea que tuvieron y lo que la indujo a Mrs.

Wells a irse de casa.

»De otro modo —dije firmemente—, me veré obligado a dar parte de que ustedes no quieren declarar, y ya saben que ésta es una cuestión muy seria.

—Nadie está obligado a hablar si no lo desea —replicó Oscar Boswell—. Por lo menos en este país.

—Sobre algunas cosas, no. Sobre otras cosas, sí —decidí lanzar un golpe a ciegas, señalé con el dedo a Mrs. Boswell, y dije—: Creyó usted que había habido una disputa y que ella resultó herida, ¿no es cierto que lo creyó así?

Su marido estuvo a punto de decirle algo, pero de pronto decidió callarse.

—Será mejor que me lo cuente —la animé.

—Ella no sabe nada —intervino nervioso el marido—. Ella sólo oyó que se peleaban; eso es todo.

—Por la noche —concreté.

—Por la noche, sí —admitió él.

—¿Y al día siguiente Mrs. Wells se había marchado?

—¿Y eso qué tiene que ver? Fue a visitar a unos parientes.

—¿Cómo sabe usted que fue a visitar a unos parientes?

—Su esposo lo dijo.

—¿A quién se lo dijo?

—Me lo dijo a mí.

—¿Le preguntó usted dónde estaba su mujer?

—¡De una manera tan directa, no! Sólo hice una insinuación.

—¿Por qué?

—Pues, porque… porque Amanda estaba nerviosa, ésta fue la razón.

—Claro que estaba nerviosa —apoyé—. ¿Creyó usted que él le había hecho algún daño, no es así? ¿Oyó usted el ruido de un golpe, Ms. Boswell?

—¡No, no! —exclamó su marido—. El ruido de un golpe, no. Bueno, de todos modos, no podría jurarlo.

—Y entonces —continué—, Wells montó en su coche y se marchó, ¿no es cierto?

—Bueno, ¿y qué hay de malo en ello? —preguntó Boswell—. Un hombre tiene el derecho de entrar y salir cuando le plazca. Estamos en un país libre, ¿no es verdad?

—Eso depende —repuse— de lo que usted entienda por libertad.

»¿Le vio usted meter un cuerpo en el automóvil? —pregunté dirigiéndome de nuevo a Mrs. Boswell.

—¡No, no, no! —le gritó Boswell—. ¡Eso sí que no, Amanda!

—Ella no contestó; continuaba con los labios apretados y el rostro sin expresión alguna.

—Si tratara usted de ocultar información sobre algo de esta índole, podría verse de veras en un apuro —dije.

—Oiga usted —habló Oscar Boswell agarrando con el pulgar y el índice la solapa de mi americana mientras me miraba con aire suplicante—, la cosa ocurrió así. Sólo una disputa. Únicamente una disputa doméstica corriente, salvo que hubo una serie de gritos, y después…

—¿Después, qué?

—Bien, quizá fue un golpe, quizás algo se cayó de la mesa al suelo. Quizá volcaron una silla. ¿Quién sabe?

—¿Y luego cesó la disputa? —pregunté.

—¿Ello que significa? Nada. Tal vez se dieron cuenta de que habían despertado a los vecinos.

—¿Qué hora era?

—Alrededor de la medianoche del día en que se instalaron aquí.

—¿Miró usted entonces por la ventana?

—Yo no miré. Fue Amanda la que miró. Yo le decía que volviera a meterse en la cama. No era cosa de su incumbencia.

—¿Qué hizo con el cuerpo? —le pregunté a Amanda.

—¡No, no, no! —tronó Oscar—. ¡No había tal cuerpo! ¿No lo comprende? Mrs. Wells regresó. Ni siquiera estaba herida. ¡Fue terrible! ¡Una equivocación como ésta! Amanda pudo habernos metido en un serio conflicto.

—¿Quería dar parte a la policía? —pregunté.

El silencio de Oscar Boswell equivalía a la afirmativa respuesta que yo deseaba.

—¿Qué era lo que metió en el coche? —le pregunté a Mrs. Boswell.

Fue su marido quien respondió.

—Solamente un fardo de mantas. En aquel momento Amanda no lo creyó así.

—¿Podía usted verle? —le pregunté sin dejar de mirarla

fijamente.

—Le vi. Le vi meter un lío de mantas en el coche y marcharse.

—¿Regresó?

—Sí.

—¿Cuándo?

—A eso de…, oh, unas tres horas más tarde.

—¿Estaba usted esperando y vigilando?

—No, no —negó ella—. Me había ido a la cama. Mi esposo fue el que le oyó regresar.

—Tengo un sueño muy ligero —explicó el marido.

—¿Fue usted el que le oyó regresar? —pregunté.

—Oí llegar el coche, sí.

—¿Y qué ocurrió entonces?

—Lo ignoro. Miré hacia allí. Se encendió una luz, y después volvió a apagarse. Él se fue a dormir y yo también. Estas cosas no nos incumben. Nosotros no somos vecinos de la gente que arma líos.

—Pero, ¿habló usted con Wells a la mañana siguiente?

—Hablé con él, sí.

—¿De qué?

—Pregunté por su esposa. Le pregunté si tal vez se había caído y se había hecho daño.

—¿Qué le contestó?

—Se rió de mí y me explicó que a ella se le había antojado ir a ver a unos parientes en Sacramento, que él la había acompañado a la parte baja de la ciudad, y un vez allí su mujer había tomado un autobús del servicio nocturno. Me dijo que él no quería que se marchara, que acababan de instalarse y que su esposa tenía mucho quehacer. A causa de ello tuvieron una discusión, añadió. Ella ya tenía la maleta preparada. Él se lo prohibió. Ella insistió. La maleta estaba sobre una mesita. Los dos quisieron cogerla. La mesita se volcó. La maleta cayó al suelo, y los dos se echaron a reír. Resultaba ridículo que hubieran podido pelearse por una cosa como aquélla.

Era su primera disputa. Él se dio por vencido. La acompañó hasta el autobús. Refirió que su esposa se llevó la maleta y un paquete voluminoso, regalos para sus parientes.

—¿Qué sucedió luego? —pregunté.

—Yo me quedé tranquilizado —dijo Boswell—. Amanda no. Ella quería hablar. Le dije que si lo hacia, obraría como una loca.

Cerramos la boca. Nosotros vivimos nuestra vida, y nuestros vecinos la suya. Quizá tuvieron una discusión, Acaso la maleta se cayó al suelo, o tal vez no. No es de nuestra incumbencia.

—¿Regresó Mrs. Wells?

—Regresó al cabo de cuatro días.

—¿La vio usted? —le pregunté a Mrs. Boswell.

De nuevo fue el marido quien contestó.

—Cuando regresó, el fotógrafo del periódico tomó unas fotografías suyas. Entonces no sabíamos la causa. Más tarde, lo leímos en los periódicos.

—¿Vio usted su fotografía en el periódico?

—Sí.

—¿Era una buena fotografía?

—Casi todo piernas.

—¿Pelirroja?

—Ciertamente. Cabellos rojos. Es bajita, con muy buen tipo. Viste muy bien, muy a la moda.

—¿No la visitó usted para felicitarla por su buena suerte?

—Mi mujer lo hizo.

—Claro que lo hice —confirmó Mrs. Boswell.

—¿Cuándo?

—Al día siguiente, cuando se publicó la noticia.

—¿Se le veía excitada? —pregunté.

—¿Por qué?

—Por haber heredado tanto dinero y propiedades.

—Es muy poca cosa —dijo Mrs. Boswell—. La propiedad está situada en un terreno en el que no podría vivir ni un conejo. El dinero ya es harina de otro costal.

—¿Habló con usted de ello?

—Naturalmente.

—¿Habló usted mucho rato con ella?

—Fue una visita corta.

—¿Se les veía en buena armonía?

—En perfecta armonía.

Oscar Boswell intervino nerviosamente.

—Ya ve usted, Mr. Lam, el conflicto que todo esto podría haber causado sólo por escuchar una disputa. Lamento que haya tenido usted que oír toda esta historia. Si usted no hubiera comprendido el

alemán, Amanda no habría dicho nada, absolutamente nada. ¿Me entiende?

—Le entiendo.

—Tenga en cuenta que se lo hemos contado todo confidencialmente.

—Desde luego.

Miró a su mujer. Ésta leyó alguna señal en su mirada, y se encaminó lentamente hacia la puerta posterior de la casa. Él me tendió su mano.

—Encantado de conocerle, Mr. Lam. Gracias, muchas gracias. Ya se hará usted cargo de que mi esposa está nerviosa. Tiene una gran imaginación.

—Me alegro de que me lo haya contado todo porque ello aclara las cosas.

—¿Aclara el qué?

—El que Mrs. Wells se marchara tan de repente —concluí.

—Es una mujer encantadora —aseveró Mrs. Boswell por encima de su hombro, y prosiguió su camino hacia la cocina, con aire decidido.

Su marido me acompañó hasta la puerta y me estrechó de nuevo la mano. Me confió que había decidido no contárselo a nadie más.

—Ésa es una decisión acertada —le dije—, una decisión muy, muy acertada. No se lo cuente a nadie. Tuvieron una disputa. ¿Y qué? Mucha gente tiene sus disputas.

Su cara se iluminó con una efusiva sonrisa.

—Gracias, gracias. ¡Muchas gracias, Mr. Lam! Usted lo ha comprendido. Es lo que le he dicho a Amanda. Adiós.

La puerta se cerró.

Volví hasta donde había dejado el coche, y me dirigí a San Bernardino. Aparqué el automóvil, tomé el helicóptero de Los ángeles, y desde allí un avión para San Antonio. Gocé de unas tres horas de sueño en un hotel de San Antonio, pasadas las cuales me levanté y me lancé a la caza de información sobre Aaron Bedford.

capítulo doce

EL letrero que había en la puerta decía:

AARON
BEDFORD
,
INVERSIONES
.
EMPUJAR
.

Empujé la puerta y entré en la oficina. Había una mesa de secretarios, un sistema de comunicación interior y una serie de archivos. En la oficina exterior no había nadie. La puerta que daba a las oficinas interiores estaba entreabierta.

Entré en la oficina interior y vi a una mujer sentada ante un escritorio. En el suelo, junto a ella, había dos papeleras de mimbre, y las iba llenando de papeles. Estaba revisando el contenido del escritorio, cogiendo papeles, leyéndolos, y arrojándolos después a los cestos.

Se hallaba tan absorta en su trabajo, que no me oyó entrar.

—¿Mrs. Bedford? —pregunté.

Me miró sobresaltada.

—Sí.

—Soy Donald Lam —me presenté sonriendo.

—¿Y bien? —preguntó.

Tenía un busto prominente, labios delgados, largas pestañas y unos ojos calculadores. Su pelo era de un negro intenso, iba muy pintada y no andaba escasa de curvas. Le sentaba bien el negro, y se mostraba tan cautelosa como un boxeador el iniciar el primer

asalto.

—Tengo interés en averiguar algunas cosas sobre las propiedades de su esposo en California —manifesté.

—No existe ninguna.

—Oh, yo creía que sí.

—No hay ninguna. Mi marido vendió todas sus propiedades de California antes de morir. ¿Qué interés tiene usted en este asunto, Mr. Lam?

—Estoy intentando comprobar ciertos títulos en California. ¿No hay un terreno allí, cerca de Yucca?

Mrs. Bedford se permitió una sonrisa glacial.

—Casi no se le puede llamar terreno. Es una desolada franja de desierto. No sirve para nada. No hay agua en él. No se puede hacer prosperar nada, excepto polvo.

Me acerqué a ella y enfoqué el aspecto personal.

—¿Cree usted que ese terreno podría constituir una buena adquisición?

Sus ojos me taladraron y pareció algo más interesada.

—¿Una buena compra para quién?

—Para mí.

Se sonrió.

—No.

—Pero era propiedad de su esposo.

—Él era muy sagaz en sus inversiones.

—¿Y qué demuestra ello?

—No lo habría adquirido si no hubiera sabido que tenía algún valor.

—¿Cómo sabe usted que lo compró? Él era su propietario.

—Exacto.

—Me temo que no la comprendo —dije yo.

Ella se animó súbitamente.

—Siéntese —me invitó—. Le hablaré de ese terreno. Mi esposo lo adquirió en una transacción comercial. Era «algo que se podía aprovechar», como dicen los buenos tratantes de caballos. Mi marido tenía casi una superstición por esas transacciones. Siempre deseaba algo que se pudiera aprovechar.

»Aquella vez, el hombre con el que efectuaba el negocio prometió que le daría, además de lo convenido todo un terreno en

California. Mi marido siempre tenía en cuenta el gran valor potencial de cualquier pedazo de tierra, y por lo tanto aceptó la proposición.

»Hace seis meses, cuando estábamos en California, fuimos hasta allí para ver el terreno. Necesité un par de días para sobreponerme a la depresión que me causó el ver toda aquella desolación y miseria.

»Años atrás, un pobre hombre había consumido una enorme cantidad de trabajo y dinero tratando de perforar allí un pozo. Su cabaña es un resquebrajado y mohoso monumento a la inutilidad, infestado de ratas. El pozo comienza con granito descompuesto y seco, y acaba del mismo modo.

»Vendimos todas nuestras propiedades de California, excepto aquel terreno. Había unas parientes en California que se habían estado relamiendo de gusto al pensar en heredar algunas de las propiedades de mi marido. Yo le dije que les legara aquel terreno para que se lo disputasen.

Se echó a reír, y su risa era fría y desagradable.

—¿Podría usted contarme algo sobre esas parientes de California? —pregunté.

—Sé bastantes cosas de ellas, pero nunca las he visto. Una de ellas es encantadora, pero codiciosa. La otra es muy lista, muy avara y muy codiciosa.

—¿Una de ellas es Mrs. Drury Wells?

—Creo que sí. Es, sin duda, la más agradable de las dos.

—¿No existe también una tal Lucille Patton en Sacramento? —pregunté—. ¿La conoce usted?

—La conozco más que a mi propia sombra —contestó rencorosamente, añadiendo después—: Sin embargo, como ya le he dicho, nunca la he visto.

—¿Han mantenido correspondencia? —pregunté.

Hizo un gesto con la cabeza, y respondió:

—Conmigo, no. La correspondencia era con mi esposo.

—¿Y si el terreno contuviera minerales? —pregunté—. ¿No sería posible que su esposo pensara que el terreno pudiera contener petróleo?

Ella sonrió y señaló un par de trozos de roca negra que había en la estantería sobre la mesa.

—¿Ve usted esa roca?

Yo asentí.

—Procede de aquel terreno —explicó Mrs. Bedford—. Yvonne Wells pensó que podía haber petróleo porque la roca era negra. Se la envió a mi marido diciéndole que procedía de su propiedad en el desierto. Creía que allí podía haber petróleo. ¡Petróleo en aquel terreno! Es un verdadero chiste. Por eso le dije a mi marido que le comunicase que iba a dejarle aquel terreno en su testamento, y que si encontraba petróleo, tal vez un día sería rica.

Mrs. Bedford volvió a reírse. Su risa era melancólica, maligna y disonante.

—Ya ve usted, Mr. Lam, el abogado de mi esposo dijo que era aconsejable mencionar a las dos sobrinas de California en el testamento. Sugirió que Aaron les dejara a cada una de ellas la cantidad de cien dólares. Yo le aconsejé que les dejara todas las propiedades de California, y que después lo vendiera todo, excepto aquel terreno. Mi marido me replicó que les había prometido algo más sustancioso; por lo tanto le contesté que si él quería, dejase a Yvonne algún dinero, pero habría sido capaz de sacarle los ojos si le hubiera dejado algo a aquella mujer de Sacramento.

»No quisiera parecer dura, Mr. Lam, mas ¡esa Patton era una mujer completamente, absolutamente imposible! No sé por qué le estoy contando todo esto, pero he tenido que refrenar durante tanto tiempo mis emociones y…, bueno, tal vez sea usted también un buen interlocutor. Posee usted unos ojos que escuchan.

Me sonrió.

—Gracias —contesté.

—Parece usted tener un carácter simpático. No quisiera verle gastarse ni un céntimo en aquella propiedad, y después tener que arrepentirse de ello.

—Muchísimas gracias —le dije.

Se hizo un momento de silencio.

—¿Cómo aceptaron los parientes de California la noticia del casamiento? —pregunté.

La pregunta le dio ocasión de deleitarse con el daño ajeno. Estaba muy sola, y tenía ganas de hablar con alguien, y hablar de las familiares de California constituía para ella un placentero entretenimiento.

—Aquellas dos mujeres se indignaron conmigo. ¡Y de qué manera se indignaron! Ya casi tenían entre sus codiciosos dedos la fortuna de Aaron. Entonces aparecí yo, Aaron se enamoró de mí, y nos casamos. Ya puede usted imaginarse qué chasco se llevaron. ¿Cree usted que trataron de hacerse cargo del hecho? ¡Cielos, al contrario! Yo era la cazadora de dotes. Yo era la aventurera, la chica de guardarropía convertida en posadera. ¡Yo era la intrigante!

»¿Se lo imagina usted, Mr. Lam? ¡Aquellas desvergonzadas y codiciosas intrigantes, con sus ridículas cartas llenas de cariñoso afecto, creyendo que yo era una aventurera! Podía reírme en sus narices, pero no me daba la gana. Son muy poquita cosa para mí. Creían que yo no me enteraba de sus cartas llenas de mala intención. ¡Qué estúpidas! Me las sabía de memoria. No hay como una mujer para conocer a otra. ¡Pronto clasifiqué a ese par de preciosidades!

Tuve una brillante idea.

—¿Era amigo de Lawton Corning su marido? —pregunté.

—¡Oh, sí! Aaron no solía tener muchos amigos. Era un hombre muy reservado, pero sentía un gran respeto por Mr. Corning.

—¿Estaban en buenas relaciones?

—Desde luego. Mr. Corning hizo varios negocios con mi marido. Mr. Corning trafica en terrenos. Viaja y busca fincas. A veces lo efectúa percibiendo honorarios y una comisión. Otras veces lo efectúa por su cuenta, y después revende las fincas. Mi marido realizó varias operaciones con él, y sentía un gran respeto por su persona.

—¿Está usted segura de que se han vendido todas las propiedades de California?

—Segura del todo; se vendió todo, excepto aquel desolado trozo de desierto.

—¿No cree usted que pueda haber otras pertenencias cuya existencia usted ignoraba quizás?

Mrs. Bedford negó con la cabeza.

—No. Yo estaba enterada de todas las propiedades de Aaron. Las de California se vendieron todas, salvo aquel terreno. Éste se lo legó a aquella sobrina que estaba tan segura de que en él había petróleo. ¡Mire esta piedra! Hay tanto petróleo aquí como en este escritorio.

—Oí decir que Lucille Patton iba a heredar una respetable

fortuna cuando Mr. Bedford muriera —dejé deslizar.

—Esto es lo que creía ella —contestó Mrs. Bedford, cortando las palabras como si sus labios fueran un par de tijeras—. ¡En toda mi vida he visto desvergüenza como la de esa buena pieza! Mi marido se encontraba muy solo antes de conocerme a mí. Se fue a California, y puede usted creer que aquella mujer supo lanzarle el anzuelo. ¡Tendría usted que ver las cartas que escribía! ¡Cielos! Eran pura miel, Deseaba que su querido tío Aaron supiera que siempre tenía un hogar en la casa de ella, que si él quería venir a California, ella le prepararía un hogar, aquí en Sacramento, y que no le interesaba ni un centavo de su fortuna. ¡Oh, claro que no! Él no debía dejarle toda su fortuna a ella. Sería mejor que averiguase si había otros parientes. Ella le quería desinteresadamente.

—¿Alguna probabilidad de que fuese sincera? —pregunté.

—Aproximadamente una entre diez millones.

—¿Podría usted facilitarme la dirección de Mrs. Wells?

—Mi abogado tenía una carta de su marido —respondió la señora—. De Drury Wells. Era en algún lugar de Frostmore Road. Yo…

—¿1638 Frostmore Road? —pregunté yo.

—Eso es —asintió ella—. Ahora recuerdo el número.

—¿No guarda usted esa carta?

Mrs. Bedford denegó con la cabeza.

—Estoy precisamente ordenando un poco la correspondencia antigua. Mi marido era el hombre más dado a guardar cosas que usted pueda imaginarse. He estado conservando cada trasto… Mire, tenía todo el escritorio lleno de ellos, y aquel archivador que ve usted allí, estaba lleno de correspondencia personal.

—Supongo que los armarios archivadores de la oficina exterior contienen papeles de negocio, ¿no es cierto? —pregunté.

Mrs. Bedford asintió.

—Su secretaria se lo podría decir. Ya no trabaja aquí. Yo la despedí. Gastaba demasiados humos… Bueno, ésa no es la expresión exacta, pero puede darle a usted una idea.

—¿No tenía algún empleado para cuidar del archivo?

—Sí, claro, había una chica que cuidaba de ellos, pero la despedí al día siguiente de morir mi marido. Había dos mujeres más, que se mostraban muy parcas en sus modales conmigo. Porque habían

estado con Aaron tanto tiempo, se creían que eran las dueñas de todo.

»Mientras él vivió, yo no me opuse a nada. Al fin y al cabo, no soy partidaria de que una esposa se inmiscuya en los negocios de su marido. A él le gustaba y se avenía con ellas, pero en cuanto yo cogí las riendas, les di en seguida el pasaporte.

»Posee usted una personalidad muy atractiva, Mr. Lam —me dijo echándose hacia atrás en su asiento—. Aquí tiene una tarjeta con los nombres de los abogados que se ocupan de la testamentaría de mi marido. Si se pone usted en contacto con ellos, podrán facilitarle todos los detalles que necesite. Creo que podrá usted hablar con Mr. Wells en esa dirección de Frostmore Road, en Los Ángeles.

»Si anda usted en busca de posibilidades para especulación, puede existir entre los bienes de mi marido algunas propiedades en Texas que le interesen. Si usted lo desea, llamo a los abogados, y les ordeno que le den toda clase de facilidades.

—Gracias…, muchas gracias —contesté—. Le pido disculpas por mi intromisión, pero…

—No es necesario —dijo—. Me ha gustado hablar con usted, de veras. La muerte de Aaron constituyó un gran golpe para mí, y tengo que hacer algo para distraerme. Estoy ordenándolo todo y separando la paja del trigo. Y hay una cantidad terrible de paja.

—Sí, me hago perfecto cargo —convine mientras miraba las dos papeleras.

—Desde luego, hay que reconocer una cosa: los amigos de Aaron se han mostrado muy amables, y esto ayuda mucho. Claro que fue terriblemente repentino.

Le di las gracias, salí de la oficina y me lancé en busca del portero del edificio. Era un rechoncho sueco que fumaba en una corta pipa y tenía los ojos de un azul descolorido que parecían recubiertos de una película opaca.

Le di una tarjeta mía.

—Soy detective —dije—. Tengo razones para creer que Morphine Mary va a realizar una faena aquí esta noche.

—¿Quién es Morphine Mary? —preguntó.

—Morphine Mary —le expliqué— es una de las más peligrosas ladronas de drogas del ramo. En este edificio hay médicos y

dentistas. Todos ellos guardan una pequeña provisión de narcóticos para casos de emergencia. Morphine Mary entra por la noche en las casas de despachos, y se da el caso de que es la más diestra forzadora de cerraduras que existe en el hampa.

Continuó fumando en su pipa, y no replicó.

—Vamos a ver —continué—, cuando las oficinas están cerradas, usted deja solamente un ascensor en servicio, y éste sale de esta planta. ¿No es así?

Asintió.

Exhibí un billete de veinte dólares.

—Me gustaría estar de servicio esta noche, y manejar este ascensor como ayudante suyo.

—¿Usted pagarme a mí? —preguntó.

—Yo le pago a usted —respondí.

—Suponga que esa mujer venga y suba ascensor. ¿Usted armar jaleo entonces?

—Nada de jaleo —prometí—. Sólo deseo cerciorarme de que se halla en el edificio, coger el teléfono, y avisar a la policía. La atraparemos. Trabajo para una agencia de detectives que protege los consultorios de médicos y dentistas bajo una prima de seguro. Queremos cazar a Morphine Mary. Lo único que deseamos es verla entre rejas. La policía puede quedarse con los laureles. Lo único que no quiero es alarmarla indebidamente; y si aviso ahora a la policía y ellos empiezan a vigilar este sitio, Morphine Mary se dará cuenta. ¡Es tan lista!

Extendió la mano para cobrar los veinte dólares.

Se los entregué. Dobló el billete y se lo metió en el bolsillo.

—¿A qué hora empieza la limpieza de las oficinas? —pregunté.

—A las siete —respondió él.

—Estaré aquí a las siete —aseguré—. Es posible que tenga que esperar hasta tarde.

Él asintió. Era lo menos que podía hacerse.

capítulo trece

LLEGUÉ unos cuantos minutos antes de las siete. Durante las dos primeras horas estuve muy ocupado subiendo y bajando a los rezagados en el ascensor.

Después hubo calma. El portero sueco estaba escuchando por la radio un combate de boxeo. Las mujeres que limpiaban los despachos bajaron las carretillas de ruedas de goma que contenían los utensilios de limpieza y recipientes de lona, en los que habían echado el contenido de las papeleras.

No había gran cosa procedente del sexto piso, excepto lo que había desechado Mrs. Bedford. El sueco continuaba fumando su pipa y escuchado la radio. El combate de boxeo había terminado, pero había programa de discos, y el portero tenía la cabeza echada hacia atrás, los dedos entrecruzados detrás de la nuca, y una azul aureola de humo revoloteando ante sus cerrados ojos.

Trabaje rápidamente.

Había gran cantidad de correspondencia personal. Viejos recortes de periódicos, varios artículos procedentes de revistas, cartas de solicitud. El hombre debía guardarlo todo.

Eché mano a todo lo que pude encontrar escrito con letra femenina, lo metí en mi voluminosa cartera y en el momento en que el sueco cerraba la radio, di por terminada la noche.

—Ya no vendrá después de medianoche —aseguré.

—¿No?

Moví la cabeza.

—¿Usted venir mañana? —comentó—. Usted venir cuando quiera.

Le dije que así lo haría.

El sueco me acompañó en el ascensor hasta la planta baja. Regresé al hotel, y tomé después un avión que salía a la una de la

madrugada.

Abrí la cartera y leí las cartas durante el viaje en avión. Había seis u ocho de Lucille, y cuatro de Yvonne.

Las de Lucille eran del tipo que agrada a un tío solitario, del tipo que pone fuera de sí a una esposa ávida de dinero.

Las cartas de Yvonne se extendían a un período de tres años. Eran mensajes insípidos, saturados de la peculiar condescendencia que la juventud siente por la edad y la soledad: comentarios sobre el tiempo, uno o dos bailes, una película, unos cuantos disparates sobre una estrella de la televisión, y seguridad de que la familia deseaba que él se cuidase mucho.

La carta número cuatro era distinta. Le hablaba de Drury Wells. Hacía algún tiempo que conocía a Drury. Él le había proporcionado un buen empleo en una agencia de modelos en la que Wells tenía intereses. Proporcionaba modelos para fotógrafos, para calendarios artísticos, y algunas veces para el cine, o al menos así lo expresaba e Yvonne le creía. Wells le había prometido que ella llegaría hasta la cumbre, que tenía influencia en ciertos estudios, y que podía hacer mucho para ayudar a una muchacha a llegar hasta Hollywood.

Yvonne declaraba que era la «prometida» de Wells, y que no debía sorprenderle demasiado si se dejaba caer en Nevada o Arizona y se casaban tras «sencilla y modesta ceremonia».

Le contaba que ella y su prometido habían efectuado una excursión al desierto, que habían hecho una comida campestre en el terreno de Bedford y que la cabaña yacía completamente en ruinas. Incluía en el envío algunas fotos que habían tomado. Alguien había practicado un agujero allí, sin duda buscando agua, y las piedras que habían salido del agujero le daban la impresión de que allí podía haber petróleo. Eran negruzcas y pesadas, y le remitiría tres muestras de ella en una caja de cartón.

La carta se hallaba todavía en el sobre. Las fotografías estaban allí, Eran unas fotografías pésimas, tomadas con una cámara en miniatura barata, que carecía de telémetro. Algunas de ellas aparecían desenfocadas y otras movidas. Eran unas fotografías desdichadas y sin significado alguno, sin ningún sentido de la composición ni conocimiento de la luz. Había un primer plano de Drury Wells, completamente desenfocado.

No me resultó muy difícil rehacer toda la historia.

La carta estaba fechada unos diez días antes de la muerte de Bedford. Corning se hallaba probablemente en la oficina cuando llegaron aquellas muestras de mineral. La carta comunicaba que le enviaba tres muestras. Dos de ellas estaban en la estantería situada encima del escritorio. Bedford se había reído respecto de la suposición de que las piedras contuvieran petróleo. Corning, el sagaz, había tenido otra idea, Se había metido una muestra en el bolsillo. La había experimentado con un contador Geiger. No necesitó más.

Lo malo era que Bedford era conservador y cauteloso. Conocía a fondo a Corning. Corning quería aquel terreno. Lo quería barato. Después Bedford murió súbitamente, y Corning se enteró de las disposiciones de su testamento. Empezó a buscar a Yvonne Wells. Todo aparecía claro como el cristal.

Llegué a los Ángeles antes de amanecer, tomé un autobús para San Bernardino, recogí el coche de la agencia y me dirigí a Banning. Entré en la central telefónica tan pronto como la abrieron. Les dije que yo era Drury Wells y les pregunté si había algún cargo en concepto de conferencias a larga distancia en mi teléfono, al marcharme de la casa que tenía alquilada. Una contable buscó durante un buen rato, y después volvió con una cuenta que ascendía a l285 dólares. Se quejó de que yo hubiera tenido que avisar a la compañía de que cambiaba de domicilio y dar la nueva dirección. Le manifesté que tenía que comprobar los cargos. Ella insistió en que ya se había mandado una copia de la cuenta a mi última dirección. Repliqué que no la había recibido, y que no pagaría hasta que estuviera en mi poder una factura detallada.

La contable discutió unos momentos, y finalmente me presentó una factura duplicada. Pagué los doce dólares con ochenta y cinco, y me fui a examinar las conferencias que había pedido Drury Wells.

El día antes de aparecer el artículo del periódico, relatando lo de la joven ama de casa de Banning que había heredado unos terrenos en el desierto, había habido una conferencia directa con los Ángeles. Entré en una cabina telefónica, llamé a aquel número de los Ángeles, pregunté con quién hablaba y se me informó que era la Agencia Waldorf de Modelos. Les dije que me había equivocado de número y colgué. Regresé al coche, me acomodé ante el volante y

reflexioné profundamente durante quince minutos. Transcurridos éstos, telefoneé a Bertha.

Bertha acababa precisamente de llegar a la oficina.

—Alguien te está buscando, Donald —dijo.

—¿Un cliente? —pregunté.

—Supongo que se trata de un cliente. Es una mujer.

—¿Vieja? ¿Joven? ¿Guapa?

—Joven y guapa. También hay un hombre que te espera en el pasillo. Creo que es un repartidor de citaciones judiciales.

—También lo creo yo —repuse—. Hoy no me acercaré a la oficina, Bertha.

—¡Eres un frescales! ¿Qué sucederá si pasa algo gordo?

—Ya te las arreglarás.

—¿Y si quieren hablar con un hombre?

—Dale largas al asunto.

—¿Por qué tanta comedia? —preguntó Bertha.

—No quiero que me citen —contesté.

—A mí ya me han citado. ¿Por qué diablos no puedes embarcarte en el mismo bote conmigo?

—Será mejor que estemos en botes distintos —contesté.

—¿Cómo podré ponerme en contacto contigo, si te necesito?

—Pon un anuncio en la columna personal del *Examiner* —le dije — y colgué antes de que ella arrancara el teléfono, como lo había hecho Corning. Pensé que la compañía de teléfonos difícilmente podría explicarse dos amputaciones en el intervalo de una semana.

Llamé a Lucille Patton, a Sacramento.

—¡Donald! —exclamó, cuando le dije quién era, y me sentí emocionado al oír el placentero tono de su voz.

—Quería hablar contigo sobre ciertos terrenos del desierto — dije—. ¿Qué te parecería si yo me ocupara de él en nombre tuyo?

—¿De qué estás hablando, Donald? Yo no tengo ninguna propiedad en el desierto.

—No estés tan segura de que no tienes ninguna propiedad —le dije—. Soy capaz de convertir tus intereses en algo que valga la pena.

—Te daré el cincuenta por ciento —contestó riendo—. ¿Es bastante?

—Es demasiado, pero no basta.

—¿Qué quieres significar?

—Acordemos un quince por ciento de comisión, y una cena contigo como prima.

—De acuerdo con el quince por ciento, Donald, y siempre puedes contar con lo de la cena…, siempre que vengas por aquí.

—Magnífico —contesté—. Manda un cablegrama a mi agencia. En la tarjeta que te di encontrarás la dirección. Di que la agencia tiene la exclusiva administración de todas tus propiedades en el distrito de San Bernardino, con una comisión del quince por ciento en todas las operaciones que realicemos.

—Mandaré el telegrama dentro de quince minutos —me aseguró.

—Muy bien —asentí—. ¡Buena chica!

—No te olvides de lo demás, Donald.

—¿De qué?

—De la cena.

—No me olvidaré —prometí.

Salí para los Ángeles en el coche, llegando allí poco antes del mediodía.

El gerente de la Compañía Waldorf de Modelos y Reclamos era un hombre bizco que dijo llamarse Norwalk Lykens.

Charlamos un rato, después de haberle dado yo un nombre totalmente falso, y por fin fui al grano. Necesitaba una pelirroja llamativa, que no tuviera más de veintiséis años, pero, desde luego, no menos de veintiuno. Le facilité un vasto repertorio de condiciones físicas. Le expliqué que necesitaba una chica para que me ayudase a completar un negocio comercial. Tenía que ser alguna dispuesta a realizar un esfuerzo extra, por unos cuantos dólares extras.

Quiso saber a cuánto ascenderían los dólares extras.

Con el pensamiento puesto en la nota de gastos, le metí veinte dólares en su húmeda mano y le dije que se los guardase, y que habría ciento cincuenta más para la mujer, si podía encontrar la que necesitaba, y si ella hacía lo que yo deseaba.

Asintió, volvió a asentir y continuó asintiendo. Se dirigió a un archivador y me trajo unas cuantas fotografías. La tercera fotografía que me enseñó era la de la muchacha a quien había visto la última vez lavando platos en casa de Drury Wells.

—¿Quién es ésta? —pregunté.

—Es Wanda Warren. Por lo menos, ése es su nombre profesional. No tenga usted ningún cuidado, ¡es un bombón!

Estudié atentamente las fotografías, y después volví a contemplar la de Wanda Warren.

—¿Está disponible? —pregunté.

—Lo averiguaré.

Cogió el teléfono. Al parecer, Wanda Warren, estaba libre. Quiso saber si la muchacha tenía que venir.

—Yo iré a su casa —dije—. Deme su número.

Sonrió y movió la cabeza negativamente.

—No trabajamos de este modo.

—¿Por qué?

—Nuestras listas de direcciones constituyen nuestro capital.

—¿Qué cobran ustedes por una operación de esta clase?

—Cien dólares.

—Vamos, vamos —repliqué—. Está usted realizando un negocio por su cuenta. Quiero el precio de la agencia.

—Espérate un momento, Wanda —dijo, cubrió el auricular con la mano, y añadió—: Setenta y cinco. Es el último precio.

—Setenta y cinco —contesté—, y me da usted la dirección.

—El caballero irá a verte dentro de una media hora, Wanda —manifestó por teléfono—. Se trata de un trabajo muy especial.

Colgó el teléfono, extendió un recibo por los setenta y cinco dólares que le entregué, y me entregó un papel en el que había escrita una dirección.

—Creo —dijo— que encontrará usted a la chica satisfactoria en todos los aspectos.

—¿Supongamos que no?

—No podemos garantizar los resultados.

—¿Podría solicitar otra chica?

—Pagando de nuevo, sí. —Trató de que una sonrisa resultara cordial y repitió—: No podemos garantizar los resultados.

—Bien —asentí—, lo intentaremos.

—No tendrá usted problema alguno. Es pura dinamita, alegre y audaz, y muy ducha en toda clase de trabajos especiales. Cuando se reúne el cuerpo legislativo, trabaja en Sacramento para los cabilderos, y están entusiasmadísimos con ella. Me han hablado de

una serie de negociaciones magníficas, en las que la muchacha prestó una ayuda decisiva.

—¿Trabaja en Sacramento, eh? —pregunté.

—Eso es. Cuando el cuerpo legislativo celebra sus sesiones. Entre una y otra sesión viene aquí. A ella le gusta todo aquello. Desde luego, hace de modelo y todas esas cosas, pero le gustan los trabajos especiales. La encontrará usted muy adaptable.

—Muy bien —concluí—. Confío en su criterio. Debe usted de conocer a las mujeres.

Se frotó las manos, sonrió y afirmó:

—Las conozco.

capítulo catorce

LA casa de pisos era de las que tienen el sistema del zumbador. Leí la serie de tarjetas que figuraba en un lado de la puerta, hasta que encontré el nombre de Wanda Warren. Pulsé el timbre. Un momento después, el zumbador señaló que la puerta de la calle quedaba abierta. La abrí del todo, entré y subí por las escaleras hasta llegar al piso de Wanda. Toqué el timbre y ella misma abrió la puerta.

—¡Bueno, que me ahorquen! —exclamó.

Por un instante sus ojos se abrieron de par en par con cierta aprehensión. Después, de repente, se echó a reír.

—¿Dónde está su amigo de la poli? —preguntó—. Aquel que siempre está masticando un cigarro húmedo.

—Se ha ido a dar una vuelta.

Llevaba un traje de chaqueta castaño oscuro, de buen corte, y que realzaba su figura. Había arreglado su cabello tan cuidadosamente que no quedaba ni un rizo que no estuviera en su lugar. Ofrecía el mejor aspecto, y su mejor aspecto era algo excelente.

—Mire —me dijo—, es muy de agradecer que haya usted venido a verme, y supongo que se dispone a regalarme un catecismo, pero va a ser usted buen muchacho y marcharse un ratito. Tengo una cita de negocios con un cliente.

—El cliente soy yo —le dije.

—¡No! —exclamó, con el desaliento reflejado en el rostro.

—¿Por qué no? —pregunté.

—¿Usted…? Vaya, yo pensé que…

Le enseñé la dirección escrita de puño y letra de Norwalk Lykens, y el recibo que éste me había entregado.

—Bueno —aceptó—, entre. ¿De modo que es usted mi nuevo

jefe? ¿Qué hay que hacer?

La seguí al interior del piso. Ella cerró la puerta, se me quedó mirando durante unos momentos, e invitó:

—Acomódese. Considérese en su casa. ¿No me habrá alquilado usted sólo para sentarse ahí y hablar, verdad?

—No —contesté.

—¿Qué hacemos?

—¿Qué quiere usted hacer?

—Usted me dice lo que quiere y yo le digo si querré hacerlo.

—Usted se hacía pasar por Mrs. Wells. ¿Por qué?

—¿Acaso no resultaba una guapa Mrs. Wells?

—Usted siempre está guapa.

—¿Acaso no era una esposa que cumplía con su deber?

—Lo ignoro.

—Usted me vio lavar los platos, limpiar la casa, vaciar los ceniceros…

—¿Aborrece usted las faenas caseras?

—Yo no rehúso nada que sea movido y que resulte variado —repuso ella—. Detesto las faenas rutinarias. Aborrezco el trabajo de oficina, el levantarme por la mañana sabiendo cuáles serán los acontecimientos del día. Aborrezco a los hombres que hacen las mismas proposiciones de la misma manera. Yo exijo variedad.

—¿Qué le parecería el continuar interpretando el papel de Mrs. Drury Wells?

—¿Por dinero?

Asentí.

—Por mí, de acuerdo. ¿Qué tengo que hacer?

—¿Tenía usted la llave de aquella casa?

Ella asintió.

—¿Todavía la tiene?

Volvió a mover afirmativamente la cabeza.

—Váyase allí y empiece a trabajar —le dije.

—¿Qué tengo que hacer?

—Pues sacar el polvo y arreglar un poco la casa.

—¿Y después?

—Después yo iré a visitarla y saldremos para que Mrs. Raleigh nos pueda ver.

—¿Y qué haremos luego?

—Nos marcharemos en coche.

—¿Y después qué?

—Después —expliqué— vendrá usted conmigo, nos sentaremos y esperaremos.

—¿Qué sucederá?

—Charlaremos.

—¿Y después?

—Tal vez efectuemos un viajecito.

—Eso me gusta.

—¿Por qué la alquiló Drury Wells?

—Yo no hago preguntas. Ellos pagan. Ellos me dicen lo que quieren. Yo lo hago.

—¿Qué quería Wells?

—Quería una esposa.

—¿Para qué?

—No se lo pregunté. Creo que porque su primera esposa no reconocía un divorcio que él logró conseguir en Méjico. Tenía la impresión de que estaba esperando que alguien le entregara un mandamiento judicial. No hice preguntas. Me pagaban por realizar un trabajo y lo hice.

—¿Y usted era su esposa?

—Sólo nominalmente —aclaró riéndose—. Al fin y al cabo, ya sabe usted, Donald, que fingir es fingir, pero todo tiene un límite. Se lo estoy explicando para que conozca usted las reglas del juego.

—No hubiera esperado nunca que tuviera tanto respeto por las reglas —repliqué.

Su sonrisa resultó difícil de interpretar.

—*Personalmente*, no —dijo—. Estaba hablando de mis atribuciones oficiales.

—Muy bien —le dije—. ¿Está usted vestida y a punto para la marcha?

Wanda asintió, diciendo:

—Hasta tengo preparada una maleta.

—Esta vez no la necesitará —le aseguré—. ¿Tiene coche?

Contestó negativamente.

—Tome un taxi —le ordené—. Vaya al número 1638 de Frostmore Road. Entreténgase durante un minuto en la acera. Asegúrese de que los vecinos la ven llegar. Sobre todo, no se cambie

usted el traje que ahora lleva. Esté preparada para marcharse al momento.

—¿Y cuándo me largo de aquel estercolero?

—Cuando yo vaya a buscarla.

—¿Cuándo vendrá?

—Probablemente al cabo de media hora de estar usted allí.

—Conforme —asintió Wanda—, pero le voy a decir una cosa. Si tengo que empezar a realizar algún trabajo casero, me quitaré el vestido. Si puedo encontrar algo que me vaya bien en aquel armario que hay allí, me lo pondré, pero si no, me quitaré de todos modos estos trapos. No voy a ponerme a hacer faenas caseras con este conjunto. Forma parte de mis *pertenencias personales* en el negocio.

—No tiene usted que realizar ningún trabajo pesado. Basta con que finja que lo hace. Muévase por allí. Si sale Mrs. Raleigh y entabla conversación con usted, cuéntele cualquier historia, siempre que no sea la verdadera.

—Apuesto a que soy capaz de inventar un buen cuento —me dijo—. Me gusta, sabe, inventar embustes para contárselos a fisgonas como Mrs. Raleigh.

—No se pase usted de rosca —le advertí.

—No tema —me tranquilizó mientras me tendía la mano.

—¿Qué? —pregunté.

—El dinero del taxi.

Sonreí y procedí a hacer otro agujero en lo que me quedaba del dinero para gastos. Después fui a telefonear a Elsie Brand.

—Elsie —pregunté—, ¿viste a aquel individuo alto y huesudo, de Texas, que vino el otro día,
Lawton C
. Corning?

—Le vi cuando se marchaba. ¿Qué le ocurre?

—Está en el *Dartmouth Hotel*. Toma un taxi, vete al hotel, quédate allí hasta que le veas salir, y entonces me telefoneas a la estación de servicio Atlas, que se halla en la esquina de Frostmore Road y Whittington Boulevard. Encontrarás el número en la guía telefónica. Quiero que llames en el mismo momento en que salga del hotel.

—Muy bien. ¿Algo más, Donald?

—Eso es todo —le dije—, pero si sucediera algo y él saliera del

hotel y tú no pudieras comunicar conmigo por cualquier razón, coge un taxi y dile al chófer que bata todos los records de velocidad para llegar al 1638 de Frostmore Road. Encontrarás a una mujer en la casa. Sácala de allí. Dile que trabajas para, mí. Llévate unas cuantas tarjetas de la agencia para demostrárselo.

—Perfectamente, Donald. ¿Y qué le digo a Bertha?

—Le dices que sales un momento —indiqué—. Cuando regreses, le puedes contar el resto.

—Ya está ahora echando sapos y culebras por las oficinas.

—Déjala que siga echándolos —dije—. Al fin y al cabo, haces un trabajo para mí. Adelante con ello.

—De acuerdo —contestó.

Me metí en el coche y fui a la estación de servicio Atlas. Llené el depósito de gasolina, hice que comprobaran el nivel del aceite y los neumáticos y pusieran agua en la batería. Al empleado le expliqué que estaba esperando una llamada telefónica para un asunto muy importante y que me quedaría un rato allí, y que si alguien me telefoneaba me avisara en el acto.

Me invitó a que me acomodara como si estuviera en mi propia casa, y pude descansar durante casi una hora.

Entonces, sonó el teléfono.

Era Elsie Brand.

—¿Donald?

—Sí.

—Se ha marchado.

—¿Cuándo?

—Hace dos minutos.

—¿No sabes adónde?

—No. Bajó en el ascensor y atravesó el vestíbulo. El empleado del garaje le tenía preparado el coche ante la puerta, un minuto o dos antes de que él apareciera. Montó y se marchó.

—¿Qué aspecto tenía? —pregunté—. ¿Excitado?

—¡Excitadísimo! —contestó ella—. ¡Muchacho! Cruzó corriendo el vestíbulo del hotel, se metió de un salto en el coche y lo puso en marcha como si tuviera que ir a apagar un fuego.

—Estupendo Elsie. Muchas gracias.

—¿Qué hago ahora?

—Volver a la oficina —dije—, y procurar que Bertha no dé un

estallido. Estaré allí dentro de un rato. Comunica a Bertha que si alguien telefonea, puede indicar que yo estaré.

—¿Lo crees prudente, Donald? —preguntó—. Están tratando de entregarte una citación.

—Ya lo sé —repuse—. Ahora ya pueden entregármela.

—Por mí, conforme —dijo—. Supongo que sabes lo que haces.

Colgué el teléfono, subí al coche de la agencia y me dirigí a casa de Wells.

Paré el coche ante la casa, subí las escaleras y llamé al timbre.

Wanda Warren me abrió la puerta.

—¡Hola! —saludó.

—¡Hola! —contesté—. Vendo cepillos. ¿Puedo interesarla en algo?

—Desde luego —contestó ella—. Necesito uno muy fuerte para cepillar a ciertas personas.

—¿A qué personas?

—A Mrs. Raleigh, por ejemplo.

—¿Ha hablado con ella?

—¿Que si he hablado con ella? Ha estado tratando de sonsacarme. ¿Sabe una cosa?

—¿Qué?

—Creo que vamos a tener visitas.

—¿Cómo lo sabe?

—Por el modo de comportarse aquella mujer, juraría que le han ofrecido alguna gratificación si avisaba a alguien sobre mi presencia allí. Donald, ¿cree que puede tratarse de la policía?

—¿Asustada? —pregunté.

—No mucho —contestó Wanda—. No me importa la publicidad, pero quisiera evitar la notoriedad. Cuando una empieza a pensar en ello… Bien…, ya sabe cómo un periódico puede hacer de todo una historia:

UN HOMBRE ALQUILA A UNA MODELO PELIRROJA PARA QUE FINJA SER SU ESPOSA, y toda esa clase de tonterías.

—Tranquilícese —le recomendé.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—¿Está a punto de marcha?

—Me quité mis medias buenas cuando empecé a rondar por el patio. Hay muchas de esas hierbas que te hacen una carrera en la

media en un abrir y cerrar de ojos…

—Póngaselas —dije.

Se las puso.

—Son muy bonitas —alabé.

—Gracias. A mí también me gustan. ¿Qué hacemos ahora?

—Salga y métase en el coche. En el momento de entrar en él; quiero que parezca que vacila en hacerlo. Le enseñaré cómo debe hacerlo.

—¿En público?

—En público.

—Comprendido —aseguró Wanda—. Supongo que sabe usted lo que se hace.

—¿Tiene usted la llave?

—Sí.

—Bien —dije—. Cierre. Sólo quiero cerciorarme de que Mrs. Raleigh nos vea bien durante bastante rato.

—No se preocupe —tranquilizó la joven—. Ya nos ha visto bien y durante largo rato. Esa mujer puede enterarse de todo en una millonésima de segundo. Sabe todo lo que ocurre en esta vecindad.

—Bueno, vámonos.

Cerramos la casa. Wanda fue a mi lado hasta el coche. En el momento de entrar en él, yo me dirigí a ella hablándole con gran fluidez y moviendo las manos como si tratara de explicarle algo.

—Ya lo ve, la cuestión estriba —le dije— en que no se trata de nada de vida o muerte. ¿Por qué no se porta usted como una buena chica y me regala un millón de dólares?

Wanda vaciló y respondió:

—Aceptado, si usted lo enfoca desde ese punto de vista, Donald. Me parecería una vergüenza el tener tanto y no darle a usted nada.

—Ésa es mi opinión.

La risa le bailaba en los ojos.

—Desde luego, la caridad empieza en casa, Donald. ¿Qué quiere enseñarme ahora?

—Acérquese más.

Wanda se aproximó a mí, las puntas de sus cabellos cosquilleaban mi mejilla. Pude notar el calor de su cuerpo.

—No tanto —dije.

—Oh —exclamó, apartándose un poco—. Creí que decía usted

que me acercara.

—Y lo dije.

—¿Quería usted decir un poco?

—Eso es —asentí—. Acérquese un poco a mí.

—Muy bien. Ya está.

—Así está bien —asentí—. Ahora métase en el coche y larguémonos.

—Vámonos —dijo Wanda.

Entré con la muchacha en la oficina. Avanzábamos por ella cuando la puerta del despacho de Bertha se abrió como impelida por una explosión. Empezó a decir algo, después miró durante largo rato a Wanda Warren y se interrumpió.

Una puerta que estaba detrás de mí se abrió en aquel instante. Un hombrecillo se deslizó en la habitación y dijo de un tirón:

—Donald Lam, ¿quiere mirar un momento hacia aquí?

Di media vuelta. Me entregó unos papeles y declaró solemnemente:

—La copia de la querella y citación en el caso Wells versus Cool & Lam, su copia como individuo, su copia como socio. Adiós.

Dio media vuelta y desapareció por la puerta con tanta rapidez como había entrado.

Bertha contemplaba a Wanda Warren desde la cabeza a los pies. Wanda Warren miraba a Bertha con tranquila curiosidad.

—Que me frían una ostra —dijo Bertha sin aliento.

Yo enarqué las cejas.

—Cuando lo haces —continuó Bertha— lo haces muy bien, ¿verdad, Donald?

—¿El qué? —pregunté yo.

Bertha giró sobre sus talones, se metió en su despacho particular y cerró la puerta estrepitosamente.

Acompañé a Wanda Warren a mi oficina, la presenté a Elsie Brand, y pregunté:

—¿Puedes tener a esta muchacha fuera de la circulación durante un rato, Elsie?

A su vez, Elsie la miró con la fría y tranquila apreciación de un comprador de ganado inspeccionando a un novillo que intentase vender al carnicero.

—Sí.

Fui al despacho de Bertha.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó Bertha.

—La he alquilado —contesté.

—¿Alquilado?

Asentí.

—¿Cómo?

—Pagando.

—¿*Tú*, pagando dinero? —preguntó Bertha.

Volví a asentir.

La ira de Bertha empezó a ascender visiblemente.

—¡Hay veces en que me gustaría coger este cortapapeles y rebanarte el cuello de oreja a oreja, Donald Lam! ¿Qué diablos quiere significar que la has alquilado?

—Que la he alquilado.

—¿Con dinero de la sociedad?

Asentí silenciosamente.

—¡Me harás volver loca! —exclamó Bertha—. Tú no necesitas alquilar a ninguna mujer. No hacen más que echarte una mirada y esas malditas niñas caen a tus pies. No sé cómo demonios te las arreglas. Por lo que a mí se refiere, no eres más que un enano sietemesino. Si yo tuviera treinta años menos y me encontrara en forma, no se me ocurriría mirarte dos veces, pero siempre has conseguido que una serie de mocosas te miren con el corazón en los ojos. Y ahora te me presentas con un bombón como ése y me dices que has tenido que alquilarlo.

—Es que es un bombón muy especial —expliqué.

—¿Cómo?

—Ese bombón nos va a traer directamente a la oficina a Mr. Lawton C
. Corning.

—¿Estás loco? —reprendió Bertha—. Corning no volvería a esta oficina ni por un millón de dólares. Me ha telefoneado a primera hora de la mañana.

—¿Qué quería?

—Sólo quería descargar su mal humor —explicó Bertha—. Sólo quería decirme que tenía cierta opinión de la gente que realizaba negocios como nosotros, que tú habías intentado hacerle quedar como un imbécil, que te había puesto una estaca en las ruedas que

te serviría de lección, para que no quisieras hacerte el listo, y que también quería hacerme saber a mí que yo tampoco era tan lista como me creía.

—¿Qué le contestó usted?

—¡Le contesté muchas cosas! —exclamó Bertha—. Esperé a que ese hijo de perra se detuviera para tomar aliento, y entonces hablé yo. ¡Muchacho! ¡Lo que llegué a decirle!

—¡Bien hecho! —aprobé.

—¿Qué es lo que está bien hecho?

—Cuando llegue aquí, podrá usted hacerle arrastrar por los suelos —contesté.

—Mira, Donald, ya estoy harta de tus majaderías —dijo Bertha —. Si Lawton Corning viene a la oficina en son de paz, soy capaz de empujar un cacahuete con la nariz desde aquí hasta…

—¿Qué más? —pregunté.

Bertha se mostró cautelosa.

—No —cedió—, ya te he visto sacar otras veces conejos del sombrero. No haré rodar ningún cacahuete, pero… ¡Maldición! ¡Haré rodar el cacahuete! Tú no estás al corriente de los hechos. No sabes lo que yo le dije por teléfono.

—Muy bien —repuse—, hará rodar un cacahuete.

—No dije hasta dónde.

—Bien, ¿hasta dónde? —pregunté.

—Desde aquí hasta… todo el trecho que hay desde aquí…

—Continúe —la animé.

—Todo el trecho que hay desde aquí hasta la puerta de esta maldita oficina —concretó Bertha—. Lo haré rodar empujándolo con la nariz.

—Perfectamente. Permaneceré en mi despacho durante un rato. No se marche.

—Traté de advertirte que aquella rata te esperaba rondando por aquí para poder entregarte la citación —dijo Bertha—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Esperar —contesté—. Las cosas marchan muy bien.

—Me alegro de que lo creas así. ¿Cuánto le pagas de alquiler a esta pelirroja?

—No piense en ella —le contesté—. Piense en lo que va a decirle a Lawton Corning.

Regresé a mi despacho y dejé a Bertha reventando de curiosidad, pero con demasiado orgullo para demostrarlo.

Ignoré a Wanda Warren, y ya había dictado tres o cuatro cartas cuando sonó el teléfono.

Lo cogí, y la voz de Bertha denotando desmayo, rogó:

—Donald, ¿puedes venir un momento?

—En seguida —repuse. Guiñé un ojo a Elsie Brand al atravesar su oficina, camino de la sala de visitas, de la salita de Bertha Cool, y de su despacho como meta final.

Lawton C. Corning, mostrando una amplia y falsa sonrisa en su faz, me tendió una mano del tamaño de un jamón.

—Donald —dijo—, perdí los estribos. De veras. Me porté como un estúpido, como un maldito estúpido. He venido a presentar mis excusas. Le estaba diciendo a Mrs. Cool que he quedado como un cochino en este asunto. Me empeñé en seguir el camino falso y…, bueno, me porté como un imbécil. Debiera haberle dado los mil dólares que usted pedía, y he venido para pedir disculpas y decirle cuánto lo siento. Aquí tiene un cheque por ochocientos cincuenta dólares: el resto de lo que usted me pedía como anticipo. Y ahora duro con ello, y encuentre a Mrs. Wells, y si cuesta unos cuantos centenares de dólares más, nadie tiene porque enfadarse. Además, ya sé que necesitará usted algún dinero para gastos. Adelante con ello, y lo dejo a su criterio. Tengo puesta en usted una ilimitada confianza.

—Gracias —fue mi respuesta.

Me tendió un cheque de ochocientos cincuenta dólares.

Yo lo rechacé.

—Vamos a ver, espere un momento. Espere un momento, Lam. Nada de resentimientos. He sido un tonto y he venido a presentar excusas como un hombre. Se las he presentado también a Mrs. Cool.

—No se trata de eso —aclaré—. Únicamente que los tiempos han cambiado.

—Oiga, Lam —dijo Corning—. Soy un hombre de negocios. Creo en la acción, no en las palabras.

Continué sentado, muy quieto. Le estaba observando. Bertha me observaba a mí como un gato pudiera hacerlo con un ratón.

—He aquí el cheque por ochocientos cincuenta dólares, extendido a nombre de la sociedad —prosiguió Corning—. Quiero

que me encuentre a Mrs. Wells. Además, voy a proponerle ahora unas primas. Si puede encontrármela antes de transcurridas veinticuatro horas, les daré una prima de dos mil dólares. Si no la encuentra hasta dentro de cuarenta y ocho horas, la prima quedará reducida a mil dólares. Si pasan hasta setenta y dos horas, la prima se reduce a quinientos dólares. Si tarda en encontrarla, no hay prima.

—¿Qué pretende usted? —pregunté.

Echó hacia atrás la cabeza y se rió.

—¡Donald, es usted un gran jugador de póquer! Pero no trate de engañar a Lawton Corning. Quiero admitir que ha manejado usted maravillosamente sus cartas. Voy a permitirle que saque usted una buena tajada de ello, pero no seguirá usted jugando al póquer conmigo. Me doy por satisfecho de que pueda usted presentarme a Mrs. Wells antes de una hora, si desea realmente hacerlo. No hago más que valorar debidamente su manera de resolver los asuntos.

—Efectúelo por escrito —le sugerí.

—Mi palabra basta —replicó Corning, indignado.

—No dudo de su palabra —le dije yo—. Lo que dudo es de su memoria.

—Oiga usted —me replicó airadamente—, no hay juego sucio en esto. Tengo entendido que Wells ya estaba casado. No lo sé. Pudo haber obtenido el divorcio, o no. No quiero que me salga con alguna de sus jugarretas, y me presente alguna esposa anterior, diciendo que es la única y legal Mrs. Drury Wells. La Mrs. Drury Wells que me interesa es aquella cuyo nombre de soltera era Clymer. Yvonne Clymer.

—Precisamente por eso deseo que lo ponga usted por escrito —respondí—. No quiero que me salga usted diciendo que ha habido algún malentendido. Quiero ver su proposición escrita letra por letra.

—Bueno —asintió—. Deme papel, Mrs. Cool.

Ella le dio un par de hojas de papel. Sacó una pluma estilográfica.

—Hay una secretaria y una máquina de escribir en la oficina —le indiqué.

—Nada de máquinas de escribir. Quiero que cada palabra quede escrita de puño y letra míos.

—Adelante con ello, pues —le animé.

Su rostro aparecía rojo de indignación, pero se sentó allí y escribió rápidamente durante varios minutos, después chupó el extremo de la pluma y escribió unas líneas más.

Bertha trataba de encontrar mi mirada.

Yo miraba fijamente a través de la ventana.

—Muy bien, he aquí mi proposición —dijo Corning—. Voy a leérsela: «Sres. Cool & Lam: Con la presente entrego a ustedes un anticipo de ochocientos cincuenta dólares. Los delego para localizar a Yvonne Clymer, quien puede o no haberse casado legalmente con Drury Wells, pero quien vivía con éste como esposa suya. Si la localizan dentro de las primeras veinticuatro horas les pagaré un suplemento de dos mil dólares. Si no la localizan dentro de veinticuatro horas, pero lo hacen dentro de cuarenta y ocho, les pagaré una prima de mil dólares. Si no la localizan dentro de cuarenta y ocho horas, pero si dentro de setenta y dos, le pagaré una prima de quinientos dólares. También pagaré sus gastos pertinentes, siempre y cuando dichos gastos se limiten a cien dólares diarios, o quinientos dólares en total».

Corning se quedó mirándonos.

—¿Qué les parece?

—Vamos a ver —dije yo—, ¿qué entiende usted por localizar? Supongamos, por ejemplo, que la encuentre en Banning, y le diga dónde está. Si empieza usted a rondar por aquí, en vez de irse directamente a Banning, puede usted ahorrarse los dos mil dólares.

—En el momento en que me comunique usted haberla localizado, la hora en que usted me lo comunique será la que cuente.

—Escríbalo —le conminé.

—No es necesario. Es un acuerdo verbal entre nosotros.

Señalé la pluma.

—Escríbalo.

Temblando de rabia escribió: «En el momento en que la encuentren y me lo comuniquen, habilitándome sus señas exactas, su trabajo se dará por terminado».

—Escriba fecha y hora —dije.

Lo describió.

—Fírmelo.

Lo firmó.

Cogí el papel y escribí en él: «Esta proposición queda aceptada. Éste es el acuerdo completo». Firmé, a continuación: «Donald Lam, por Cool & Lam».

Entregué el papel a Bertha Cool.

—Guárdelo —le rogué.

Corning le entregó el cheque a Bertha, se levantó, se dirigió hacia la puerta, se detuvo, hizo ademán de ir a decirme algo, después cambió de idea y salió precipitadamente de la oficina, haciendo resonar las espuelas de sus botas de
cow-boy
sobre el suelo de *linoleum*.

—¡Qué me frían una ostra! —exclamó Bertha—. ¡Nunca podré comprender cómo diablos te las has arreglado, Donald! ¿Qué piensas hacer ahora?

Cogí el teléfono, pedí línea exterior, marqué el número de la Brigada de Homicidios y pregunté por Frank Sellers.

—Me reprendiste por qué te había metido en un lío, y me pediste que tratara de sacarte de él —le dije.

—¡Exactamente! ¿Qué has descubierto ahora, hombrecillo?

—¿Te acuerdas de aquella monada con jersey y *shorts*, que estaba lavando los platos en 1638 Frostmore Road?

—Claro que sí.

—Está aquí, en mi despacho —le informé—. Creo que tiene que contarte algo que vale la pena que oigas.

—Tráemela aquí.

—Nones —le contesté—. Reporteros a la vista.

—Ya me he metido en bastantes persecuciones descabelladas por tu culpa, Lam.

—Estoy a punto de descubrir algo. Si quieres llevarte los laureles, será mejor que te encuentres aquí cuando ocurran las cosas. Si no estás aquí, ya sabes cómo son los periodistas. Algún otro policía se dará buena maña para que le atribuyan a él cuanto tú hayas hecho.

Reflexionó durante unos momentos y después dijo:

—Voy en seguida.

—Muy bien —repuse—. Ten el coche bien provisto de gasolina y aceite.

capítulo quince

SELLERS se mostraba suspicaz, resentido y cauteloso. También le preocupaba el temor de que algún otro agente pudiera andar por allí en el momento de descubrirse un cadáver y solucionase un caso de asesinato.

—Siéntate, Frank —le invité—. Ponte cómodo y…

Sellers se quedó de pie, con las piernas muy abiertas, se metió el húmedo cigarro en la boca y exclamó:

—¡Al diablo con la comodidad! ¡Desembucha!

—Vamos, Frank. No sea usted… —intervino Bertha.

Él la redujo al silencio.

—Quiero que hable el hombrecillo —dijo—. Quiero oír la verdad del hombre eminente.

—Drury Wells y su mujer vivían en Banning antes de mudarse a Frostmore Road —declaré.

—¿Y qué? —preguntó.

—Fui a Banning y hablé con dos vecinos —continué—. El vecino de al lado, cuya casa da al dormitorio de la vivienda que ocupaban los Wells, tenía algo que contarme.

—¿Qué?

—El ruido de un altercado, el ruido de un golpe, silencio, Wells llevando algo sobre el hombro, introduciéndolo en el coche, partiendo en él, regresando tres horas más tarde, metiéndose en cama. Al día siguiente, ni rastro de la mujer. Se había ido a visitar a unos parientes.

—¡Demonio! —exclamó Sellers.

Yo asentí y guardé silencio. Él se quedó durante unos instantes meditabundo.

—¡Maldición! —exclamó al cabo de un rato—. Qué es esto…, ¿un sello de goma? ¿Por qué representan una y otra vez la misma

comedia?

—¿Tú que crees? —le pregunté.

—No lo sé.

—¿Quieres tener otra conversación con la pelirroja que encontramos en Frostmore Road?

Asintió.

Crucé el pasillo e hice entrar a Wanda Warren en la oficina. Ella quedóse mirando a Bertha Cool, a Frank Sellers y a mí, y exclamó:

—¡Bueno! Parece que tenemos *quorum*.

—Tenemos *quorum* —confirmó Sellers—. ¿Qué tiene que contarnos?

—Deja que te cuente yo todos los detalles —interrumpí.

—¡Al diablo con los detalles! —exclamó Sellers—. Quiero saber *su historia*.

—Naranjas, Frank —le repliqué—. Tenemos un límite de tiempo de veinticuatro horas. Tenemos que solucionar este caso en veinticuatro horas o de lo contrario perdemos dos mil machacantes. Primero me escuchas a mí y después empiezas tú con tus preguntas.

No esperé su consentimiento y empecé mi relato con todo lujo de detalles sobre el caso, comenzado con la visita de Corning a nuestra oficina y acabando con la última visita de Corning, y enseñando a Frank Sellers el documento que aquél había firmado. Lo único que no le referí fue mi viaje a Sacramento y el acuerdo a que había llegado con Lucille Patton.

Sellers escuchó hasta el fin, luego empezó a masticar su cigarro hasta reducirlo a tiras, de pie, con las piernas muy abiertas, el sombrero echado sobre la nuca y sus cuadrados hombros.

Se volvió bruscamente hacia Wanda Warren, quien se había sentado en la misma silla que había ocupado Corning poco tiempo antes.

—¿A qué se dedica usted? —preguntó.

—Soy modelo. Actriz. Me encargo de toda clase de trabajos.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—Cuando hay asamblea legislativa —expliqué yo—, ella trabaja con algunos de los cabilderos de Sacramento. Terminada la temporada, vuelve aquí.

—Ya entiendo, ya entiendo —dijo Sellers, y la miró de arriba abajo. Wanda le dedicó una seductora sonrisa, cambió de postura y

cruzó las piernas.

—Estamos tratando de negocios —declaró Sellers—. No intente hablarme con las piernas, Hable con la boca.

—¿Qué desea usted saber?

—Este caso no cayó por casualidad —dijo Sellers—. Usted ya conocía a ese Wells.

—No, no le conocía —negó la joven—. Se lo puedo asegurar, sargento. ¡Honradamente! Por lo que a mí se refería, era un trabajo más. Él llamó a la agencia y…

—Tendría que cerrarle de un tortazo su embustera boca —dijo Sellers—. Wells no la habría buscado para ese asunto sin saber con quién trataba. Él ya la conocía.

Wanda movió la cabeza.

—¡No me mienta! —rugió Sellers—. Estos amigos pueden asegurarle que cuando yo doy una palabra, la mantengo. Usted colabora conmigo y yo le ofrezco una salida. Usted me miente, y por el cielo, que procuraré que no vuelva a trabajar en esta ciudad nunca más, y que haré todo lo posible para que no trabaje en ciudad alguna.

Wanda quedóse meditabunda.

—Bájese la falda —le ordenó Sellers.

Ella se bajó la falda hasta cubrir sus rodillas.

—¡Empiece a hablar!

—Sí —afirmó, haciendo una profunda aspiración—. Yo… yo le conocía.

—Eso está mejor. ¿Cómo le conoció?

—Tenía intereses en el negocio.

—¿Quiere decir que trabajaba usted para él?

—En cierto modo, sí. Norwalk Lykens es el gerente, pero Wells tiene ciertos intereses en el negocio. No sé hasta qué punto. Sé que de cuando en cuando da órdenes y…

—¿Y de cuando en cuando le proporciona algún trabajito a usted? —preguntó Sellers.

Los ojos de Wanda se encontraron con los suyos.

—Sí.

—Ahora vamos mucho mejor —le dijo Sellers—. Vamos a ver, volvamos a aquello que ocurrió en Banning.

—¿Qué hizo él?

—Telefoneó a Lykens, y le ordenó que me buscara y que yo le llamara en seguida.

—¿Lo hizo usted?

—Lo hice.

—¿Y que sucedió entonces?

—Me dijo que fuera allí inmediatamente.

—¿Y qué sucedió?

—Entonces me explicó lo que tenía que hacer.

Sellers se acercó a la ventana, miró hacia el patio del edificio, se quitó de la boca los restos del cigarro y los arrojó al patio.

Volvióse hacia mí.

—Muy bien, tío listo —dijo—. Voy a hacerte unas cuantas preguntas a *ti*. ¿Por qué repetir la comedia?

—¿Tú que piensas?

—No pienso nada. Quiero que pienses tú.

—Aproximadamente dos horas y cuarenta y cinco minutos en ambos casos —contesté.

—¿Quieres decir que…? Ya te entiendo —asintió—. ¿Tiene un compás de división? —preguntó dirigiéndose a Bertha.

Bertha abrió el cajón de su escritorio y le entregó un compás.

—El mapa de California del sur —exigió Sellers.

Bertha abrió el cajón y le tendió el mapa.

—Dos horas y cuarenta y cinco minutos de viaje —concretó Sellers—. Cuarenta y cinco minutos para disponer del cadáver. Ello nos deja una hora para ir y otra para volver. Una hora con tránsito de ciudad digamos que representa unas cuarenta millas. De treinta y cinco a cuarenta millas… Vamos a buscar ahora donde vivía ese individuo, en Frostmore Road. Bien, aquí está, aproximadamente. Veamos ahora la escala de distancias. Pongo la abertura del compás en cuarenta millas… Bueno, situemos la punta del compás aquí, en la residencia de Frostmore Road, y tracemos una línea curva. Tiene un radio de cuarenta millas, Ahora busquemos Banning y tracemos la misma línea curva. Los puntos de intersección de ambas se halla en… ¡Mil diablos! ¡Qué listo eres! En los dos puntos de intersección no podrías enterrar ni un gato. Son distritos pobladísimos.

—Claro —afirmé.

—Bueno, ¿qué demonios estabas hablando, pues? Ésta era tu idea, ¿no es así?

Yo negué con la cabeza.

—Era la *tuya*.

—Bien, ¿qué se te ocurre a ti?

—Cuándo llamó el periodista —hablé—, Wells supuso que alguien preguntaría por su mujer. Más tarde pensó que otros podían hacer aún más preguntas. Si hacían preguntas en Banning, descubrirían que había habido una discusión, que se había oído un golpe, que él había salido y había vuelto al cabo de dos horas y cuarenta y cinco minutos, y que después no se había vuelto a ver a su esposa. Por lo tanto, se fue a Frostmore Road, y…

—¡Campanas del infierno! ¡Ya lo entiendo! —interrumpió Sellers, repentinamente excitado—. ¡Qué me ahorquen si no creo que has dado en el clavo!

—Creo que sí. De otro modo, no te habría telefoneado.

—¿Tienes algún plan?

Asentí.

—¿Qué necesitamos? —pregunto.

—Un linterna —dije.

—Ya la traigo.

—Pala.

—Ya la traigo.

—Bueno, ¿qué nos retiene aquí parados entonces?

—¡Absolutamente nada! —gritó.

Me dirigí a la pelirroja.

—Puede usted esperar aquí hasta que…

—Nada de eso —interrumpió Sellers—. Ella viene con nosotros. Esta niña no se acercará a un teléfono, no dejará ningún mensaje, ni hará jugarreta alguna. Vamos, hermana. Usted juega limpio conmigo y yo jugaré limpio con usted. Trate usted de gastarme alguna mala pasada, y seré el más terrible y feroz hombre con quien habrá tenido tratos en toda su desventurada vida. ¡Vamos, hombrecillo, andando!

capítulo dieciséis

EL sargento Sellers insistió en detenerse en San Bernardino.

—Debe haber cierto protocolo en este caso —ordenó—. Necesitamos un *sheriff*. ¿Crees que está en Riverside County?

—En San Bernardino —puntualicé.

—Muy bien, necesitamos, pues, un delegado del *sheriff*. El protocolo debe ser respetado.

Paró el coche, subió unas cuantas escaleras del edificio de la audiencia, y de pronto dio media vuelta y regresó al coche.

—Escúchame, hombrecillo —me dijo—, si todo esto resulta un bulo…

—¡Demonio! —exclamé—. Yo no puedo garantizar mis informes. Te doy una pista, eso es todo…

Sacó un nuevo cigarro del bolsillo, se lo introdujo en la boca y empezó a masticarlo mientras me miraba pensativo. Súbitamente dio media vuelta sin pronunciar palabra y volvió a subir las escaleras del edificio de la audiencia. Cuando regresó, venía acompañado de un delegado del *sheriff*. No se molestó en presentarnos.

Los dos policías se sentaron delante. Yo me metí detrás con Wanda Warren.

La joven me dirigió una mirada, me sonrió y se acercó a mí.

Yo le hice un ademán negativo.

—Feote —dijo ella—. Me sentía muy sola aquí detrás.

Sellers nos miró e hizo una mueca.

Cuando Wanda consideró haberles demostrado que era encantadora y cariñosa, acercó sus labios a mi oído y murmuró:

—Donald, ¿puede evitar que salga en los periódicos?

Yo me encogí de hombros.

Wanda se me acercó aún más.

—Inténtalo —susurró. Después sus labios rozaron mi mejilla y se retiró al otro extremo del asiento.

»¡Cielos! —exclamó—. ¡Nunca vi una colección de témpanos de hielo como ésta!

Atravesamos Banning.

—Indícame la dirección para llegar a la casa —dijo Sellers.

Le di las señas y se detuvo ante la casa.

—¿Cuál fue el vecino que oyó todo el jaleo?

Yo señalé la casa.

Sellers se volvió hacia el delegado del *sheriff*, y enarcó las cejas en signo de interrogación.

El delegado asintió.

—Espera aquí con la chica. Escúchame ahora, Lam, no permito ninguna broma. Quiero que esta chica siga aquí cuando yo vuelva, y no quiero que salga en absoluto del coche durante este rato. ¿Me entiendes?

Contesté afirmativamente.

Los dos policías se apearon y entraron en la casa.

—Donald —dijo Wanda Warren—, estos dos hombres pueden armarme un lío de todos los infiernos. Un poco de publicidad en los diarios de la que no me interesa, un poco de…

—Haré lo que pueda. No puedo prometer nada.

—Donald, quiero ir un momento a los lavabos de aquella estación de servicio.

Yo me eché a reír.

—No tiene derecho a impedírmelo.

—No quiera, intentarlo —dije—. Pórtese bien con Sellers y le echará una mano.

—¿Cree que lo hará?

—Siempre y cuando juegue limpio.

Wanda lo meditó durante unos momentos.

—Muy bien —le dije—. Supongamos que empieza a contarme lo de Yvonne Clymer.

—Es una de nosotras —dijo ella.

—¿Una de las modelos?

Wanda asintió.

—¿Fue allí donde la conoció Wells?

—No, ya la conocía antes. Él la empleó en el negocio.

—¿Y después?

—Al cabo de un tiempo empezaron a vivir juntos. No estaban casados.

—¿Y luego?

—Creo que empezaron a disputar. Les fue perfectamente mientras ella sólo era modelo, pero cuando trató de convertirla en ama de casa…, las cosas no funcionaban bien.

—¿Dónde está ella ahora, Wanda?

Wanda apartó rápidamente su mirada de la mía.

—¿Dónde está? —repetí.

—Quisiera saberlo.

—¿Dónde cree que está?

—Yo…, Donald, no lo sé.

—¿Qué le dijo Wells?

—Al principio no me contó nada. Me había hecho ir allí en un santiamén. Me manifestó que tenía que hacerme pasar por su esposa.

—¿Explicó por qué?

—Sí.

—¿Qué le contó?

—Se trata de una larga historia, Donald. Estaba relacionada con un divorcio en Méjico. Declaró que estaba casado. Yo lo sabía ya, por lo que Yvonne me había contado. Dijo que su mujer era una arpía, que era una perra que defendía su hueso, que ella nunca le concedería la libertad, pero que tampoco regresaría a vivir con él. Dijo que le tenía apartado de sus chiquillos y que envenenaba sus mentes contra él.

»Tramitó unos cuantos papeles en Méjico y obtuvo el divorcio. Era uno de esos divorcios de papel que sospecho que carecen de todo valor, pero…, bueno, supongo que valía más aquello que nada.

—Prosiga. ¿Qué sucedió?

—Entonces él e Yvonne empezaron a vivir juntos.

—Eso no justifica todavía el por qué quería él que usted se hiciera pasar por su esposa.

—Wells creía que su primera esposa armaría jaleo. Me parece que sospechaba que iban a entregarles alguna citación a él y a Yvonne. Sospeché que yo iba a pasar por Yvonne y que un repartidor de citaciones me entregaría alguna a mí. Entonces, en el

momento oportuno, él demostraría que el repartidor había cometido un error.

—¿Esto fue lo que le contó?

—En efecto.

—¿Y dónde estaba Yvonne?

—Dijo que se había ocultado, y que se mantenía a cubierto.

—¿No hizo usted preguntas?

—No conozco muy bien a Drury Wells, Donald. Una no hace preguntas… si es una chica cuyo empleo depende de su antojo.

—¿Su empleo depende de los antojos de Wells?

—En cierto modo sí. Es uno de los propietarios de la agencia, y cuando quiere, sabe ser cruel. Una de las chicas… Bueno, lo que le ocurrió no fue nada agradable.

—¿Qué le ocurrió?

—Se negó a aceptar ningún trabajo de la agencia, y cuando trató de trabajar por su cuenta, Wells intervino y la chica fue arrestada, y… Desde luego, ella no pensó lo que iba a ocurrirle.

—¿Qué le ocurrió?

—La denunció a la Brigada de Estupefacientes, y éstos si que le echaron el guante. Encontraron marihuana en su piso, pero a mí me consta que ella no tomaba drogas.

—¿Pero cómo esperaba Wells que usted se las arreglase con los vecinos?

—¿No comprende, Donald, que acababan de trasladarse allí? Sólo habían estado allí un día. Ivonne no se había encontrado aún con ningún vecino. La habían visto, pero nada más. Yvonne y yo nos parecemos bastante. Tenemos ambas la misma estatura, la misma complexión, el mismo color de cabello. Sus ropas me sientan bien. A ella también las mías.

»Por consiguiente, me trasladé allí y pasé por su esposa, y casi en seguida aquello trascendió a los periódicos. Drury no sabía que hacer, pero telefoneó a Yvonne, e Yvonne le dijo que siguiera adelante y continuara con la comedia.

—¿Telefoneó él a Yvonne?

Wanda asintió.

—¿Está segura? ¿Oyó usted aquella conversación?

—Sí.

—¿Habló usted con Yvonne?

—No, pero oí cómo Wells hablaba con ella.

—¿Qué día era?

—El primer día en que yo empecé a pasar por su mujer.

—¿Habló por el teléfono que había en la casa?

—Sí.

—¿Qué clase de conversación era? ¿Amistosa o más bien…?

—Oh, *muy* amistosa.

—¿Y dónde está ahora Yvonne?

—Sigue escondida.

—Usted y Wells se marcharon de aquí muy de repente, ¿no es así?

—Sí.

—¿Por qué?

—Él pretendía desorientar a los que trataban de entregamos las citaciones.

—Vamos a ver, Wanda —dije—, ¿usted se traga esa historia?

—En aquellos momentos… sí.

—¿Y ahora? —pregunté.

—Ahora, yo…, bueno, no lo sé. Había algo raro en todo aquello: hacerme marchar después de nuestra llegada a Frostmore Road, y regresar después, y además leí en el periódico su querella contra usted y su socio. Tengo miedo de que todo esto sea alguna especie de estafa.

—¿Y si lo es?

—Entonces estoy mezclada en ella, y no quiero verme mezclada.

—Wanda, míreme —dije.

Me miró. De pronto sus ojos adquirieron una mirada dulce y afectuosa.

—Me gustas, Donald —me confesó de un modo seductor.

—Es tan experta en estas lides, que le sale casi a la perfección —repliqué—. No lo intente. No hay tiempo para estas cosas. ¿No se le ha ocurrido que puede tratarse de un caso de asesinato?

Wanda se estremeció como si yo la hubiera golpeado, y evitó mi mirada.

No tuvo tiempo de contestar a mi pregunta, pero yo no necesitaba respuesta. La puerta de la casa se abrió, y Sellers se acercó lentamente al automóvil. Abrió la puerta de par en par.

—Vengan adentro —ordenó.

—¿Yo? —preguntó Wanda, levantando sus bien dibujadas cejas con un exagerado gesto de sorpresa.

—Los dos —dijo Sellers.

Le seguimos a la casa. Sellers abrió la puerta como si él viviera allí, y dijo:

—Adelante.

Fuimos tras él hasta llegar a la sala. Los Boswell se hallaban sentados allí con el delegado de San Bernardino, y se les veía claramente intranquilos.

—¿Es ésta la muchacha? —preguntó Sellers.

—¡Hola! —exclamó alegremente Wanda dirigiéndose a los Boswell.

—*¡Ja, ja!* ¡Ésta es la muchacha! —dijo Amanda.

—Mírela detenidamente —invitó Sellers.

—¡Es ella!

Sellers se volvió hacia Oscar Boswell.

Boswell asintió enfáticamente.

Sellers frunció el ceño, sacó un cigarro del bolsillo, se lo metió en la boca, lo mordió salvajemente y dijo:

—Ahora sí que las has hecho buena, hombrecillo.

Yo no repliqué.

Sellers y el delegado de San Bernardino cambiaron una mirada. Sellers dio una brusca media vuelta y exclamó:

—Muy bien. Esto es todo lo que necesitábamos de ustedes, señores. —Nos hizo un ademán con la cabeza y dijo—: Andando.

Nos dirigimos al coche.

Sellers apretó violentamente el embrague e hizo describir al coche una curva cerrada.

—¿Adónde vamos ahora? —pregunté.

—¿Adónde diablos crees? Voy a acompañar a Jerry a San Bernardino. Después regresaré a casa. Y la próxima vez que me vengas con alguna de tus genialidades, voy a…

—Sigue esta dirección y se reirán de ti en todo el cuerpo de policía. Da la vuelta y ve en dirección contraria, hacia Veintinueve Palmeras.

—¿Para qué? —preguntó.

—A ver si lo adivinas —contesté.

Continuó en la misma dirección durante dos minutos. Después,

el coche perdió velocidad. Dio la vuelta y se me quedó mirando, estudiando mi rostro a la luz menguante y masticando su cigarro.

El delegado de San Bernardino permanecía con el rostro vuelto hacia delante. Su actitud demostraba que no le interesaba yo ni ninguna de mis ideas.

—A la altura a que has llegado —le dije a Sellers—, una hora y media más no representará gran diferencia.

Sellers reflexionó durante un momento. Miró al delegado y le dijo:

—¿Qué te parece, Jerry?

—No me parece gran cosa —respondió el delegado.

Sellers inició de nuevo la vuelta, pero de pronto realizó una maniobra contraria. Me miró por encima de su hombro.

—Voy a llegarme allí, hombrecillo, no porque piense que sabes lo que te haces, sino porque no pienso dejarte ningún punto de escape. Esta vez no podrás apoyarte en nada.

Dentro del coche podían oírse chispear las corrientes de enemistad y desconfianza.

Wanda Warren trató de aminorar la tensión diciendo con su voz más aterciopelada:

—¿Cuándo comeremos?

—¡No comeremos! —exclamó Sellers, y puso la aguja del indicador de velocidades en el límite.

Antes de llegar a Cabazon encendimos los faros. Había un magnífico crepúsculo sobre el desierto, carmesí hacia el oeste, el nevado pico de San Jerónimo de un rosa resplandeciente, y hacia el este un cielo de color malva oscuro. Yo era el único que observaba el crepúsculo. Sellers, con sus anchos hombros formando un ángulo agresivo, conducía el coche de la policía como si fuera un cohete que atravesara la noche.

—Al llegar a Veintinueve Palmeras, cambia de rumbo —le indiqué.

No dio muestras de haberme oído, pero al llegar al cruce giró hacia la izquierda y empezamos a remontarnos sobre el Valle de Morongo hasta llegar a Yucca.

—Aquí tenemos que encaminarnos por la izquierda —le dije—. No corras demasiado para que yo pueda orientarme.

Resultó una tarea difícil encontrar las polvorientas carreteras

después de oscurecido. Sabía que si nos despistábamos, el delegado de San Bernardino creería que yo había estado tratando de ganar tiempo, y no le costaría mucho convencer a Sellers.

Observé atentamente todas las intersecciones de la carretera, inclinado hacia delante con mi antebrazo apoyado en el respaldo del asiento delantero para gozar de una mejor visibilidad.

Wanda Warren se acercó y cogió mi mano derecha entre las suyas. La retuvo como si le diera una sensación de seguridad, estrechándola de vez en cuando.

La suerte me acompañó. Me acordaba de todos los cruces y, finalmente, los faros iluminaron el pequeño y maltrecho camino que conducía a la ruinosa cabaña.

—¡Por aquí! —le indiqué a Sellers.

Dio la vuelta. Las luces iluminaron la agujereada puerta con el parche de lona.

—Enfoca tus luces hacia la parte posterior de la cabaña —le dije —. Hay un pequeño montón de tierra que quiero que ilumines bien… No, demasiado hacia el Sur. Retrocede un poco y enfoca algo más hacia el Norte. ¡Espera! ¡Allí está! Un poco demasiado lejos. Atrás. ¡Magnífico, eso es! Vamos allá.

Me apeé del coche. Los demás me siguieron. Los guié hasta llegar a la plataforma de madera.

—Tenemos que levantar esto —dije.

Sin decir palabra, Sellers se agachó, cogió con sus fuertes manos una esquina de la pesada plataforma, la levantó y la apartó a un lado.

—Cuidado con caerse —advertí.

Sellers se alejó del negro agujero que había quedado al descubierto.

—Échame una mano, Jerry —rogó—. Pondremos esto a un lado. Quiero enterarme de todo este asunto.

Separamos del todo la plataforma del cuadrado pozo.

—¿Tienes la linterna? —preguntó Sellers.

Jerry le dio la linterna, y Sellers la enfocó directamente al fondo del pozo.

—Muy bien —opinó Sellers—. ¿Qué es esto?

—Lo que buscábamos —contesté.

El delegado de San Bernardino se inclinó ante el pozo,

contempló pensativo el fondo, y después tanteó la escalera.

—Voy a bajar —dijo.

—De acuerdo —asintió Sellers—. Éste es tu distrito.

El delegado probó los peldaños de la escalera, e inició el descenso lentamente, pulgada a pulgada, con la cabeza baja, para que el ala de su sombrero le protegiera los ojos del haz de la linterna que Sellers enfocaba hacia el fondo.

—Te hago responsable de la chica, Donald —me dijo Sellers—. No apartes la vista de ella. No quiero que haya ningún desliz en este asunto.

—¿Qué cree usted que voy a hacer? —preguntó Wanda—. ¿Escaparme a través del desierto?

—¿Por qué no? —replicó Sellers.

Observamos el lento descenso del delegado por el profundo pozo, bajando con mayor rapidez a medida que se convencía de que los peldaños de la escalera ofrecían aún solidez.

Tenía una lámpara de bolsillo, y cuando llegó al fondo, vimos el haz de luz enfocado en varias direcciones.

—Necesitaré aquella pala —gritó desde el fondo.

—En seguida —contestó Sellers.

Ató un cordel al mango de la pala, y la hizo descender por el pozo hasta que llegó al fondo.

Oímos la voz del delegado anunciando que ya la tenía, y después el ruido de la pala contra una piedra; luego hubo un silencio que duró un minuto. De pronto, volvió a oírse la voz de Jerry:

—Ya subo, sargento.

—¿Qué has encontrado? —gritó Sellers.

—Te digo que ya subo —respondió el delegado.

Sellers siguió enfocando con la linterna. Observamos cómo subía el delegado. Sellers lo cogió por los sobacos y le izó tan pronto como llegó al nivel del suelo.

—Ven un momento —le dijo el delegado.

Se alejaron hasta que sus voces no fueron más que un murmullo, y hablaron durante un minuto y medio.

Al cabo, Sellers regresó.

—Jerry va a quedarse aquí —declaró—. Nosotros nos vamos a Yucca.

—¿Qué pasa? —preguntó Wanda Warren—. ¿Qué sucede?

—Nada —contestó Sellers encaminándose hacia el coche.

—Nos sentaremos los tres delante —indicó. Después se volvió repentinamente hacia mí y exclamó—:

—Muy bien, hombrecillo. ¡Tú ganas!

Estrechó mi mano entre la suya, y en la fuerza de su apretón mostró cuán grande era su alivio.

Llegamos a Yucca. Era uno de aquellos sitios donde todo se cierra al oscurecer, pero encontramos una cabina telefónica, y Sellers pudo efectuar un par de llamadas.

—Tengo que llamar a un par de sitios —le dije cuando acabó de hablar.

No hizo objeción alguna.

Llamé al periodista de Banning que me había dado la pista.

—Póngase en contacto con el periódico de San Bernardino —le indiqué—. Dígales que inmediatamente empiecen a vigilar la oficina del *sheriff*, y si viene usted a Yucca y abre los ojos, probablemente Se enterará de algo interesante.

—¿De qué se trata?

—De algo importante.

—¿Vale la pena de que vaya esta noche?

—Una historia de primera —le aseguré—. Procure hablar con su director de San Bernardino y dígale que mande inmediatamente a un hombre para que vigile la oficina del *sheriff*.

Colgué y llamé al *Dartmouth Hotel*.

La suerte seguía acompañándome. Corning se hallaba en su habitación.

—Aquí Donald Lam —le dije—. He encontrado a Mrs. Wells.

—Sí, sí —contestó—. ¿Dónde está usted, Lam?

—En este momento me encuentro en un lugar llamado Yucca, en la carretera que va a Veintinueve Palmeras.

—¿Qué diablos está haciendo allí?

—Es el teléfono que queda más cerca.

—¿Dice que ha encontrado a Mrs. Wells?

—Sí.

—¿Dónde?

—Creía que sabía usted dónde estaba aquel terreno de Aaron Bedford, al oeste de Yucca.

—¿Y qué si lo sé?

—Mrs. Wells está allí.

—¡Qué va a estar!

—Se lo aseguro.

—Oiga, Lam —habló Corning—, no nací ayer. Tiene usted a esa chica consigo desde éste mediodía. ¿Qué diablos significa irse allí para decirme que la ha encontrado?

—Cuando venga usted, se lo explicaré.

—No pienso emprender ese viaje de noche.

—Allá usted —le dije—. Yo he cumplido con mi deber. Ya le he comunicado que ella se encuentra allí.

—¡Maldición! —gritó—. Podía usted traérmela a mi habitación veinte minutos después de firmar yo la promesa de que le concedería la prima. Usted…

—¿Tiene ganas de discutir? —pregunté—. ¿O prefiere ver a Mrs. Wells?

—Prefiero verla.

—Entonces venga volando —le dije, y colgué el aparato.

Volví al coche, donde Sellers estaba hablando con Wanda Warren.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté.

—Irnos la comer —dijo él.

Había un pequeño restaurante que permanecía abierto y comimos un bistec bastante pasable con patatas fritas. Sellers se bebió tres tazas de café y habló muy poco. Wanda Warren estaba asustada, pero trataba de explotar sus atractivos con Sellers. Era como si estuviera tratando de seducir a una nevera.

Regresamos a nuestro terreno.

El coche se detuvo, apagamos los faros y detuvimos el motor. La linterna de Jerry aparecía como una luciérnaga en la oscuridad. Vino hacia nosotros.

—¿Todo arreglado? —preguntó.

—Todo arreglado —respondió Sellers—. Coge el coche, vete a Yucca y come alguna cosa, y será mejor que tomes un buen café. Tú guiarás a los demás cuando lleguen aquí.

—Perfectamente —asintió Jerry—. Esta maldita lámpara se estaba ya agotando.

—Cogí unas cuantas pilas y otra linterna en Yucca —le dijo Sellers.

Jerry puso en marcha el coche y se perdió en la oscuridad.

Encontré unos cuantos troncos de palmeras muertas, unos cuantos matorrales secos y unas pocas raíces, y con ellos improvisé una hoguera.

Resultaba un fantástico espectáculo, las llamas del fuego lanzando sombras danzarinas, iluminando el torvo semblante de Frank Sellers silencioso y pensativo. Wanda Warren manifiestamente atemorizada, en un rincón donde la única arma de que disponía siempre, resultaba inútil.

Wanda cambiaba de vez en cuando de postura, ya echándose de costado sobre la arena, ya apoyándose en el codo, con la barbilla en la palma de su mano y dejando que el resplandor del fuego hiciera resaltar sus curvas.

Sellers ni siquiera la miraba. Ella adoptaba distintas poses. De cuando en cuando exhibía durante un instante las piernas, y después, con repentina modestia, cuando estaba segura de que había habido el tiempo suficiente para echarles una ojeada, se bajaba púdicamente la falda.

Lo mismo podría haber sido una figura de madera.

Una o dos veces me miró de un modo patético. Yo le sonreí afectuosamente y dejé las cosas igual que estaban. La mayor parte del tiempo me la pasé en el desierto, en busca de más leña.

Las estrellas brillaban esplendorosamente sobre nuestras cabezas. El fuego formó un reducido círculo de calor cuyo radio no alcanzaba más que a muy poca distancia. El frío del desierto dejábase sentir cada vez más cerca.

Al poco rato tuvimos que ponernos de pie y exponer al calor del fuego, primero nuestras espaldas y después dar media vuelta. Continué acarreando más y más leña.

Divisamos unas luces en el desierto, y cuatro autos llegaron por la carretera, con los haces de sus faros danzando arriba y abajo, conforme las ruedas iban pasando sobre los promontorios y los baches de aquellos infames caminos.

La procesión de coches se adentró en el terreno, con Jerry a la cabeza, que conducía el auto de Frank Sellers.

Los hombres se pusieron a trabajar en equipo, con bien entrenada coordinación. Instalaron un reflector, levantaron un trípode sobre el pozo y amarraron a él un cabrestante con una

polea, y finalmente un saco de lona que sujetaron con garfios de acero.

Salí a recoger más leña.

Llegó a gran velocidad el auto de un periódico. Se apeó un fotógrafo y empezó a deslumbrar a todos con los disparos de su *flash*. El corresponsal que yo había conocido en Banning llegó y me dio un apretón de manos.

Descendieron unos cuantos hombres al pozo. Podíamos oír voces y gritar las órdenes. Por fin, se dio una señal y los hombres empezaron a tirar de la cuerda que, pasando por la polea, llegaba al pie del trípode.

Al poco rato, apareció el saco de lona. El forense se inclinó sobre él. Entonces alguien trajo una manta.

Consulté mi reloj. Era medianoche. Toda la operación se había realizado tan eficientemente, que uno no se daba cuenta de todos sus detalles, y del tiempo que por fuerza, había requerido.

Me fijé en un resplandor procedente del desierto, después observé un destello de faros que aparecía y desaparecía, mientras un coche se hundía alternativamente en los profundos baches y volvía a ascender al nivel normal. Llevaba bastante velocidad.

—Muy bien, hombrecillo, ya hemos terminado nuestra tarea —dijo Sellers.

—Un momento —contesté—. No te muevas de mi lado. Necesito un testigo.

—¿Para qué? —preguntó.

—Para lo que va a suceder —repuse.

El auto arribó a buena marcha, dando tumbos. Cuando el conductor llegó a un punto desde el que se podían ver las luces que rodeaban la cabaña, le dio de veras gas al motor. El coche viró violentamente al llegar al terreno, en medio de una nube de arena, y frenó en seco.

Se apagaron las luces, y divisé la corpulenta silueta de Corning apeándose con viveza del vehículo.

Me adelanté a recibirle.

—¿Qué diablos ocurre, Lam? —me preguntó indignado.

—He localizado a Mrs. Wells. Eso es todo —le dije.

Su mirada se paseó de mí al grupo de hombres: que estaban arrollando las cuerdas y desmontando el trípode, y al cabo sus ojos

se posaron en Wanda Warren.

Con unas cuantas zancadas se puso a su lado.

—¿Qué tal, querida? ¿Cómo está usted? —la saludó—. Ya me pareció conocerla. Vi su fotografía en el diario, ¿sabe?

Wanda sintió tal sensación de alivio al encontrar a alguien deseoso de prestar atención a su persona, que se dio media vuelta en un santiamén.

—¿De veras? —dijo—, sonriendo y parpadeando.

—Está usted cometiendo un error, Corning —intervine yo.

—¿Qué diablos quiere usted dar a entender? —me preguntó por encima del hombro.

—Ella no es Mrs. Wells —aclaré—. Es Wanda Warren.

Echó un vistazo a su alrededor y dijo:

—Es la única mujer que hay aquí.

Señalé el lugar donde una manta cubría el saco de lona.

—No, no lo es —negué—. Aquí está Yvonne Clymer, conocida a veces con el nombre de Yvonne Wells.

Me planté allí y de un tirón quité la manta, antes de que nadie pensara en detenerme.

La fresca y uniforme temperatura del fondo del pozo había retrasado hasta cierto punto la putrefacción, pero el cuerpo yacía desnudo e hinchado.

Lawton C

. Corning contempló un instante aquellas facciones deformadas por la muerte, se precipitó hacia la oscuridad que reinaba algo más lejos, y se mareó de forma violenta y audible.

Le dejé dando arcadas.

Sellers se acercó a mí.

—¿Dónde está Wells? —preguntóme.

Me encogí de hombros.

Le acompañé hasta donde estaba Wanda Warren.

—¿Dónde se encuentra Wells? —preguntó.

Wanda movió la cabeza.

—¡No me venga con movimientos de cabeza! —gritó Sellers—. La meteré en la fresquera, no será bajo ningún cargo de vagancia. La encerraré como cómplice en un asesinato. ¿Dónde está Drury Wells?

—Honradamente, no lo sé —contestó Wanda—. Todo lo que sé

es que es un socio de la agencia. Tal vez pueda decírselo Norwalk Lykens. Yo no.

—¿Cuándo le vio por última vez?

—Hace… un par de días. Me dijo lo que tenía que hacer, me dio instrucciones concretas y una llave del lugar.

—Creo que le podremos encontrar —declaré.

—¿Cómo? —preguntó Sellers.

—Ven conmigo —le dije—, y te lo enseñaré.

Salí al encuentro de Lawton Corning, quien se dirigía tambaleándose a su coche. Abrió la puerta del automóvil, buscó en el departamento de los guantes, sacó un frasco y tomó un buen trago.

—Puede usted venir a mi oficina mañana, para liquidar —le dije.

Se enjugó la boca con el revés de la mano, y atornilló el tapón del frasco.

—¿Liquidar el qué?

—Nuestros honorarios por haber hallado a Yvonne Clymer.

Me miró como si le hubiera atizado un puñetazo en el estómago.

—¡Cómo se atreve, usted…, trapisondista enredón! ¡Yo no puedo hacer negocios con un cadáver!

—Su contrato no precisa nada sobre encontrarla viva. Usted era el que se reía de mí. Ya le advertí que podía morirse riendo. Continúe riéndose, pero quiero verle en mi oficina mañana por la mañana, y provisto de su talonario de cheques.

—¡Me presentaré con mi abogado! —rugió.

—Que sea bueno —le recomendé—, lo necesitará usted.

—¡No lo sabe usted bien, maldito sea! —exclamó—. Y cuando haya terminado de hablar con usted, no se creerá tan listo.

Intervino Sellers.

—Ya basta, hombrecillo, larguémonos. Nos llevaremos a la chica. Puedes discutir otro rato con este fulano.

El nuestro fue el primer coche que inició el regreso.

Sellers dio toda la calefacción y dijo:

—Estoy helado hasta los tuétanos.

—Podemos tomar un poco de café en Banning —insinué.

Sellers asintió y quedamos en ello.

Wanda Warren se acurrucó junto a mí, y de nuevo sus dedos

buscaron a tientas mi mano.

Tomamos café en Banning.

—Muy bien, hombrecillo —dijo Sellers—. ¿Qué tenemos que hacer?

Miré a la chica e hice un ademán negativo.

—Perfectamente —convino Sellers—, en marcha.

Salimos a la acera. Sellers hizo entrar a la muchacha en el coche, se volvió repentinamente hacia mí, y cerró con fuerza la puerta.

—¿Qué hacemos, Lam?

—Tiene un hermano dentista —dije—. Carleton Wells. Carleton puede ponerse siempre en contacto con su hermano, si ello le parece necesario.

Sellers se me quedó mirando y lentamente una sonrisa se extendió por su rostro.

—¿Qué diablos estamos esperando? —preguntó.

Entramos en el coche, Sellers apretó a fondo el acelerador e hizo que la aguja del indicador de velocidades rondara por encima de las setenta millas.

—¿Me lleva a casa? —le preguntó Wanda Warren con su mirada más seductora.

—¡Oh, claro que si! —respondió sonriendo Sellers—. ¿Dónde está su casa?

Ella le dio la dirección de su piso.

—Quiero que hable usted primero conciertas personas —la advirtió Sellers.

—¿No serán periodistas? —preguntó Wanda.

—No, desde luego que no —denegó Sellers—. Se trata de una mujer, una mujer realmente encantadora.

—¿Cómo se llama? —preguntó Wanda Warren.

—Llámela simplemente «matrona» —replicó Sellers—. Es el único nombre que *usted necesita* saber.

capítulo diecisiete

EL doctor Carleton Wells vivía en una casita muy bien acondicionada con un pulcro y bien cuidado jardín, situada en un barrio que estaba lleno de unas confortables casitas, todas ellas con jardines limpios y bien cuidados.

Pertenecían a aquellas gentes que tienen dos automóviles en su garaje, y que continúan con sus actividades sociales a pesar del matrimonio. Las mujeres tenían niñeras a su servicio y asistían a reuniones y bailes en sus clubs. Los hombres se conservaban esbeltos de cintura y bronceados, como resultado de sus partidas de golf los domingos por la mañana. Era un lugar en el que rara vez se detenía un coche de la policía.

Sellers detuvo su auto ante la casa de los Wells. Subimos hasta la puerta y Sellers oprimió el timbre con el dedo pulgar. En el interior de la casa sonó un carillón. Sellers pulsó el timbre una y otra vez, a intervalos regulares para que las campanas no dejaran de sonar.

Se encendió una luz en una habitación del piso. Se abrió una ventana y apareció en ella un hombre.

—¿Quién es?

—La policía —contestó Sellers.

—¿Qué ocurre?

—Queremos hablar con usted.

—¿Sobre qué?

—¿Quiere que se lo explique a los vecinos? —preguntó Sellers.

La ventana se cerró de golpe. Se encendió una luz en el vestíbulo. Se oyeron pasos en la escalera interior. La puerta se entreabrió dejando un espacio de dos pulgadas, y después quedó trabada por una cadena de seguridad. Una atemorizada voz preguntó desde el otro lado de ella:

—¿Puedo ver sus credenciales, por favor?

Sellers sacó una cartera de piel de su bolsillo, y la abrió, exhibiendo su insignia y su carnet. Lo introdujo a través de la abertura.

Un momento después era soltada la cadena de la puerta.

El doctor Wells era un hombre estrecho de hombros, asustado, que daba la impresión de sufrir una úlcera. Llevaba una bata sobre el pijama y calzaba zapatillas.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—¿Tiene algún parentesco con Drury Wells?

—Es mi hermano.

—¿Dónde está?

—Lo ignoro.

Sellers acabó de abrir la puerta y entró. Yo le seguí.

—Encienda las luces —dijo Sellers.

El doctor Wells encendió las luces. Entramos en una sala de estar.

—¿Quieren ustedes… beber algo? —invitó el doctor Wells, aclarando su garganta.

—Estoy de servicio —dijo Sellers—. ¿Dónde está su hermano?

—Le aseguro que lo ignoro. Sé algo de él de vez en cuando, pero no sé dónde está ahora.

—¿Cuándo tuvo usted noticias suyas por última vez?

—Poco más o menos, hace una semana.

—¿Dónde se encontraba entonces?

—No lo dijo… Verá, tiene algunos conflictos domésticos y se mantiene, como si dijéramos, fuera de la circulación.

—¿Sabe usted cómo encontrarle?

—Me telefonea a intervalos.

—¿Con qué frecuencia?

—A veces transcurre un mes sin que reciba noticias suyas. Otras veces las tengo cada dos o tres días. Ya comprenderá usted, sargento, que se trata de mi hermano. Pero no existe gran simpatía entre él y yo. Creo que se ha portado de una manera vergonzosa con su esposa y sus pequeños. Sólo los ayuda cuando resulta absolutamente necesario hacerlo. Él alega que su esposa no se muestra razonable al oponerse al divorcio y… Bueno, está tratando de hacerle pagar su negativa. Yo no lo apruebo.

—¿Cómo puede usted ponerse en contacto con él? —preguntó

Sellers.

—Ya le he dicho, sargento, que no puedo. Realmente no sabría cómo hacerlo… Supongo que le buscan por no prestar ayuda a su familia.

—Se le busca por asesinato —declaró Sellers.

—¿Qué?

—Ya me ha oído usted. Por asesinato.

—¡Pero eso es imposible!

Sellers buscó un cigarro en su bolsillo y se lo metió en la boca.

—Vamos a ver —dijo—, ¿pretende usted escudar a un individuo que es buscado por asesinato? Puede resultar un asunto muy malo, y yo soy el muchacho que cuidaría de ello. ¿Me ha comprendido?

El doctor Wells asintió.

—Bien. Vuelvo a preguntarle: ¿Dónde está?

Wells negó con la cabeza.

Yo me levanté de pronto.

—¿Qué te ocurre ahora, hombrecillo? —dijo Sellers por encima de su hombro.

—Tengo una idea —contesté.

—¡Seguro que es buena! —exclamó.

—Voy a marcharme —dije—. Creo que tengo una pista.

Sellers me lanzó una mirada, y volvióse de nuevo a Wells.

—Tú te quedas aquí, Lam.

—Te digo que he encontrado una pista —afirmé, y salí de la sala de estar.

Una mujer en bata y camisón estaba escuchando desde las escaleras. Al aparecer yo en el vestíbulo, lanzó un gritito de sobresalto y se escurrió escaleras arriba con toda la rapidez de que fue capaz.

Me dirigí a la puerta de entrada, la abrí y volví a cerrarla con ruido, después fui de puntillas hasta un armario guardarropa, abrí la puerta, empujé a un lado unos cuantos impermeables y un paraguas, me pegué al fondo para que la puerta pudiera cerrarse, y la cerré casi del todo, dejando abierta tan sólo una estrecha rendija.

—Quiero encontrar a Drury Wells, y no tolero subterfugios —oí cómo decía Sellers.

—No es ningún subterfugio, sargento.

—Perfectamente —respondió Sellers—. Voy a regresar a las

oficinas. Creo que está usted escudando a su hermano. Le doy quince minutos para cambiar de actitud. Puede llamar a las oficinas centrales y preguntar por Homicidios. Indique que desea hablar con el sargento Sellers.

Oí el ruido que produjo Sellers al levantarse de la silla y después sus pasos a través de la sala, del vestíbulo, ante el armario en el que yo estaba escondido, y afuera, en el porche de entrada. Oí cómo el coche se ponía en marcha.

Una asustada voz de mujer habló:

—Carl, tendrás que decírselo.

No hubo respuesta desde la sala. La mujer bajó por la escalera. Oí marcar un número en el teléfono. La mujer pasó ante mi escondrijo y entró en la sala de estar.

—Carl, no puedes negarte. En un caso como éste, tienes el deber de…

Resultó evidente que alguien contestaba a la llamada telefónica. Le oí decir:

—Drury, ¿en qué lío te has metido esta vez?

Hubo un silencio que duró un minuto, después volvió a hablar:

—La policía acaba de venir aquí buscándote… No, dicen que no se trata de eso… Pertenecían a Homicidios. Afirman que es una acusación de asesinato… —Silencio de nuevo. Después el doctor Wells dijo—: No voy a poder protegerte por más tiempo, Drury. Te doy veinticuatro horas y esto es todo.

Colgó el teléfono. Oí que Wells y su mujer sostenían una breve conversación, luego apagaron las luces y subieron al piso.

Esperé durante cinco minutos, avancé de puntillas por el vestíbulo, encontré la cadena de la puerta, la desprendí, abrí la puerta, salí al porche y cerré la puerta tras de mí. Bajé las escaleras del porche, crucé el césped en dirección a la acera de la calle, y me escurrí rápidamente por la acera, preguntándome si tendría que andar mucho antes de encontrar un taxi.

Aparecieron en la esquina los faros de un auto. Éste se acercó con rapidez. Di la vuelta para ver el coche, y los faros iluminaron la acera. El auto se detuvo ante ella. Se abrió la puerta y Sellers me dijo:

—Sube, hombrecillo.

Subí.

—¿Qué has hecho? —preguntóme.

—¿Sabías lo que iba a hacer? —le pregunté.

—Dejé que lo hicieras, ¿no es así?

No encontré respuesta.

—¿Telefoneó? —preguntó Sellers.

—Telefoneó —contesté.

Sellers hizo describir media vuelta al coche en mitad de la manzana, y enfiló de nuevo la casa de Wells.

Nuevamente sonó el carrillón.

El doctor Wells bajó echando chispas.

—¡Esto es un ultraje! —exclamó—. ¡Esto…!

Sellers se acercó a él, le agarró por el cuello de la bata y retorció la tela contra su garganta, empujándole violentamente contra la pared.

—Vamos a ver —preguntó Sellers—, ¿a qué número llamó apenas yo me hube marchado?

—No llamé a ningún número.

Sellers apartó de la pared al hombre, intensificó su presa y le volvió a estampar contra la pared con tal fuerza, que la casa retembló.

—Vístase —le ordenó—. Queda usted detenido.

—¿Por qué?

—Por transigir con un delito. Cómplice después del hecho, en un asesinato. Por el camino buscaré unas cuantas acusaciones más. Voy a hacer que se le caiga el pelo.

—Le juro que no llamé a nadie. Yo…

Sellers me miró.

—Está mintiendo —afirmé.

—No es cierto. Yo no…

—¿Puso usted la cadena en la puerta cuando volvió a su dormitorio, no es verdad? —le pregunté.

Me miró con una peculiar expresión en los ojos.

—Sí —dijo.

En el piso de arriba, un niño empezó a llorar.

—Y, sin embargo, estaba suelta cuando usted bajó a abrir hace un momento —le recordé—. Piense en lo que ello significa.

Sellers señaló con la cabeza hacia el piso superior.

—¿Cómo van a sentirse su mujer y sus hijos cuando vean

mañana su fotografía en todos los periódicos? Usted y su precioso hermano detenidos por asesinato. ¿Qué pensarán sus amigos? ¿Qué repercusiones tendrá en su carrera? Sus compañeros de golf se sentirán orgullosos de usted, ¿no es así?

El doctor Wells pareció encogerse dentro de su bata.

—Vístase —le ordenó Sellers.

—Sargento, yo… yo le explicaré. Yo…

—¡Vístase! —repitió Sellers.

—Le puedo explicar que yo…

—Muy bien —concluyó Sellers—, venga tal como está.

Empezó a arrastrarle hacia la puerta.

—¡No, no, no! Me vestiré.

—Subiré con usted —decidió Sellers.

Sellers le siguió por la escalera. Oí sollozar a una mujer y a un niño, después Sellers y el doctor Wells bajaron.

—No puede hacer esto sin un mandato judicial —protestó el doctor Wells.

—¿Lo estoy haciendo, no es cierto? —replicó Sellers.

—Pues no quedará la cosa así.

—Espere y verá —dijo Sellers. Empujó al doctor Wells hacia la acera y le hizo entrar en el coche policial.

El auto se puso en marcha. Sellers me habló desde el otro lado del doctor Wells, preguntándome:

—¿Telefoneó a su hermano, Donald?

—Telefoneó —respondí—. Le dijo a Drury que no podía seguir encubriéndole, y que le daba veinticuatro horas para que huyera.

—Es todo lo que necesitamos —convino Sellers—. Esto le llevará ante el gran jurado.

Continuamos corriendo dos minutos, antes de que Wells se hundiera del todo y nos diera la dirección.

—Ya era hora de que obrase usted con inteligencia —dijo Sellers.

Sellers encendió una luz roja y empezó a ganar velocidad. No hizo uso de la sirena.

Sellers era un policía veterano. Conocía todos los trucos. Apagó las luces, y paró el motor a una manzana antes de llegar a la casa y se deslizó a lo largo del bordillo de la acera derecha. No detuvo el coche con el freno de pie, sino con el de mano, quitó la llave, se la

metió en el bolsillo y le dijo a Wells:

—No quiero correr riesgo alguno en este asunto. No quiero verme obligado a disparar ningún tiro. Cuando lleguemos ante la puerta y su hermano pregunte quién es, conteste solamente que es Carleton, Ni una palabra más. Diga solamente «Carleton». Esto es todo. ¿Me ha comprendido?

El doctor Wells asintió.

—Andando —dijo Sellers.

Entramos en la casa de apartamentos, subimos al segundo piso, recorrimos un pasillo y nos paramos ante una puerta que dejaba filtrar luz interior por la rendija de abajo.

Alguien se movía en un frenesí de actividad allí dentro. Podíamos oír pasos. Unas sombras cruzaban una y otra vez ante la rendija luminosa.

Sellers hizo un gesto con la cabeza al doctor Wells.

Wells golpeó tímidamente la puerta.

Instantáneamente cesó toda actividad en el interior.

Sellers miró al doctor Wells y le hizo un gesto afirmativo.

—Soy Carleton, Drury —dijo el doctor Wells, con una voz débil, aguda y atemorizada.

Se acercaron unos pasos a la puerta.

—¿Quién? —preguntó una voz de hombre desde el interior.

—Carleton. Déjame entrar.

Descorrióse el cerrojo desde dentro. Se oyó el ruido de un pestillo. La puerta empezó a entreabrirse. Sellers colocó su hombro contra ella y empujó. Entró en la habitación pistola en mano.

—Hola, Wells —saludó Sellers—, ¡arriba las manos! ¡Sin bajarlas para nada! Policía. Queda usted detenido. Sospechoso de asesinato. Váyase a aquella pared, ponga las palmas de las manos contra ella, y después de un paso largo hacia atrás. Siga apoyado con las manos contra la pared.

Drury Wells miró a Sellers, me miró a mí y vio la expresión que tenía la cara de su hermano. Sin decir palabra, dio media vuelta y se fue hacia la pared, puso las palmas de sus levantadas manos contra la pared, y dio un paso hacia atrás. Era evidente que había pasado antes por la prueba de un registro de policía.

Sellers me hizo un gesto.

—Regístrale, hombrecito.

Le quité un revólver del calibre 38, de una funda sobaquera que llevaba bajo el brazo izquierdo, y para mayor seguridad me apropié del cortaplumas que había en el bolsillo de la cadera.

—¿Lleva algo más? —preguntó Sellers.

Volví a registrarle cuidadosamente.

—Esto es todo —dije—. No lleva nada más.

—Dese la vuelta —ordenó Sellers a Wells.

Drury Wells se dio la vuelta.

—Esto es un ultraje. He sido acosado y… —se interrumpió al verme a mí y exclamó—: ¡*Usted* es el responsable de todo esto! Voy a ordenar a mis abogados que rectifiquen mañana mi querella y pidan otros cien mil dólares de indemnización.

—¡Cierre el pico! —le ordenó Sellers—. El único abogado que verá usted mañana será el que vaya a representarle en una causa por asesinato. Está usted acusado de haber asesinado a su esposa ilegal.

Wells se echó a reír.

—¡De modo que también usted se ha tragado esa trola! —exclamó—. Este bastardo de detective está intentando que yo retire mi querella, eso es lo que ocurre. Usted vio a mi esposa y…

—Es verdad —convino Sellers—. La he visto.

—Pues entonces, ¿cómo puede usted acusarme de asesinarla?

—Porque —declaró Sellers— cuando la vi estaba muerta. Yacía en el fondo de aquel pozo que hay en el terreno que ella había heredado. Llevaba dos semanas allí.

»Wanda Warren nos contó toda la historia de que usted llamó a la agencia y la contrató a ella para que acudiera a su lado y pasara por su esposa. Y ahora, ¿quiere hablar o pretenderá desmentirlo?

Drury Wells pareció encogerse dentro de sus ropas.

El desaliento aparecía grabado en su rostro.

—Asesinato en primer grado, con deliberación y alevosía —continuó Sellers—. Sin circunstancias atenuantes. Usted la golpeó en la cabeza con un palo de golf, se la llevó y la enterró, y después alquiló a una persona para que se hiciese pasar por ella, para que usted pudiera tener escapatoria. Después se mudó a otra localidad y volvió a representar exactamente el mismo papel, para el caso de que alguno de los vecinos hablase. Trató de dar la impresión de que cuando usted y su esposa tenían un altercado, usted cogía sus

mantas, se marchaba, y dormía al aire libre. Incluso tuvo la precaución de estar ausente durante el mismo periodo de tiempo en ambas ocasiones para que los relatos de los vecinos fueran exactamente iguales. Realizó usted una buena representación en honor de Mrs. Raleigh, y creyó que probablemente podría pescar a alguien y presentarle una querella por difamación, y ello constituiría la tapadera perfecta.

»Vamos. Coja su sombrero. Vamos a dar una vuelta. Usted y su hermano. Los voy a esposar juntos.

—¡Drury, por lo que más quieras, díselo! —gritó Carleton Wells.

—¿Qué tengo que decirle? —preguntó Drury.

—¿Es verdad todo esto? —preguntó Carleton.

Drury Wells tragó saliva un par de veces, y después declaró:

—No, no lo es. Todo ello fue un accidente, Carl. Lo juro.

Sellers, que estaba sacando las esposas, se interrumpió a media operación, y me miró significativamente.

—¿Qué quiere decir un accidente?

—Ella se cayó y se dio un golpe en la cabeza con la bañera. Yo no podía creer que estuviera muerta. ¡Fue un accidente!

De nuevo Wells se pasó la lengua por los labios, y por fin dijo:

—La golpeé.

—Eso está mejor —convino Sellers.

—¿Tiene aquí papel y lápiz? —pregunté.

Wells me miró con el aborrecimiento impreso en su semblante.

—Buena idea —le dijo Sellers—. Escríbalo antes de irnos. Así no tratará de inventar luego una serie de mentiras y se verá atrapado. Puede usted beneficiarse de ello.

Cogió a Wells por el cuello de la americana, le hizo dar media vuelta y sentarse violentamente en una silla, ante el escritorio.

—No tengo por qué escribir nada —negóse Wells—. Yo tengo mis derechos. Y los conozco.

—Claro que tiene usted sus derechos —convino Sellers—. Tiene usted muchísimos derechos. No tiene por qué ser testigo contra usted mismo. Goza usted del derecho de verse asistido por un letrado en todas las fases del proceso contra usted. Goza del derecho de interrogar a los testigos. Se le supone inocente hasta que se pruebe su culpabilidad, sin ninguna duda razonable. Y cuando llegue el momento en que se le acabe el mostrarse tan listo, y le

manden a la muerte, tiene usted derecho a que le lean la sentencia de muerte antes de que le metan en la cámara de gas. Por un decreto consuetudinario, tiene usted derecho a comer todo lo que le dé la gana la noche antes de su ejecución. Tiene…

—¡Basta! —gritó Drury Wells.

—¡*Usted* quería hablarme de sus derechos! Yo le estoy hablando de sus derechos. Los sé todos de memoria.

Drury abrió un cajón del escritorio, cogió una hoja de papel y empezó a escribir. Cuando hubo terminado, Sellers cogió el papel, lo miró y dijo:

—Póngale la fecha.

Wells lo fechó.

—Firme como testigo —ordenó Sellers dirigiéndose al doctor Wells.

El dentista leyó el documento, se sentó y firmó como testigo. Su mano temblaba de tal modo que su firma resultó completamente ilegible.

—Firma, hombrecillo —me dijo Sellers.

Firmé como testigo.

—Perfectamente —dijo Sellers—. ¡Vámonos! Usted, doctor Wells, tome un taxi y vuelta con su esposa y sus pequeños, y cuando llegue a casa, agradézcase a usted mismo el tener un par de niños tan preciosos.

Sellers se dirigió a mí.

—¡Maldición, Donald, siempre pensé que Bertha exageraba cuando hablaba de tu cerebro! Y sin embargo, que me ahorquen si no me has hecho un buen favor esta noche.

—No vale la pena ni de mencionarlo —contesté yo.

Me sonrió y trasladó su cigarrillo al otro extremo de la boca.

—Ten por seguro que no lo mencionaré —dijo—. Yo soy el tío que resolvió el crimen. Y tú ya puedes buscarte un taxi. Me llevaré al prisionero yo solito.

capítulo dieciocho

BERTHA estaba acabando de abrir el correo cuando yo llegué.

—¿Qué hiciste, Donald? —preguntó.

—Hemos ganado dos mil dólares —le contesté.

—¿Pagó?

—Pagará.

—¿Dónde está?

—La última vez que le vi estaba devolviendo su cena.

—Donald, ¿de quién me estás hablando?

—De nuestro cliente Corning.

—¿Te marchaste y le dejaste?

—Claro.

—¿Después de haber encontrado a Mrs. Wells?

—

Uh-huh

…

—¿Cómo se te pudo ocurrir?

—Pensé que sería mejor que tuviéramos la entrevista final cuando estuviéramos usted y yo juntos.

—¿Por qué?

—Pensé que sería mejor que finalizase el asunto con usted, Bertha.

—¿Por qué?

—Tengo inclinación a mostrarme demasiado blando.

—¡Ya lo creo! Serías capaz de regalar tu camisa, con gemelos y todo, si a alguien se le ocurriera pedírtela.

—Bien —dije—, no se mueva de aquí, Bertha. Corning va a llegar echando sapos y culebras. Estará furioso. Nos acusará de haberle estafado. Estará tan enfurecido que le rechinarán los dientes.

—¿Y yo qué tengo que hacer?

—Cobrar los dos mil dólares.

—¿Resultará fácil, tal como están las cosas?

—¿Quiere usted romper su contrato y entregárselo a él? —pregunté—. ¿Quiere usted…?

—¿Qué diablos quieres decir? —gritó Bertha—. ¡Lo que yo quiero son los dos mil pavos!

—Ya me lo figuro —repliqué.

—Bueno, ¿qué debo hacer?

—Él llegará aquí despidiendo llamaradas por la boca —dije—. Él…

La puerta se abrió violentamente de par en par, como si hubiera penetrado un tornado en la oficina. Corning irrumpió en la habitación: detrás de él avanzaba un hombre bajito y barrigón, de cabeza calva, ojos prominentes y portador de una cartera.

—¡Fulleros! —gritó Corning—. ¡Granujas! Son ustedes unos…

—Conténgase —dijo el hombre bajito y gordo.

Corning se calló y sumióse en un estado de silenciosa indignación.

El hombre gordo se dirigió hacia Bertha.

—¿Mrs. Cool, supongo?

Ella asintió.

—¿Mr. Lam? —preguntó dirigiéndose a mí.

Asentí.

El hombre abrió su cartera y sacó de ella un tarjetero. Sus bien manicurados dedos extrajeron dos tarjetas profesionales. Entregó una de ellas a Bertha y la otra a mí.

Leí: «Gastón Laviere Dubois, Abogado».

—Encantado de conocerle, Mr. Dubois —dije estrechándole la mano.

—Vengo a visitarles por cuenta de mi cliente Mr. Corning. Debo comunicarles que los dos mil dólares que ustedes exigen, no serán pagados.

—¿Por qué no?

—Mrs. Wells está muerta. Mi cliente deseaba ciertos derechos minerales. Por eso quería encontrarla a ella. Usted ya lo sabía.

—¿Cómo iba yo a saberlo? —pregunté.

—Usted, desde luego, lo sabía —afirmó Dubois—. Mi cliente

asegura que se lo dijo a Mrs. Cool la primera vez que vino a visitarla. Lo que obra en conocimiento de uno de los socios, obra en conocimiento de la sociedad. Usted…

Me volví sorprendido hacia Bertha Cool.

—¿No negó específicamente este hombre que tuviera interés alguno en los derechos minerales del terreno cuando contrató nuestros servicios para descubrir el paradero de Mrs. Wells?

—¡Sí que lo negó! —confirmó Bertha Cool, con los ojos brillantes, y con síntomas inequívocos de belicosidad, y de estar esperando la oportunidad para lanzarse a una de sus acostumbradas diatribas.

Dubois se enfrentó con Corning.

—¿No les diría usted eso, verdad Corning?

Yo le sonreí.

—Un hombre de palabra. Un perfecto caballero tejano del tiempo antiguo. No necesitaba firmar contratos. Su palabra es toda una garantía.

Enrojeció al oír mis palabras, pero se mantuvo firme.

—Nunca les dije tal cosa a ninguno de estos dos vivales. Le dije a Mrs. Cool que quería llevar a cabo una transacción en un asunto de derechos minerales.

—¿Tiene usted aquel contrato? —le pregunté a Bertha.

Ella me lo entregó.

—Es usted abogado —le dije a Dubois—. Un acuerdo por escrito implica la completa conformidad entre las dos partes. No se puede alterar a causa de algo que se dijo antes de que se hiciera el convenio en cuestión. ¿Es o no cierto?

Frótose cautelosamente la calva con la mano.

—Muy bien —continué—. Leamos esto.

Le leí el convenio.

—¿Usted firmó esto? —preguntó dirigiéndose a Corning.

—Claro que lo firmé —respondió Corning—, pero esto era cuando yo creía que ella estaba viva y…

—¿Le *dijeron* ellos que ella estaba viva? —le preguntó Dubois.

—No tenían porqué hacerlo. Ellos sabían que yo la creía viva. Además, lo primero que hizo Lam ayer por la mañana fue ir a casa de Wells a buscar a esa mujer que yo creía Mrs. Wells, y llevársela en el coche. Yo le había pagado una cantidad a Mrs. Raleigh, la

vecina, para que vigilara todo lo que ocurría en la casa de al lado, y…

—Espere un momento —dijo Dubois—. ¿Dice usted que Mrs. Wells se marchó con Mr. Lam?

—Eso es.

—Pero ella había muerto. Ella…

—La mujer a quien yo creía Mrs. Wells —aclaró Corning.

—¿Qué le hacía creer tal cosa?

—Pues que yo…, Mrs. Raleigh me dijo que lo era.

—¿Era Mrs. Raleigh agente de *ellos*? —preguntó Dubois.

—¡Qué diablos iba a ser! —exclamó Corning—. Ella era *mi* agente.

Dirigí una mirada al abogado, que él no me devolvió.

—¿Le dijeron, Cool o Lam, que Mrs. Wells estaba viva antes de firmar usted esto?

—No creo que me lo dijeran —replicó Corning—, pero ellos sabían lo que yo pensaba.

—¿Cómo podían saberlo?

—Pues… ¡Maldición! Lo sabían por mi manera de actuar.

—Nosotros no leemos los pensamientos —le dije al abogado—. Él buscaba a Mrs. Wells. Nosotros aceptamos encargamos de buscar a Mrs. Wells. Tal es el acuerdo. Y además, escrito.

Dubois reflexionó un momento. Después se enfrentó con Corning. Un profundo suspiro se escapó de su prominente barriga.

—Extienda un cheque por dos mil dólares —dijo sencillamente.

Corning empezó a emitir una serie de sonidos que recordaban el motor de una motocicleta en una mañana de invierno. Luego, sus ojos se encontraron con los del abogado. Sacó su talonario.

—Siempre que quiera usted hablar del uranio que hay en aquel terreno de allí abajo —le dije—, yo soy el hombre que usted busca.

La pluma de Corning cayó sobre el escritorio.

—*¿Usted?*

Asentí.

—¿Qué quiere usted significar?

—Yvonne Clymer falleció unas veinticuatro horas antes de que falleciera Aaron Bedford —aclaré—. La propiedad de este terreno uranífero pasa a Lucille Patton, de Sacramento. Dispongo de la autorización de Lucille Patton para efectuar todas las operaciones

comerciales que se refieran a esa propiedad.

Corning se sentó, mirándome aturdido.

Pasando por su lado, salí de la oficina, entré en mi despacho y llamé a Sacramento.

Lucille Patton contestó a la llamada.

—Si quieres ganar un montón de dinero —le dije—, lo mejor será que tomes el avión del mediodía y te traslades aquí. Te espero a las doce y veinticinco en el aeropuerto.

—¿Qué quieres decir con eso de un montón de dinero?

—Estoy negociando un acuerdo sobre tu propiedad uranífera.

—¿Mi propiedad uranífera?

—Exactamente —le dije—. Voy a conseguirte una bonita suma por cerrar el trato, un ingreso mensual garantizado y un tanto por ciento sobre los beneficios.

—Estás burlándote.

—Te lo estoy contando tal como es.

—Cogeré el avión, Donald —anunció.

—Acuérdate de que me diste una cita para ir a cenar —le dije.

—Por mí, conforme.

Colgué el teléfono en el mismo momento en que la puerta se abría de par en par.

Una Bertha Cool indignada apareció en el umbral.

—¿Qué diablos significa eso de hablarle a un individuo que está firmando un cheque? —preguntó.

—¿Qué ocurre? —dije—. ¿Acaso no lo ha firmado?

—Oh, claro que lo firmó, pero a lo que me refiero es a la cuestión de principios. No debes *nunca* moverte ni hablar cuando un cliente está firmando un cheque. Lo sabes tan bien como yo. Y sin embargo, escoges precisamente este momento para asestarle a Corning un mazazo en el entrecejo con todo eso del uranio, y después te marchas de la oficina.

»Corning estaba tan azorado que se le cayó la pluma, y el cheque estaba todavía sin firmar. Te habría matado.

—Pero ¿*firmó* el cheque?

—Lo firmó, y luego se quedó más manso que una oveja. Se pasó dos o tres minutos explicándome lo diablillo que tú eras, y el placer que para él había representado el tener tratos comerciales con nosotros. Dice que quiere invitarte a almorzar. Está aquí, esperando.

—Diga que estoy muy ocupado, Bertha. Me voy al aeropuerto a recibir a una amiga que viene de Sacramento —le comuniqué.

—¿Es allí donde estabas el viernes, Donald? ¿Estabas poniéndole los ojos de ternera degollada a esa pobre mujer de Sacramento?

—Allí fue donde me encontré por primera vez con *miss* Patton —dije, con mi mejor intento de demostrar una fría dignidad.

Bertha se me quedó mirando.

—Corning es un cliente. Vamos a hacer negocios con él. Nos está ofreciendo la rama de olivo. Esa dama tuya puede tomar un taxi. Vamos, Corning está esperando tu respuesta.

—Corning —le contesté— me dijo que como detective, yo le hacía reír. Cierta vez le repliqué que por mí podía morirse riendo. Puedes repetirle esto ahora como respuesta.

El rostro de Bertha se puso lívido.

Me levanté, abrí el cajón del escritorio, y le entregué un pequeño paquete envuelto primorosamente con una cinta.

—Y esto es un regalo para usted —le dije.

Las emociones se agolparon en el rostro de Bertha.

Desgarró el papel, y abrió el pequeño estuche de joyero.

Por un instante no acertó a comprenderlo, después, mientras yo me escurría hacia el pasillo, oí un penetrante chillido de rabia.

El pataleo que oí debía ser Bertha pisoteando con toda su furia el cacahuete que había encontrado dentro del estuche.

ERLE STANLEY GARDNER (Malden, Massachusetts, EE.UU. 17-julio-1889 - Temecula, California, 11-marzo-1970). Su padre quería que se hiciera abogado, de modo que comenzó a trabajar en una gestoría legal en Willows, y mientras trabajaba de mecanógrafo, estudió la carrera de derecho. Después se estableció por cuenta, pero el negocio era deficitario, ya que en numerosas ocasiones, aceptaba como clientes a inmigrantes chinos y mejicanos sin recursos, lo que le hizo muy popular pero no muy rico. En 1921, casado y con un hijo, se pone a escribir historias policiales, o «de detectives», que envía a algunas revistas para mejorar su situación financiera. Estas revistas se conocían como pulps y eran muy populares en la época.

Sus narraciones son muy efectistas y en ellas se sirve de sus conocimientos de derecho para construir casos, en los que podía lucirse *Perry Mason* con una brillante exposición en la que demuestra la inocencia del acusado. Así podía disfrutar de la única parte de la abogacía que realmente le gustaba: los juicios penales, y el desarrollo de la estrategia a seguir en un juicio. El nombre «*Perry Mason*» data de la infancia de su creador, cuando leía la revista *Companion*
Youth's

, publicada por la *Perry Mason Company*, y cuando creó a su abogado de ficción, pensó que sería un buen nombre para él.

Ya consolidada su carrera como escritor, para publicar sus libros contaba con la ayuda de varias secretarias que escribían a máquina lo que él dictaba a una grabadora. Su producción casi industrial provocó su apelativo de «*El Henry Ford de la novela policíaca*». Vendió más de 100 millones de libros en vida. Tenía una formula para escribir una vez definidos sus personajes, sus motivaciones y sus tramas.

Hacia 1938, Gardner empezaba a preguntarse si un día cedería el interés de los lectores por *Perry Mason*. ¿Podría duplicar su éxito escribiendo una novela con otra serie de personajes? El libro, escrito bajo el seudónimo de A. A. Fair, era «*The Bigger They Come*» («Cuanto más grandes son…» editado en español con el título de: *Agencia de Detectives*) y caracterizaba a *Bertha Cool*, una mujer obesa propietaria de una agencia de detectives y con anillo de diamantes; y a *Donald Lam*, su empleado, de estatura más bien pequeña, (todo un paquete de dinamita legal). La pareja se anotó un éxito inmediato y Gardner se puso a escribir 28 libros más de *Cool y Lam*.

Bajo su propio nombre Gardner escribió exclusivamente la serie *Perry Mason*, pero con su seudónimo favorito de A. A. Fair, Gardner escribió varias novelas con los detectives *Bertha Cool y Donald Lam*; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal *Doug Selby*.

Gardner muere el 11 de marzo de 1970, en su Rancho el Paisano en Temecula. Fue incinerado y sus cenizas se esparcieron por la península de Baja California, uno de sus lugares favoritos.